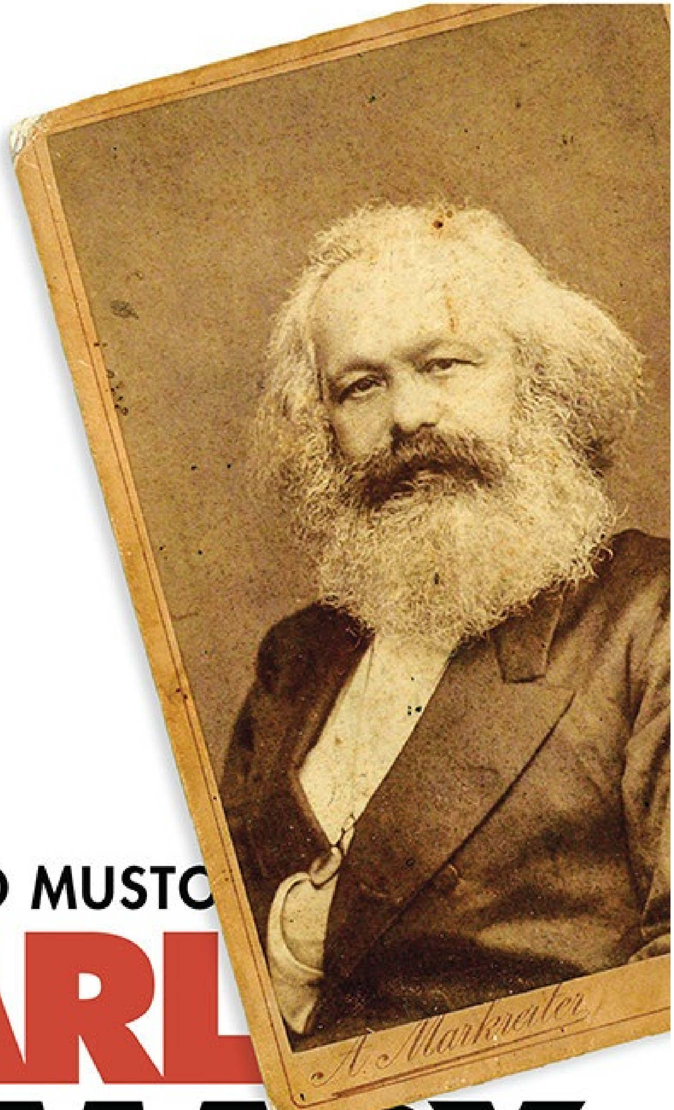
MARCELLO MUSTO

KARL MARX

1881-1883

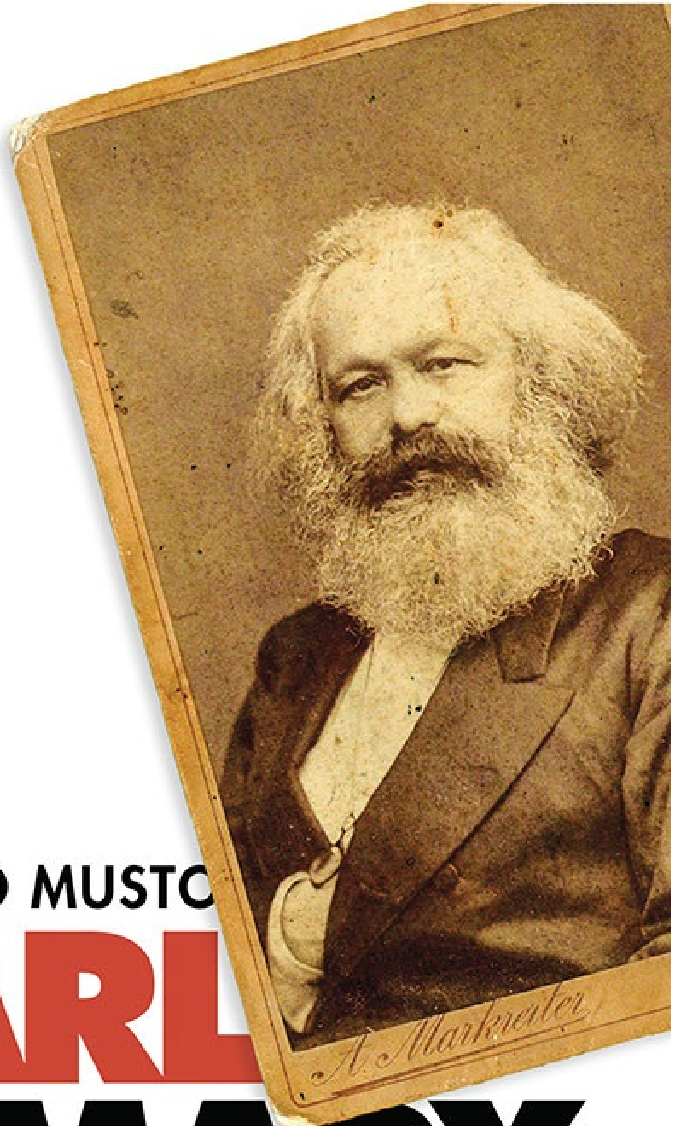
EL ÚLTIMO VIAJE DEL MORO



siglo veintiuno editores

MARCELLO MUSTO

KARL MARX



1881-1883

EL ÚLTIMO VIAJE DEL MORO

siglo veintiuno editores

ÍNDICE

biblioteca

del

pensamiento socialista

SERIE CLÁSICOS

traducción de

AGUSTÍN SANTELLA

KARL MARX, 1881-1883

EL ÚLTIMO VIAJE DEL MORO

por

MARCELLO MUSTO

siglo veintiuno
editores

grupo editorial
siglo veintiuno

▪

siglo xxi editores

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO

www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA

www.anthropos-editorial.com

▪

Catalogación en la publicación

Nombres: Musto, Marcello, autor | Santella, Agustín, traductor.

Título: Karl Marx, 1881-1883 : el último viaje del Moro / por Marcello Musto ; traducción de Agustín Santella.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Siglo XXI Editores, 2020. | Serie: Biblioteca del pensamiento socialista. Serie Clásicos.

Traducción: L'ultimo marx, 1881-1883: saggio di biografia intelettuale.

Identificadores: e-ISBN 978-607-03-1063-8

Temas: Marx, Karl – 1818-1883 | Marx, Karl – 1818-1883 – Familia | Comunistas – Alemania – Biografía | Filósofos – Alemania – Biografía

Clasificación: LCC HX39.5 M8718 2020 | DDC 335.4

primera edición en español, 2020

primera edición en italiano, 2016

título original: l’ultimo marx, 1881-1883: saggio di biografia intelettuale

e-isbn 978-607-03-1063-8

A la Secretaria y a Brunetto,

con inconmensurable gratitud,

y porque conmigo no se cansan nunca de poner,

como escribió también el Moro en Argelia,

“al mal tiempo buena cara”.

PREFACIO

Tras la última crisis del capitalismo, que estalló en 2008, Karl Marx ha retornado al centro del debate cultural y político. Contrario a las previsiones, que después de la caída del Muro habían decretado su olvido definitivo, en los últimos años sus ideas son nuevamente objeto de análisis, profundización y debate. Muchos, de hecho, han vuelto a interrogar a aquel autor que con frecuencia fue erróneamente vinculado al "socialismo real" y que después de 1989 fuera dejado de lado.

Numerosos artículos en prestigiosos diarios y revistas, con un amplio público de lectores, han descrito a Marx como un pensador muy actual y profético. Muchos autores de orientación progresista han declarado que sus ideas continuarán siendo indispensables para todos aquellos que consideren necesario repensar una alternativa al capitalismo. Casi en todos lados han reaparecido cursos universitarios y conferencias internacionales dedicadas a él. Sus textos, en reimpresión o en nuevas ediciones, han reaparecido en las estanterías de las librerías y también la investigación de su obra, abandonada por dos largos decenios, es retomada de manera significativa, produciendo a su vez, resultados relevantes e innovadores. Esta tendencia se ha intensificado posteriormente en ocasión de las celebraciones por el bicentenario de Marx, en 2018.

Ha sido determinante, para los fines de una interpretación global de la obra de Marx, la publicación, retomada en 1998, de la Marx-Engels-Gesamtausgabe (MEGA2), la edición histórico-crítica de las obras completas de Marx y Engels. Hoy en día han sido enviados a la imprenta veintiséis nuevos textos (cuarenta habían sido publicados entre 1975 y 1989) —y otros se encuentran en estado de elaboración—. Éstos comprenden, entre otros: 1] nuevas versiones de algunas obras de Marx (entre ellas La ideología alemana); 2] todos los manuscritos preparatorios de El capital; 3] la correspondencia completa de las cartas enviadas y recibidas por Marx y Engels, y 4] cerca de doscientos cuadernos de apuntes. Estos últimos contienen los resúmenes de los libros leídos por Marx y las reflexiones que se originaron a partir de ellos. El conjunto de estos materiales constituye la cantera de su teoría crítica, muestran el complejo itinerario seguido durante el desarrollo de su pensamiento y evidencian las fuentes a las que recurrió en la elaboración de sus concepciones.

A partir del estudio de estos valiosos materiales —muchos de los cuales sólo están disponibles en alemán y por lo tanto destinados a un estrecho círculo de estudiosos— emerge un autor muy distinto de aquel representado, por largo tiempo, a través de tantos de sus críticos o presuntos seguidores. Sobre la base de las nuevas adquisiciones textuales de las MEGA2, se puede afirmar que Marx es, entre los clásicos del pensamiento político y filosófico, el autor cuyo perfil más ha cambiado en los últimos años. El contexto político, seguido por la implosión de la Unión Soviética, ha contribuido a liberar la imagen de Marx del baluarte del aparato estatal conferido a los bolcheviques rusos. El rechazo del marxismo-leninismo lo ha liberado, de hecho, de las cadenas de una ideología muy lejana de su concepción de la sociedad.

Libros de reciente publicación concurren, además, para ofrecer relevantes e innovadoras interpretaciones. Éstas revelan un autor que fue capaz de examinar las contradicciones de la sociedad capitalista mucho más allá del conflicto entre el capital y el trabajo. Marx dedicó, de hecho, muchas energías al estudio de las sociedades extraeuropeas y al papel destructivo del colonialismo en las periferias del sistema. Del mismo modo, desmintiendo las interpretaciones que han asimilado la concepción marxiana al mero desarrollo de las fuerzas productivas, éstas han mostrado la importancia que Marx le asignó, en su obra, a la cuestión ecológica. Asimismo, otros textos han evidenciado que él se ocupó con profundidad de otras numerosas temáticas frecuentemente devaluadas, cuando no ignoradas, por muchos de sus estudiosos. Entre éstas figuran las posibilidades emancipatorias de la tecnología, la crítica de los nacionalismos, la investigación sobre formas de propiedad colectivas no controladas por el Estado, o la centralidad de la libertad individual en la esfera económica y política: todas éstas cuestiones fundamentales de nuestros días.

Las crisis económicas y políticas de la sociedad actual y el progreso de la investigación en el ámbito de los estudios marxianos permiten presagiar, por tanto, que la renovación de la interpretación de la obra de Marx sea un fenómeno destinado a continuar. Es muy probable que una parte significativa de esta investigación se concentrará en torno del último periodo de su elaboración teórica, el llamado “último Marx”. El presente estudio, que tiene las características de una biografía intelectual, será seguido, y completado, por una profundización de carácter exclusivamente teórica.

El análisis de los manuscritos de los últimos años de la vida de Marx permite disipar la leyenda según la cual él habría agotado su propia curiosidad intelectual

y cesado de trabajar. Al contrario, Marx demuestra que él no sólo continuó su investigación, sino que la extendió a nuevas disciplinas. En el bienio 1881-1882, Marx emprendió un estudio profundo de los más recientes descubrimientos en el campo de la antropología, de la propiedad común en la sociedad precapitalista, de las transformaciones ocurridas en Rusia después de la abolición de la esclavitud y del nacimiento del Estado moderno. Además, él fue un atento observador de los principales sucesos de la política internacional, y las cartas de la época testimonian su apoyo sostenido a la lucha por la liberación en Irlanda y su firme oposición a la opresión colonial de la India, Egipto y Argelia. Estos elementos dan cuenta de un Marx completamente distinto de la vulgata que lo ha descrito como eurocéntrico, economicista o absorbido sólo por el conflicto de clase.

La investigación dedicada a nuevos conflictos políticos, temáticos y áreas geográficas, considerada fundamental para la continuidad de su crítica al sistema capitalista, permitió a Marx madurar una concepción más abierta a la especificidad de los diversos países y a considerar una aproximación al socialismo distinta de aquella previamente prefigurada.

En fin, el último Marx es también el Marx más íntimo, aquel que no esconde su fragilidad frente a la vida, pero continúa, sin embargo, combatiendo. Marx no se sustrajo a la duda y, más aún, la desafió, eligiendo continuar la investigación y arriesgar la incompletitud, antes que refugiarse en las certezas del saber propio y conformarse con el juramento de fidelidad de los primeros “marxistas”.

Se trata de una figura completamente diferente a la esfinge granítica de Marx, colocada en el centro de las plazas por los regímenes de Europa del Este, que mostraba el porvenir con certeza dogmática. Hoy, al contrario, surge a la luz el Marx que más se necesita: aquel que fue constantemente guiado por el espíritu crítico, aquel de las preguntas y no sólo de las respuestas. Marx representa un raro ejemplo de intelectual militante por una nueva generación de investigadores y activistas políticos que prosigue la lucha a la cual él, como tantos, antes y después que él, dedicó su existencia.

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Impreso por Donzelli Editore en Roma, en agosto de 2016, con el título L'ultimo Marx, 1881-1883: Saggio di biografia intelettuale, este libro, ahora también disponible en español, ha despertado un notable interés entre los lectores de Marx.

La primera edición italiana, impresa en 2 500 ejemplares y acompañada de la versión eBook, se agotó rápidamente y se reimprimió en enero de 2017. Posteriormente, tras una nueva reimpresión, el volumen se imprimió bajo demanda.

Las primeras traducciones del libro aparecieron poco después. En 2018, con motivo del bicentenario del nacimiento de Marx, el presente volumen fue publicado en cinco idiomas. La primera traducción, impresa en 1 000 ejemplares, fue en lengua tamil, en la antigua editorial de Chennai, New Century Book House Private Limited. Pocos meses después, el libro apareció en portugués en la editorial Boitempo de São Paulo, con una tirada de 4 000 ejemplares. Unas semanas más tarde, se publicó la edición coreana con la casa editorial Sanzini ubicada en Busan, con 1 000 ejemplares (reimpresa en 2019), y la edición alemana en VSA en Hamburgo, con 2 000 copias. Antes de que terminara el año, el libro también fue traducido al japonés por la editorial Horinouchi en Tokio, en una edición de más de 500 páginas que también incluye la traducción de mi reciente libro Another Marx: Early Manuscripts to the International, impreso por la casa editorial Bloomsbury de Londres, en abril de 2018.

En 2019, el volumen fue traducido a otros tres idiomas. La edición árabe, publicada con 1 000 ejemplares por la editorial Al Maraya de El Cairo, Egipto, y posteriormente la traducción al farsi con 3 000 copias (reimpresas tres veces) con la editorial Cheshmedi en Teherán, Irán. Después, en una edición similar a la realizada en japonés, es decir, incluyendo también Another Marx, el libro fue publicado en indonesio por la editorial Marjin Kiri con sede en South Tangerang.

La presente edición en español de 2020 se publica simultáneamente con la inglesa en Stanford University Press. El volumen impreso en Estados Unidos —

que incluye algunos apartados nuevos y diversas modificaciones respecto al original en italiano— saldrá a su vez como libro de bolsillo, con una tirada de 2 000 ejemplares, y como tapa dura e eBook. En 2020, también están en vías de publicación la edición en hindi con la Samvad de Nueva Delhi, la edición turca a cargo de Yordam, la ediciones en francés, chino y catalán.

En menos de cuatro años desde su publicación, el libro que aquí se presenta al lector de habla hispana, ha obtenido un notable éxito internacional y ha sido reseñado en numerosos periódicos y revistas de muchos países.

El autor agradece a Agustín Santella por la traducción del texto y, en particular, a Paulina Sabugal por la revisión del manuscrito final.

NÁPOLES, JULIO DE 2019

PRELUDIO: “¡LA LUCHA!”

En agosto de 1880, John Swinton (1829-1901), un influyente periodista estadunidense de visión progresista,[1] mientras se encontraba de visita por Europa, se trasladó a Ramsgate, una ciudad balnearia de Kent, situada a pocos kilómetros del extremo sudoriente de Inglaterra. La finalidad de su viaje era una entrevista para publicar en The Sun, el diario dirigido por él y en ese tiempo entre los más vendidos en Norteamérica, con uno de los principales exponentes del movimiento obrero internacional: Karl Marx.

Alemán de nacimiento, Karl Marx, se había convertido en apátrida, después de haber sido expulsado por los gobiernos francés, belga y prusiano, que habían logrado derrotar a los movimientos revolucionarios nacidos en sus países entre 1848 y 1849. Cuando en 1874 presentó la solicitud de un certificado de naturalización en Inglaterra, éste le había sido negado porque un informe especial de la oficina de investigaciones de Scotland Yard lo había etiquetado como “un notorio agitador alemán […] propugnador de principios comunistas, […que] no [había] sido leal ni con el rey, ni con su país”.[2]

Corresponsal, por más de diez años, del New-York Tribune, en 1867 había sido el autor de una vasta crítica del modo de producción capitalista y durante ocho años, a partir de 1864, fue guía de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Su nombre había aparecido en las páginas de los periódicos europeos de mayor difusión, cuando, en 1871, después de haber defendido la Comuna de París en su escrito La guerra civil en Francia, la prensa más reaccionaria le había puesto el sobrenombre de “doctor del terror rojo”.[3]

En el verano de 1880, Marx se encontraba en Ramsgate con su familia, obligado por su médico a “abstenerse de cualquier trabajo”,[4] y de “curar [sus] nervios mediante el ‘far niente’”.[5] Jenny von Westphalen (1814-1881) estaba enferma de cáncer y su estado “empeoró súbitamente de una enfermedad que padecía hace ya mucho tiempo, de tal manera que se temió un desenlace fatal”.[6] Fue éste el contexto en el que Swinton, que durante los años sesenta había sido redactor en jefe del New York Times, conoció en persona a Marx y lo describió en un perfil empático, intenso y cuidadoso.

En el plano privado, Swinton lo describió como un “gentil hombre en sus sesenta años, con la cabeza prominente, un modo de ser magnánimo, cortés, con […una] masa frondosa de cabello gris, largo y rebelde”,[7] que conocía “del arte de ser abuelo no menos que Victor Hugo”.[8] Añadió que el modo de conversar de Marx “tan libre, apasionado, creativo, incisivo, auténtico”, le “recordaba a Sócrates […], por el tono irónico, el destello humorístico, y la alegría jocosa”.[9] Notó también una persona “exenta de cualquier ansia de exhibición o de éxito, a la que no le importaba nada las fanfarroneadas de la vida y la puesta en escena del poder”.

No obstante, en la entrevista impresa sobre la primera página del The Sun, el 6 de septiembre de 1880, Swinton presentó a los lectores norteamericanos sobre todo al Marx público. En su opinión, éste era “uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo, quien [había] jugado un papel inescrutable, y asimismo poderoso, en la política revolucionaria de los últimos cuarenta años”. De él escribió:

No tiene prisa y no conoce reposo. Es un hombre de una mente poderosa, amplia y elevada; siempre luchando con proyectos ambiciosos, métodos lógicos y objetivos prácticos. Ha sido y es el inspirador de muchos de los terremotos que han trastornado naciones y destruido tronos. Hoy él amenaza y horroriza a los monarcas y a los charlatanes matriculados más que ningún otro en Europa.[10]

La charla con Marx generó en el periodista de Nueva York la convicción de encontrarse en presencia de un hombre “‘profundamente inmerso en su época y que, del Neva al Sena, desde los Urales a los Pirineos, su mano [estaba] dedicada a preparar el advenimiento de una nueva era’”. Marx lo impresionó, porque era capaz de hacer “reseña del mundo europeo, país por país, evidenciando la peculiaridad, los desarrollos y las personalidades, tanto aquellas que actúan en la superficie como cuanto las que operan bajo ésta”. Éste lo entretuvo hablándole de las fuerzas políticas y de los movimientos populares de las diversas naciones de Europa: de la amplia corriente del espíritu ruso, de los movimientos de la mente alemana, del activismo de Francia, del estancamiento inglés. Estaba lleno de esperanzas respecto a Rusia, era filosófico mientras hablaba de Alemania, alegre mencionando Francia y triste respecto a Inglaterra, refiriéndose

despreciativamente a las “reformas atomísticas” con las cuales los liberales del parlamento británico pasaban el tiempo.[11]

Swinton se sorprendió también del conocimiento de Marx sobre Estados Unidos. Lo juzgó “un atento observador de la actividad americana” y definió “sus afirmaciones sobre algunas fuerzas constitutivas y sustanciales de la vida americana […] llenas de sugerencias”.

El día transcurrió con apasionantes discusiones. Por la tarde, Marx “propuso hacer un paseo […] por la orilla”, para así poder reunirse con su familia, descrita por Swinton como “una deliciosa comitiva de aproximadamente una decena de personas”.

Caída la noche, para hacerles compañía se quedaron Charles Longuet (1839-1903) y Paul Lafargue (1842-1911), los yernos de Marx: “se habló del mundo, del hombre, del tiempo y de las ideas, mientras que los […] vasos tintineaban sobre el fondo del mar”. Fue en uno de esos momentos cuando el periodista americano, pensando “en las incertidumbres y tormentos de la época presente y de las pasadas”, impactado por las palabras oídas, y “sumergiéndose en la profundidad del lenguaje escuchado”, se decidió a interrogar al gran hombre que tenía delante de sí acerca de “la ley última del ser”. Fue así como, durante un momento de silencio, “interrump[e] el revolucionario y filósofo con esta fatídica pregunta: ‘¿Cuál es?’. Por un instante, tuvo la sensación de que la mente de Marx ‘se estuviese revolviendo en sí misma [...], mientras escuchaba el rugido del mar y observaba la inquieta multitud sobre la playa’. ‘¿Cual es la ley?’ —le había preguntado—. Con tono profundo y solemne [Marx] respondió: ‘¡La lucha!’ Ella misma... ‘¡la lucha!’”

Inicialmente, Swinton creyó haber escuchado “el eco de la desesperación”[12] en aquella respuesta. Después, sin embargo, convino que era de verdad ésa la finalidad de la vida, sobre la cual la humanidad, así como él mismo, estaban siempre interrogándose.

▪

[1] Cf. el capítulo “John Swinton, Crusading Editor”, en S. Garlin, Three American Radicals: John Swinton, Charles P. Steinmetz, and William Dean Howells, Boulder, Westview Press, 1991, pp. 1-41.

[2] Pedido de naturalización de Karl Marx en Inglaterra, en '[Declaration by Karl Marx on His Naturalisation in England]', en MECW, vol. 24, p. 564. La traducción de los textos ha sido modificada por el autor para dar mayor fidelidad al original.

[3] Cf. Karl Marx a Friedrich Sorge, 27 de septiembre de 1877, en Karl Marx and Friedrich Engels, Letters 1874-1879. Marx-Engels Collected Works (MECW), vol. 45, Moscú, Progreso, 1990, p. 278.

[4] Karl Marx a Ferdinand Nieuwenhuis, 27 de junio de 1880, en MECW, vol. 46, p. 16.

[5] Karl Marx a Nikolái F. Danielsón, 12 de septiembre de 1880, en Karl Marx, Nikolái F. Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), México, Siglo XXI, 1981, p. 159.

[6] Ibid.

[7] Karl Marx '[Account of an Interview with John Swinton, Correspondent of The Sun]', 6 de septiembre de 1880, en MECW, vol. 24, pp. 583-584.

[8] Ibid., p. 585.

[9] Ibid.

[10] Ibid., p. 583.

[11] Ibid.

[12] Ibid., p. 585.

I. EL FARDO DE LA EXISTENCIA

Y LOS NUEVOS HORIZONTES DE INVESTIGACIÓN

1. LA HABITACIÓN DE MAITLAND ROAD PARK

En una noche de enero de 1881, en la habitación de una casa en la periferia de Londres, un hombre con una barba casi totalmente blanca estaba inmerso en el estudio de una pila de libros amontonados sobre la mesa. Con la más intensa concentración, hojeaba sus páginas, anotando, con cuidado, los pasajes más significativos. Con una perseverancia digna de Job, llevaba a cabo la tarea que había asignado a su existencia: proporcionar al movimiento obrero las bases teóricas para destruir el modo de producción capitalista.

Su semblante estaba marcado por años de duro trabajo diario, que habían transcurrido siempre entre leer y escribir. Sobre su espalda, y en otras partes de su cuerpo, permanecían las cicatrices de los horribles forúnculos que habían aparecido en el curso de los años, mientras trabajaba en la redacción de El capital. Con cáustica ironía, de éstos había escrito, al final de una de sus manifestaciones más agudas, que había completado uno de sus trabajos más importantes: “espero que la burguesía recuerde mi ántrax por el resto de su vida”.[1]

Llevaba en su ánimo la carga de otras heridas, impresas por una vida transcurrida entre penas y privaciones económicas, y mitigada de tanto en tanto por las satisfacciones de algún buen golpe asestado a los reaccionarios de las clases dominantes y a los rivales de su mismo campo político.

En invierno estaba enfermo y, con frecuencia, cansado y débil. La vejez comenzaba a limitar su vigor habitual y la ansiedad por el estado de salud de su mujer lo afligía cada vez más. Y sin embargo era todavía él: Karl Marx.

Con inalterada pasión, proseguía con su compromiso por la causa de la emancipación de las clases trabajadoras. Su método era el mismo de siempre, aquel adoptado desde los tiempos de los primeros estudios en la universidad: increíblemente riguroso e intransigentemente crítico.

El escritorio donde solía trabajar, sentado sobre una silla de madera con

apoyabrazos, y sobre el cual había sudado tinta por años, durante todo el día y gran parte de la noche, era pequeño y modesto; medía aproximadamente un metro de largo por setenta centímetros de ancho.[2] Apenas contenía espacio para una lámpara de pantalla verde, las hojas sobre las que solía escribir y un par de libros de los cuales extraía las citas que más le interesaban. Nada más le era necesario.

Su estudio se situaba en el primer piso, con una ventana que daba al jardín. De la habitación, después de que los doctores le prohibieron fumar, se había ido el olor a tabaco, pero las pipas de arcilla, de las cuales, inmerso en sus lecturas, había aspirado tantos años, estaban todavía ahí para recordarle las noches de insomnio dedicadas a demoler a los clásicos de la economía política.

Una impenetrable muralla de estanterías escondía las paredes. Su biblioteca no era tan imponente como la de los intelectuales burgueses de su misma altura, ciertamente más ricos que él. En los años de pobreza, Marx había utilizado mayormente los volúmenes de la sala de lectura del Museo Británico, pero había coleccionado de todos modos unos dos mil tomos.[3] La sección mejor provista era la de economía, pero también eran muchos los clásicos de teoría política. Eran numerosos también los estudios de historia, en particular de la francesa, y las obras de filosofía, sobre todo de la tradición alemana. Era nutrido, además, el grupo de textos de ciencia.

La variedad de disciplinas correspondía a la diversidad de idiomas en los que los libros habían sido escritos. Los volúmenes en alemán eran igual a un tercio del total; en inglés había cerca de un cuarto y los franceses un poco inferiores a estos últimos. No faltaban tomos en otras lenguas romances como el italiano, pero, a partir de 1869, cuando comenzó a aprender ruso para poder estudiar directamente los libros que describían las transformaciones en curso en aquel país, aquellos en cirílico se convirtieron en pocos años en una cantidad considerable.

En las estanterías de Marx no estaban presentes, sin embargo, sólo textos académicos. Un corresponsal anónimo del Chicago Tribune, que en diciembre de 1878 visitó su estudio, describió así el contenido en una entrevista:

Generalmente se puede juzgar a alguien por los libros que lee. El lector puede

sacar sus propias conclusiones, si le digo lo que vi con una rápida mirada: Shakespeare, Dickens, Thackeray, Molière, Racine, Montaigne, Bacon, Goethe, Voltaire, Paine; los blue books[4] ingleses, americanos y franceses; obras políticas y filosóficas en lengua rusa, española, italiana, y muchas otras.[5]

Los intereses literarios y la vastedad del conocimiento de Marx también fueron descritos, en modo similar, por el socialista francés, y su yerno, Paul Lafargue. Al recordar su sala de trabajo —de la cual dijo "esta habitación es histórica y es necesario conocerla si se quiere penetrar en la vida íntima espiritual de Marx"— subrayó que:

[Marx] Conocía de memoria a Heine y Goethe, a los que citaba a menudo en sus conversaciones. Leía continuamente poetas escogidos de entre todas las literaturas europeas. Cada año leía a Esquilo en su texto original griego. A éste y a Shakespeare los veneraba como a los dos máximos genios dramáticos producidos por la humanidad. […] Dante y Burns también formaban parte de sus autores predilectos. [...]. Era un gran consumidor de novelas. Marx prefería ante todo las del siglo XVIII en especial Tom Jones de Fielding. Entre los escritos modernos, los que más placer le producían eran Paul de Kock, Charles Lever, Alexandre Dumas padre y Walter Scott. El Old Mortality de este último lo calificaba de obra maestra. Mostraba una marcada preferencia por las narraciones humorísticas y de aventuras. A Cervantes y Balzac los colocaba a la cabeza de todos los novelistas. Don Quijote era para él la epopeya de la caballería en trance de desaparición, cuyas virtudes se convertían en actos ridículos y locuras en el recién iniciado mundo de la burguesía. Su admiración por Balzac era tan enorme que quiso escribir una crítica sobre su gran obra La comédie humaine […] Marx leía todas las lenguas europeas […] Le gustaba repetir el lema: "Una lengua extranjera es un arma en la lucha por la vida". […] Cuando se decidió a aprender también el ruso [...] al cabo de seis meses ya lo dominaba hasta el extremo de poder recrearse en la lectura de los poetas y novelistas rusos que más apreciaba: Puskin, Gógol y Scedrín.[6]

Paul Lafargue destaca, además, la relación que Marx tenía con sus libros. Para él

no eran

objetos de lujo, sino herramientas intelectuales: “Son mis esclavos y deben servirme según mi voluntad”. Maltrataba sus libros […] Doblaba las esquinas, cubría los márgenes de trazos de lápiz y subrayaba las líneas. No hacía anotaciones en sus libros, pero en ocasiones no podía evitar un interrogante o una exclamación cuando algún autor se pasaba de la raya. El sistema de subrayados que utilizaba le permitía encontrar con la máxima rapidez los pasajes buscados en cualquier libro.[7]

Por otro lado, Marx se dedicaba a ellos, hasta el punto de definirse como “una máquina condenada a devorar libros para vomitarlos, de distinta manera, en el basurero de la historia”.[8] Su biblioteca contenía, también, sus obras, en el fondo no muchísimas, si se compara el número de las que había proyectado y dejado incompletas en el curso de su intensa actividad intelectual.

Había una copia de La sagrada familia, la crítica de la izquierda hegeliana publicada junto con Friedrich Engels (1820-1895) en 1845, cuando todavía tenía veintisiete años; la Miseria de la filosofía, escrita, dos años después, en francés, para que el destinatario de su polémica, Pierre-Joseph Proudhon (1806-1865), pudiese entenderla. No faltaban, obviamente, algunas ediciones del Manifiesto del Partido comunista, texto redactado siempre junto a Engels y salido, tempestivamente, pocas semanas antes de la explosión de las revoluciones de 1848, si bien su significativa difusión sólo tuvo inicio a partir de los años setenta. Para recordar sus estudios sobre la historia de Francia estaba El 18 brumario de Luis Bonaparte; mientras que al lado de algunos opúsculos de política, como aquel contra el primer ministro británico Lord Palmerston, yacían escritos de un tiempo lejano, como las Revelaciones sobre el proceso contra los comunistas en Colonia, de 1853, y las Revelaciones de la historia diplomática del siglo XVIII de 1856-1857, y otros que no habían alcanzado éxito: Contribución a la crítica de la economía política, de 1859, y El señor Vogt, de 1860. Entre las publicaciones de las cuales estaba más orgulloso se encontraba, en fin, su obra maestra, El capital, que en ese tiempo ya había sido traducida al ruso y al francés, y las más importantes orientaciones y resoluciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la cual había sido el principal

organizador entre 1864 y 1872.

Guardadas en cualquier parte, había algunas copias de revistas y periódicos que había dirigido de joven: entre éstos el volumen de los “Anuarios Franco Alemanes”, de 1844; el último número del periódico La Nueva Gaceta Renana, publicado en color rojo antes de la victoria del frente contrarrevolucionario, en 1849; y los fascículos de la Nueva Gaceta Renana. Revista de Economía Política, del año siguiente.

Acumulados en otras secciones de la biblioteca se encontraban, además, decenas de cuadernos de extractos y algunos manuscritos que quedaron incompletos. La mayor parte de éstos se ubicaban en el desván. Allí se apilaban todos los proyectos en los que había trabajado en diversas fases de su vida y que no había alcanzado a terminar. El conjunto de esta voluminosa colección de documentos, parte de los cuales habían sido abandonados a la “crítica roedora de los ratones”,[9] correspondía a un gran número de blocs y hojas dispersas.[10]

Entre éstos estaban los papeles de los cuales se habrían extraído y enviado a la imprenta dos de los textos más leídos y debatidos en el curso del siglo XX: los Manuscritos filosófico-económicos [1844] y La ideología alemana [1845-1846], que fue esbozado en el bienio posterior a la elaboración del escrito precedente. Marx, que no publicó nunca “nada que no hubiera reelaborado varias veces, hasta dar con la forma apropiada”, y que afirmó que “prefería quemar sus manuscritos antes de dejarlos inconclusos a la posteridad”,[11] ciertamente estaría muy sorprendido y negativamente golpeado por su difusión.

La parte más voluminosa y relevante de sus manuscritos se encontraba en las elaboraciones preliminares de El capital, partiendo de los Elementos fundamentales de la crítica de la economía política (los llamados Grundrisse), de 1857-1858, hasta los últimos apuntes redactados en el mismo 1881.

Buena parte de la correspondencia que Marx y Engels solían llamar “archivo del partido”, se encontraba, en cambio, en casa de este último.

Entre todos estos libros se hallaba, en el centro de la habitación, un diván de piel sobre el cual, de tanto en tanto, se recostaba para descansar. Entre sus rituales para buscar alivio por el tiempo que permanecía en el escritorio, estaba también el de caminar por la habitación, ejercicio que repetía en breves intervalos. Lafargue declaró que se podía incluso “afirmar que en su estudio trabajaba

caminando; sólo tomaba asiento en cortos intervalos, con el objeto de poner por escrito lo que había concebido al pasearse". Recordó que a Marx "le gustaba charlar mientras caminaba, parándose siempre que la discusión se avivaba o cobraba importancia".[12] También otro visitante frecuente en aquel tiempo contó que "cuando la discusión le interesaba mucho, Marx tenía la costumbre de recorrer enérgicamente la habitación, como si caminara por la cubierta de un barco, para estirar las piernas".[13]

Frente al escritorio estaba puesta otra mesa. En el revoltijo que la cubría, el visitante ocasional se hubiese sentido perdido, pero quien conocía bien a Marx sabía que

el desorden reinante sólo era aparente: todo se encontraba en el sitio preciso que él deseaba, y sin tener que buscar, siempre cogía el libro o cuaderno que en aquel momento necesitaba. […] Formaba una unidad con su gabinete de trabajo, cuyos libros y papeles le obedecían como sus propios miembros.[14]

Para completar la decoración había un gran estante, sobre el cual estaban puestas en fila las fotos de sus afectos más importantes, como la del compañero Wilhelm Wolff (1809-1864), al que le había dedicado El capital. Por largo tiempo, fueron parte del estudio un busto de Júpiter y dos pedazos de paredes de la casa de Gottfried Leibniz (1646-1716). Los dos objetos habían sido regalados a Marx por el doctor, y querido amigo por muchos años, Ludwig Kugelmann (1828-1902): el primero para la Navidad de 1867 y el segundo en 1870, en ocasión del cincuenta cumpleaños de Marx, cuando, en Hannover, había sido demolida la casa del más grande filósofo alemán nacido en el siglo XVII.

Su habitación se encontraba en el número 41 de Maitland Park Road, una casa adosada, en la zona norte de Londres. La familia Marx se había mudado ahí en 1875, cuando había alquilado una habitación más pequeña y económica que la casa ocupada por más de 10 años en el número 1 de la misma calle.[15] En ese tiempo, el núcleo familiar estaba compuesto por Marx y su mujer Jenny, por la hija menor Eleanor (1855-1898) y por Helene Demuth (1823-1980), la devota ama de llaves que vivía con ellos desde hacía cuarenta años. También los acompañaban tres perros a quienes Marx quería mucho. Toddy, Whisky y el

tercero cuyo nombre no ha sido legado, “que no podían adscribirse a ninguna raza determinada […] eran tratados como miembros muy importantes de la casa”.[16]

Después de haberse retirado de los negocios y haber dejado el alojamiento en el centro de Manchester, en 1870 Engels había conseguido una casa en el vecindario, en el 122 de Regent´s Park Road, apenas a un kilómetro del hogar del compañero con el cual, desde el lejano 1844, compartía la lucha política y la más sincera de las amistades.[17]

A causa de los numerosos problemas de salud que aquejaban a Marx, “mis médicos me han prohibido por años el trabajo nocturno”.[18] Sin embargo, él continuaba, con terca e incansable dedicación, a emplear sus jornadas a la investigación. Su objetivo principal era llegar a completar El capital, cuyo segundo volumen estaba en preparación luego de la publicación del primero, realizada en 1867.

Marx seguía, además, con cuidado y sentido crítico, todos los principales hechos políticos y económicos en curso, esforzándose por prefigurar los nuevos escenarios que éstos habrían producido en la lucha por la emancipación de la clase trabajadora.

Asimismo, su mente enciclopédica, guiada por una curiosidad intelectual inagotable, lo impulsaba a actualizar, constantemente, sus conocimientos y estar puntualmente informado sobre los últimos avances científicos. Fue por esta razón que, en los últimos años de su vida, Marx redactó decenas de cuadernos de extractos de una gran cantidad de volúmenes de matemática, fisiología, geología, mineralogía, agronomía, química y física; además de artículos en periódicos y revistas, informes parlamentarios, estadísticas, reportes y publicaciones de oficinas gubernamentales, como en el caso de los notables libros azules.

El tiempo dedicado a estos estudios multidisciplinarios, basados en textos escritos en diversos idiomas, era raramente interrumpido. Incluso Engels se lamentaba de algo: decía que “¡era difícil de convencer para que abandonara su gabinete de trabajo!”[19] Aparte de estos casos excepcionales, Marx dejaba el trabajo sólo en ocasiones de citas habituales y consuetudinarias.

En las últimas horas de la tarde, solía cubrirse con una capa, para repararse del frío, y dirigirse al vecino Maitland Park, donde amaba pasear en compañía de

Johnny (1876-1938), el mayor de sus nietos, o bien, en el un poco más distante parque de Hampstead Heath, escenario de muchos domingos felices transcurridos con su familia. Una amiga de su hija menor, la actriz inglesa Marian Comyn, bosquejó, en pocas palabras, la escena a la que asistían cada día:

Cuando Eleanor Marx y yo estábamos sentadas en la alfombra de la sala de estar […] oíamos cómo se cerraba silenciosamente la puerta de la calle, y al poco rato veíamos pasar ante la ventana la silueta del doctor, que llevaba un abrigo negro y un sombrero chambergo flexible —su hija solía decir que tenía el aspecto de un conspirador en una obra de teatro—. En tales ocasiones no solía regresar hasta que no había oscurecido por completo.[20]

Otro momento de distracción estaba representado por las reuniones del así llamado “club Dogberry”,[21] denominación inspirada en una comedia de William Shakespeare (1564-1616), Mucho ruido y pocas nueces, nombre con el cual se indicaban las reuniones familiares en las que se interpretaban las obras del escritor inglés y las cenas que eran preparadas por Engels, los conocidos más íntimos y los amigos de las hijas.[22] El sarcasmo que Marx usó para describir las sensaciones de aquellas tardes no es menos incisivo que los usados en sus escritos para demoler a sus adversarios teóricos: “es extraño que no se pueda vivir bien sin estar rodeado de amigos y que después se trate de liberarse de ellos de cualquier modo”.[23] La difícil situación de la familia Marx no impidió que su casa estuviese, sin embargo, siempre abierta a muchos visitantes que, de distintos países, se trasladaban en persona para discutir con el estimado economista y el famoso revolucionario. Entre otros, en 1881 fueron a conocer a Marx el economista nacido en Crimea Nikolai Ziber (1844-1888), el profesor de la Universidad de Moscú Nikolai Kablukov (1849-1919), el periodista alemán y futuro diputado del Reichstag Louis Viereck (1851-1922), el socialdemócrata de larga data Friedrich Fritzsche (1825-1905) y el populista ruso Leo Hartmann (1850-1908). Frecuentaron asiduamente Maitland Park Road también Carl Hirsch (1841-1900), periodista vinculado al Partido Socialdemócrata alemán; Henry Hyndman (1842-1921), que había fundado, precisamente en ese año, la Federación Democrática (FD) en Inglaterra, y Karl Kautsky (1854-1938), un joven socialista originario de Praga, que llegó a Londres para profundizar sobre política a través de la relación con Marx y Engels y destinado a convertirse en

uno de los teóricos más influyentes del movimiento obrero.

Quien entrara en contacto con Marx no podía quedar indiferente a la fascinación de su persona y, mucho menos, no impresionarse por su estado físico. El político escocés Mountstuart Elphinstone Grant Duff (1829-1906), que lo encontró al inicio de 1879, dijo que la mirada de Marx era "bastante severa, pero el aspecto general es más bien agradable, y en modo alguno el de un hombre que acostumbra a comerse a los niños en las cunas, cosa que —creo poderlo decir— es la opinión de la policía".[24]

También Eduard Bernstein (1850-1932) se impresionó por la humanidad y la modestia de Marx: "según descripciones —que sin embargo procedían en general de enemigos—, yo había esperado conocer un anciano muy obstinado e irritable, pero me vi frente a un hombre de cabello blanco, cuyos oscuros ojos destellaban amistad y en cuyas palabras había mucha dulzura".[25]

Kautsky recordó que "Marx tenía el aspecto [digno] de un patriarca"[26] y que fue recibido por él "con una amable sonrisa, que casi parecía paternal";[27] recordó también que, a diferencia de Engels que "siempre iba impecablemente vestido",[28] él "mostraba indiferencia por su aspecto externo".[29]

Comyn, finalmente, describió bien su temperamento:

[Era] una personalidad extraordinariamente fuerte y dominadora. Su cabeza era grande y cubierta de cabello bastante largo y gris, que hacía buen juego con su barba hirsuta y su bigote. Los negros ojos eran pequeños, pero su mirada era penetrante, viva, y de ella se desprendían destellos de humor sarcástico. […] Nunca criticaba, seguía todas las bromas, y si le parecía que algo tenía una comicidad especial, reía hasta que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Por sus años era el más viejo de nosotros, pero en lo referente al espíritu de vitalidad, mantenía el ritmo de los jóvenes.[30]

Si la casa estaba frecuentemente atestada de gente, también el buzón de correo estaba desbordado de correspondencia. Eran muchas, de hecho, las cartas de militantes e intelectuales que, cada semana, llegaban de distintos países. Sus remitentes consultaban al dirigente de la Asociación Internacional de los

Trabajadores respecto a los principales sucesos políticos del tiempo y le requerían sugerencias sobre las decisiones para tomar y sus comportamientos más adecuados para adoptar.

Como contexto en las jornadas de Marx estaba el invierno, gris y lluvioso. Como le escribió al economista Nikolái Danielsón (1844-1918), "desde mi regreso de Ramsgate mi salud mejoró; sin embargo, el espantoso tiempo que tenemos desde hace meses me bendijo con continuos resfríos y tos que perturban el sueño".[31] Por desgracia, también las condiciones de Jenny von Westphalen continuaron empeorando y, con el inicio de la primavera, Marx debió dirigirse a un nuevo especialista, el doctor Bryan Donkin (1842-1927), con la esperanza de encontrar una cura a la enfermedad de su esposa.

También al amigo Danielsón, Marx referiría un evento entristecedor. Una amnistía del gobierno francés, emanada en julio de 1880, permitiría regresar a la patria a un centenar de revolucionarios, obligados a huir al extranjero luego de la represión ejercida por la Comuna de París en 1871. Si bien la noticia política no podía más que alegrar a Marx, la dimensión personal de la noticia fue, en cambio, fuente de sufrimiento. Su hija mayor Jenny (1844-1883), casada desde hacía diez años con el periodista y comunero Charles Longuet, a quien le habían ofrecido la posición de codirector de La Justicia, el cotidiano del radicalismo fundado por Georges Clemenceau (1841-1929), pudo retornar, por tanto, a la capital francesa con sus hijos. La distancia generó una gran tristeza tanto a Marx como a su mujer, dado que sus "[tres] nietos, […] han sido una fuente inagotable de alegría de vivir".[32] En los meses sucesivos, su ausencia le recordaba constantemente su compañía, alternando, en el ánimo de Marx, sentimientos de felicidad y melancolía. En las cartas dirigidas a Jenny, siempre le pedía noticias y la saludaba:

Sin ti, Johnny, "Harra!" y el "Señor té",[33] desde vuestra partida aquí es un aburrimiento. A veces, cuando escucho voces de niños que se parecen a las de los nuestros, corro a la ventana, olvidando, por un momento, que los pequeños se encuentran del otro lado de la Mancha![34]

A finales de abril, cuando Jenny dio a luz a su cuarto nieto, Marx felicitó en tono

bromista a su hija escribiéndole que “[sus] mujeres [habían] previsto que el ‘nuevo arribado’ acrecentarían la ‘mitad mejor’ de la población”. Además, añadió: “de mi parte, prefiero que los niños nacidos en este momento de giro de la historia sean de sexo ‘masculino’. Ellos tienen delante suyo el periodo más revolucionario que los seres humanos nunca hayan tenido que atravesar”.

A estas consideraciones, que mezclaban esperanzas políticas y preconceptos comunes a los hombres de su generación, le siguieron dos aflicciones. La primera, estrictamente personal, era generada por el pesar de no poder ayudar a su hija, que ahora vivía lejos, padeciendo una vida de privaciones recordándole aquella que él había sufrido largamente. En su carta, de hecho, Marx reproducía las palabras de la esposa enferma que deseaba para Jenny “todo lo mejor”, pero se lamentaba por el hecho de que las felicitaciones sólo servían para «ocultar la propia impotencia». El segundo pesar, en cambio, se vinculaba con la dimensión política, es decir con la conciencia de no poder vivir la nueva y entusiasmante fase de la lucha del movimiento obrero internacional lista para florecer: “lo feo es ser así de ‘viejo’ como para poder sólo prever, en vez de ver”.[35] Lamentablemente, todos los problemas se agravaron posteriormente. Al principio de junio, Marx informó a John Swinton que la enfermedad de su esposa estaba “asumiendo características siempre más graves”.[36] Él mismo seguía padeciendo por nuevas molestias físicas y, a causa de una pierna endurecida por el reumatismo, debió recibir algunos baños turcos.[37] Como le contó a su hija Jenny, sufrió también de “un tremendo resfrío, casi constante”, aunque notaba “estar curándose rápidamente”. Finalmente, manifestaba mucha nostalgia de la compañía de su primogénita y sus nietos: “no pasa día en mi pensamiento no se dedique a ti y a los deliciosos niños”. A Johnny le envió una copia del cuento Reinaldo El Zorro, de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), preguntando, acto seguido, si “el pobrecito [tenía] alguno que se lo le[yese]”.[38]

La primera mitad de 1881 transcurrió de esta manera difícil y penosa. La segunda sería aún peor.

2. ENTRE LA ANTROPOLOGÍA Y LA MATEMÁTICA

En los primeros meses de 1881, en cualquier modo, y cada vez que le fue posible, Marx continuó trabajando, a pesar de los desfavorables sucesos personales. También en este periodo, contrario a aquello afirmado por sus biógrafos que representaron los últimos años de su existencia como un arco de tiempo en el que se había apagado su curiosidad intelectual y su capacidad de elaboración teórica,[39] Marx no sólo continuó sus investigaciones, sino que las extendió a nuevas disciplinas.

En el mes de febrero, había confesado a Danielsón que tenía "una masa colosal de deudas con la correspondencia" hacia sus interlocutores epistolares, porque estaba muy ocupado en nuevos estudios y se preocupaba por llevar a cabo aquellos basados en la "enorme masa de libros azules, que recibí desde distintos países, principalmente desde los Estados Unidos".[40]

Entre diciembre de 1880 y junio de 1881, los intereses de estudio de Marx fueron absorbidos también por otra disciplina: la antropología. Marx comenzó a profundizar en ésta gracias al libro La sociedad antigua [1877], del antropólogo estadunidense Lewis Morgan (1818-1881), recibido, dos años después de su publicación, del etnógrafo ruso Maksim Kovalevski (1851-1916), quien lo había llevado consigo en un viaje de regreso desde Norteamérica.

La lectura de este texto, sobre el que Marx se concentró con particular atención —le impactó, sobre todo, la importancia que Morgan había atribuido a la producción y a los factores técnicos como precondición del desarrollo del progreso social—, se reveló determinante al punto de alentarlo a redactar un compendio de cien densas páginas. Éstas componen la parte principal de los denominados Cuadernos antropológicos. En su interior figuran también extractos de otros volúmenes: Java, o cómo administrar una colonia [1861], de James Money (1818-1890), abogado y experto conocedor de Indonesia; La aldea aria en la India y Ceilán [1880], de John Phear (1825-1905), presidente de la Corte Suprema de Sri Lanka; y Lecciones sobre la historia antigua de las instituciones [1875], del historiador Henry Maine (1822-1888), llegando a un total que

comprendía más de cien hojas.[41] Las comparaciones entre las teorías de estos autores, avanzadas por Marx en sus compendios, permiten suponer que la redacción de todo este material habría sido completada en un periodo relativamente breve y que, sobre esta base, estaría la voluntad de realizar un estudio exhaustivo de la materia.

En el curso de sus investigaciones precedentes, Marx había realizado ya un examen de las formas socioeconómicas del pasado, a cuyo respecto desplegó numerosos comentarios en la primera parte del manuscrito La ideología alemana, en la larga sección titulada “Formas que preceden a la producción capitalista”,[42] contenida en los Grundrisse [1857-1858], y también en el primer volumen de El capital. En 1879, mediante el estudio del libro de Kovalevski, La propiedad comunal de la tierra [1879], Marx había vuelto otra vez sobre este tema. Ello se convirtió, sin embargo, en materia de estudio profundo y actualizado tan sólo con la escritura de los Cuadernos antropológicos.

Las investigaciones que acompañaron su redacción fueron emprendidas con la meta precisa de acrecentar sus conocimientos acerca de periodos históricos, áreas geográficas y temáticas consideradas fundamentales para poder seguir con su proyecto de crítica de la economía política. Por añadidura, estas indagaciones permitieron a Marx adquirir información particular sobre las características sociales y las instituciones del pasado más remoto, que no estaban aún en su posesión cuando había redactado los manuscritos y obras en los años cincuenta y sesenta. Aquéllas, finalmente, fueron actualizadas con las teorías de los más eminentes estudiosos del campo, contemporáneos a él.

Marx se dedicó a este estudio, muy dispuesto en términos de energía, en el mismo periodo en el que todavía ambicionaba con completar el segundo volumen de El capital. No se ocupó de la antropología por mera curiosidad intelectual, aunque sí con una intención exquisitamente teórico política. Quería reconstruir, sobre la base de un correcto conocimiento histórico, la secuencia con la cual, verosímilmente, en el curso del tiempo, se habían sucedido los diferentes modos de producción. Ésta le servía también para dar fundamentos históricos más sólidos a la posible transformación de tipo comunista de la sociedad.[43]

Persiguiendo este objetivo, en la escritura de los Cuadernos antropológicos, Marx redactó extensos resúmenes y anotaciones interesantes sobre la prehistoria, sobre el desarrollo de los vínculos familiares, sobre la condición de las mujeres, sobre el origen de las relaciones de propiedad, sobre las prácticas comunitarias

existentes en las sociedades precapitalistas, sobre la formación y la naturaleza del poder estatal, sobre el papel del individuo e incluso otras cuestiones más actuales a su época como, por ejemplo, las connotaciones racistas de algunos antropólogos y los efectos del colonialismo.

Sobre el tema específico de la prehistoria y del desarrollo de los lazos familiares, Marx obtuvo así muchas indicaciones útiles del pensamiento de Morgan que, como señaló Henry Hyndman: "cuando [... las tesis expuestas en] La sociedad antigua demostr[aron a Marx], de modo convincente, que era la gens,[44] y no la familia, la unidad social del antiguo sistema tribal y de la sociedad de los orígenes, [él] modificó inmediatamente su opinión anterior".[45] Precisamente fueron las investigaciones antropológicas de Morgan sobre la estructura social de las poblaciones primitivas las que le permitieron superar los límites de las interpretaciones tradicionales respecto los sistemas de parentela; entre ellas, la que propusiera el historiador Barhold Niebuhr (1776-1831), en la Historia romana [1811-1812].

Morgan había aclarado, sobre todo, y a contracorriente de todas las hipótesis precedentes, que se había cometido un gran error cuando se había sostenido que la gens fuese "posterior en el tiempo a la familia monógama" y que ésta fuese el resultado de "un conglomerado de familias".[46] En sus estudios sobre la prehistoria de la humanidad y de las sociedades antiguas, él había arribado, luego, a una conclusión de gran interés para Marx. La familia patriarcal no era considerada como la unidad de base originaria de la sociedad, sino como una forma de organización social que apareció posteriormente y más reciente de lo que generalmente se tenía en cuenta. Aquélla "era demasiado débil como organización para hacer frente por sí sola a las vicisitudes de la vida". Mucho más plausible era suponer la presencia de una forma como aquella adoptada por los aborígenes de América, la familia sindiásmica, "practicando el principio del comunismo en su modo de vivir".[47] Marx criticó, en cambio, a Maine, con quien estaba en constante polémica en las páginas de sus resúmenes. En su libro, Lecciones sobre la historia antigua de las instituciones, él había concebido, "la familia privada [... como la] base de la que proceden el sept[48] y el clan, etc."[49] El desacuerdo de Marx con este intento de mover hacia atrás las agujas de la historia, transfiriendo la época victoriana a la prehistoria, lo llevó a afirmar que "El señor Maine, como buen zoquete inglés, no parte de la gens sino del patriarca, que luego se convierte en jefe, etc. Estupideces".[50] En su confrontación, incrementó la crítica socarrona: "Maine, después de todo, no se puede quitar de la cabeza la familia privada inglesa";[51] "Maine traslada su

familia 'patriarcal' romana al mismo comienzo de las cosas".[52] Las demoliciones de Marx no se ahorran mucho para otro de los autores leídos, Phear, de quien dice: "El burro de él lo basa todo en la familia privada".[53] En cuanto a Morgan, Marx encontró estimulantes también sus contrastaciones referidas al concepto de familia, desde el momento que en su "significado original" la palabra "familia" — familia contenía la misma raíz de famulus (siervo)— "no tenía relación con la pareja unirla en matrimonio o con sus hijos, sino con el conjunto de esclavos y servidores que trabajaban para su mantenimiento y se hallaban bajo la autoridad del paterfamilias".[54] Al respecto, Marx anotó:

La familia moderna encierra en germen no sólo el servitus (esclavitud) sino también la servidumbre, pues se halla ligada de antemano a servicios agrícolas. Es la miniagenstura de todos los antagonismos que se despliegan posteriormente en la sociedad y su Estado [...] la familia monógama presupone siempre, para poder existir aislada autónomamente, una clase de servidores que originariamente en todas partes fueron directamente esclavos.[55]

También en otro punto de sus resúmenes, añadiendo una consideración propia, Marx escribió que la acumulación de riqueza se halla "inevitablemente unida con la familia monógama, una vez que se da la propiedad privada de casas, tierras, rebaños".[56] De hecho, como se indicaba en el Manifiesto del Partido Comunista, ésta representaba el punto de partida de la historia como "historia de la lucha de clases".[57] En El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado [1884], libro definido por su autor "la ejecución de un testamento" y que quería ser "un modesto sustituto de lo que [su] amigo"[58] no había podido llevar a término, Engels completó el análisis realizado por Marx, en los Cuadernos antropológicos, afirmando que la monogamia representaba el

Esclavizamiento de un sexo por el otro, como la proclamación de un conflicto entre los sexos, desconocido hasta entonces en la prehistoria. En un viejo manuscrito inédito, redactado en 1848 por Marx y por mí, encuentro esta frase: "La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos". Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases

que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino. La monogamia […] es la forma celular de la sociedad civilizada, en la cual podemos estudiar ya la naturaleza de las contradicciones y de los antagonismos que alcanzan su pleno desarrollo en esta sociedad.[59]

También Marx, por otro lado, había prestado gran atención a las consideraciones de Morgan sobre la paridad entre los sexos. Éstas afirman que las sociedades antiguas fueron más progresivas en cuanto al tratamiento y a los comportamientos hacia las mujeres. A propósito, Marx transcribió aquellas partes del libro de Morgan en las que había observado que, con los griegos, "el cambio de la descendencia por línea femenina a la masculina [fue] perjudicial para la posición y derechos de la mujer y madre". El antropólogo norteamericano había agregado que en la Antigua Grecia "predominó […] un principio, difícil de encontrar entre los salvajes, de egoísmo calculado por parte de los hombres, que tendía a menguar la estimación de la mujer". Morgan evaluó negativamente el modelo social griego. Los griegos "siguieron siendo bárbaros en el apogeo de su civilización en el tratamiento del sexo femenino; educación superficial de éste, [… y] su inferioridad le era inculcada como un principio, hasta el punto de que llegó a ser aceptada como un hecho por las mujeres mismas". Pensando en contraste con los mitos del mundo clásico, Marx agregó un agudo comentario suyo: "la situación de las diosas del Olimpo muestra reminiscencias de una posición anterior de las mujeres. Más libre e influyente. La ansiosa de poder Juno, la diosa de la sabiduría que nace de la cabeza de Zeus, etcétera."[60] De la lectura de Morgan, Marx extrajo inspiración también sobre otro tema de importancia significativa: el origen de las relaciones de propiedad. El famoso antropólogo, de hecho, había establecido una relación de causalidad entre los distintos tipos de estructura de parentesco y las formas económico-sociales. Según Morgan, en la historia occidental las razones de la afirmación del sistema descriptivo —es decir, aquel en el que los consanguíneos están descritos y la relación de parentesco de cada persona es más específica (los consanguíneos son "el hijo del padre, del hermano del padre y del hijo del hermano del padre") — y de la decadencia, en cambio, del clasificatorio —en el que los consanguíneos están reagrupados en categorías, sin que el grado "de cercanía o lejanía del ego" sea tomado en consideración ("mis propios hermanos y los hijos de los hermanos de mi padre son todos hermanos míos por igual")— debían

vincularse con el desarrollo de la propiedad y del Estado.[61] En el libro de Morgan, dividido en cuatro partes, aquella sobre el “Desarrollo de la idea de familia” (III) estaba puesta después de las secciones sobre el “Desarrollo de la inteligencia mediante inventos y descubrimientos (I)”, del “Desarrollo de la idea de gobierno” (II), y antes de “El desarrollo de la idea de propiedad” (IV). Marx invirtió el orden de los temas: I. inventos, II. familia, III. propiedad y IV. gobierno, para así hacer más evidente las conexiones entre los dos últimos.

Morgan afirmó que, a propósito del “principio aristocrático”, a pesar de que “la riqueza y el rango” se justificasen, desde hace millones de años, “sobre la justicia y la inteligencia”, había “pocas dudas […] respecto a […] las clases privilegiadas, […] no ha dejado de mostrar el carácter oneroso (burdensome) de su acción opresiva para la sociedad”.[62]

En una de las páginas finales de La sociedad antigua, copiada casi por entero por Marx, dedicada a las consecuencias distorsionadas que la propiedad podía llegar a generar, se encuentran expresados algunos conceptos que lo impactaron profundamente:

Desde el comienzo de la civilización, el desarrollo de la propiedad ha sido tan gigantesco, sus formas tan diversamente articuladas, sus usos tan continuamente ampliados, y su administración (management) tan hábil para hacer valer los intereses de los propietarios, que se ha convertido para el pueblo en una fuerza incontrolable... La mente humana se siente desconcertada ante su propia creación. Llegará el día, sin embargo, en que el intelecto humano se eleve hasta dominar la propiedad, redefiniendo las relaciones entre el Estado y la propiedad, de la cual éste es el protector, así como de las obligaciones y limitaciones de los derechos de los propietarios. Los intereses de la sociedad preceden a los del individuo y el problema es establecer una relación justa y armónica entre estos dos.

Morgan se negaba a creer que “el destino final del género humano” debiera ser el mero “afán de riquezas” y lanzó, en este sentido, una severa advertencia:

La disolución social amenaza claramente ser la terminación de una empresa de la cual la propiedad es el fin y la meta, pues dicha empresa contiene los elementos de su propia destrucción. La democracia, en el gobierno, la fraternidad en la sociedad, la igualdad de derechos y privilegios y la educación universal anticipan el próximo plano más elevado de la sociedad, al cual la experiencia, el intelecto y el saber tienden firmemente. Será (un nivel superior de la sociedad)[63] una resurrección, en forma más elevada, de la libertad, igualdad y fraternidad de las antiguas gentes.[64]

La civilización "burguesa" no sería, por lo tanto, la última etapa de la humanidad, sino que representa, también ésta, una época transitoria. Si ésta surgió, al final de dos prolongadas épocas definidas (en los términos en boga en aquel tiempo, "estado salvaje" y "estado barbárico"), sucesivamente con la abolición de las formas comunitarias de organización social (implosionadas luego de la acumulación de propiedad y de riquezas), la aparición de las clases sociales y el Estado, entonces, la prehistoria y la historia estaban destinadas a encontrarse nuevamente.[65]

Morgan consideró las sociedades antiguas muy democráticas y solidarias. En relación con la sociedad del presente, se limitó a una declaración optimisma acerca del progreso de la humanidad, sin invocar la necesidad de la lucha política. Marx, por su parte, no hipotetizó como solución la redención socialista del "mito del buen salvaje". De hecho, nunca tuvo esperanzas en el regreso al pasado, sino, como había agregado copiando el libro de Morgan, auspiciaba, en cambio, el avenir de "un nivel superior de la sociedad"[66] basada en una nueva forma de producción y un modo distinto de consumo. Ésta, además, no surgiría gracias a una evolución mecánica de la historia, sino tan sólo a través de la lucha consciente de las trabajadoras y los trabajadores.

De los textos de antropología Marx leyó, al final, todo lo relacionado al origen y las funciones del Estado. A través de los extractos de Morgan, recapituló el papel desarrollado por esta institución en la fase de transición de la barbarie a la civilización;[67] mientras, con los apuntes tomados del texto de Maine, se dedicó al análisis de las relaciones entre individuo y Estado.[68] En continuidad con sus más significativas elaboraciones al respecto, desde De la crítica de la filosofía hegeliana del derecho público [1843][69] a La guerra civil en Francia [1871],[70] también en los Cuadernos antropológicos, Marx representó al Estado como un

poder de servidumbre social, una fuerza que impide la plena emancipación del individuo.

En las notas redactadas en 1881, insistió sobre el carácter parasitario y transitorio del Estado y, refiriéndose a Maine, precisó:

Maine ignora algo mucho más profundo: que incluso la existencia, aparentemente suprema e independiente, del Estado, no es más que una apariencia, y que el Estado en todas sus formas es una excrecencia de la sociedad. Incluso su apariencia no se presenta hasta que la sociedad ha alcanzado un cierto grado de desarrollo y desaparece[rá] de nuevo en cuanto la sociedad llegue a un nivel hasta ahora inalcanzado.

Luego de la crítica hacia la institución política, Marx continuó con aquella hacia la condición de los hombres, en circunstancias históricamente dadas. Para Marx, de hecho, la formación de la sociedad civilizada, con la consiguiente transición de un régimen de la propiedad común a una individual, "genera una individualidad aún unilateral [¿así llega a destacarse unilateralmente la individualidad?]".[71]

Si la "verdadera naturaleza 'del Estado' se muestra sólo cuando" viene analizado "el contenido [o sea] los intereses 'del Estado', esto muestra que éstos 'son comunes a ciertos grupos sociales, [... son] intereses de clase'. Para Marx se trata de un 'Estado que presupone las clases'". Por lo tanto, la individualidad que existe en este tipo de sociedad "es una individualidad de clase", que "se basan todos en última instancia, en condiciones económicas".[72]

En los Cuadernos antropológicos, Marx desarrolló no pocas observaciones respecto a otro tema, que le fuera sugerido por un lenguaje lleno de definiciones discriminatorias usado por aquellos que estaba estudiando: las connotaciones racistas utilizadas por los antropólogos.[73] El rechazo de Marx hacia esa ideología fue categórico y sus comentarios contra los autores que se expresaron de ese modo fueron cáusticos. Cuando, por ejemplo, Maine usó epítetos discriminatorios, Marx comentó decisivamente: "Pero esto ¡no tiene sentido!" Recurrentes, más aún, fueron las expresiones del tipo: "¡que el diablo se lleve a esta jerga 'aria'!"

Finalmente, mediante los libros Java, o cómo administrar una colonia, de Money, y La villa aria en la India y Ceylan de Phear, Marx estudió los efectos negativos de la presencia europea en Asia. En lo que concierne al primer texto, Marx, para nada interesado en las opiniones políticas de su autor, encontró útiles, sin embargo, la información detallada relativa al comercio que la obra contenía.[74] Una aproximación similar tuvo con el escrito de Phear, del cual privilegió los datos que éste reportó sobre el estado de Bengala en la India, ignorando las débiles construcciones teóricas.

Los autores leídos y compendiados por Marx en los Cuadernos antropológicos habían sido todos influidos, aunque con matices distintos, por la concepción evolucionista imperante en el tiempo y algunos de ellos incluso eran convencidos sostenedores de la superioridad de la civilización burguesa. Un análisis de los Cuadernos antropológicos muestra, de manera evidente, que Marx no sufrió influencia alguna de parte de sus impostaciones ideológicas.

Las teorías del progreso, hegemónicas en el siglo XIX, muy difundidas también entre antropólogos y etnólogos, postulaban que el curso de los eventos seguiría a un recorrido ya dado, debido a factores externos a la acción humana, que procedería en estadios sucesivos concatenados entre ellos, y que tenía como única e igual meta el mundo capitalista.

En el lapso de pocos años, con la llegada de la Segunda Internacional, también entre las filas del movimiento obrero tomó cuerpo la ingenua convicción del progreso automático de la historia. La única variante respecto de la versión burguesa fue la previsión de una última etapa que vendría seguida luego del “colapso” del sistema capitalista, automáticamente destinado al ocaso: el advenimiento del socialismo (¡por añadidura, a continuación, definido como “marxista”!).[75] Este análisis, más allá de ser epistemológicamente errado, produjo una suerte de pasividad fatalista, que se transformó en un factor de estabilidad para el orden existente y en debilitamiento para la acción social y política del proletariado.

Dicha posición considerada por varios “científica”, ponía en común aquella ya afirmada de origen burgués y la otra que comenzaba a emerger también en el frente socialista, Marx supo oponerse sin ceder a las sirenas que anunciaban el curso inequívoco de la historia conservando su enfoque característico: complejo, versátil y multiforme.

Si, en presencia de tantos oráculos darwinistas, Marx pareció ser un autor incierto y vacilante,[76] por el contrario, supo huir de la trampa del determinismo económico en la que cayeron, en cambio, muchos de sus seguidores y de sus presuntos continuadores, a quienes se les imputó una de las peores caracterizaciones del “marxismo”, más allá de la sideral distancia de los propósitos respecto a los cuales consideraban inspirarse.

En los manuscritos, en los cuadernos de apuntes, en las cartas dirigidas a los compañeros y a los militantes que estaban en contacto con él, y además en las intervenciones públicas, que eran definitivamente pocas a causa de tantos dramas familiares y el ocaso de sus fuerzas físicas, Marx continuó su investigación para reconstruir la compleja historia del pasaje de las formas de las sociedades antiguas al capitalismo.

De las investigaciones realizadas sobre los textos de antropología que leyó y sintetizó, sacó la conclusión de que el progreso humano había procedido más rápidamente en las épocas en las que se habían ampliado las fuentes de subsistencia, comenzando con el nacimiento de la agricultura. Hizo acopio de las informaciones históricas y de los datos recogidos, pero no compartió los rígidos esquemas sobre la ineluctable sucesión de determinados estadios de la historia humana.

Rechazó las rígidas representaciones que vinculaban los cambios sociales solamente a las transformaciones económicas. Marx defendió, en cambio, la especificidad de las condiciones históricas, las múltiples posibilidades que el curso del tiempo ofrecía y la centralidad de la intervención humana por modificar la existencia y marcar el cambio.[77] Fueron éstas las características sobresalientes de la elaboración teórica del último Marx.

Al la par de su estudio de la antropología, en la primera mitad de 1881, Marx volvió a ocuparse de las matemáticas, disciplina con la cual, en el pasado, se había aventurado en diversas ocasiones.

Al principio de 1858, Marx informó a Engels haber cometido tantos errores de cálculo, durante la redacción de los Grundrisse, que, “por desesperación, se había metido de nuevo a estudiar álgebra”. Había confesado a su amigo que “la aritmética [le había] sido difícil, pero [que] por la vía indirecta del álgebra llegaba a una solución”.[78] Entonces, inicialmente, el interés mostrado por Marx por la ciencia de los números fue funcional a sus estudios de economía política y

a los problemas teóricos que éstos le presentaban, habiendo comprendido que era urgente, para resolverlos, emprender investigaciones específicas.

Por otro lado, cuando éstas tuvieron inicio, la relación de Marx con la matemática sufrió un profundo cambio. Ésta, más allá de serle útil para El capital, devino fuente de interés cultural per se, al punto de asumir, en el ámbito de su actividad intelectual, un carácter muy especial.

Ya a fines de 1860, mientras su mujer estaba enferma de viruela y las hijas se alejaron de la casa por miedo al contagio, Marx, que había debido transformarse en una suerte de “enfermero”, había contado a Engels, que, dadas las circunstancias, “está prácticamente out of question [fuera de cuestión] que escriba artículos [para The New York Times]. La única ocupación que me permite conservar mi quietness of mind [tranquilidad de espíritu] necesaria, son las matemáticas”.[79] Conservó esta costumbre hasta el fin de sus días.

En la correspondencia con su amigo, que en ese tiempo vivía en Manchester, se refirió al placer que la matemática era capaz de procurarle. En la primavera de 1865, contó a Engels que, durante los intervalos de la escritura de El capital —para cuyo término se deslomaba “como una mula [...] aprovechando el tiempo en el que se sentía con ganas de trabajar dado que los forúnculos estaban siempre ahí […], pero no molestan el cráneo—, hacía cálculo diferencial dx/dy”. Era ésta la única actividad que le interesaba, fuera de su trabajo principal, “toda otra lectura me conduce siempre de vuelta a mi escritorio”.[80] En el curso de los años sesenta Marx continuó este camino. Es más, desde finales de esos años, se dedicó a la matemática de un modo más sistemático, escribiendo algunos cientos de páginas que, posteriormente, fueron denominados Manuscritos matemáticos.[81] En 1881, finalmente, Marx concentró su atención sobre las teorías matemáticas de Isaac Newton (1643-1727) y de Leibniz, quienes, en el pasaje entre el siglo XVII y el siglo XVIII, el primero en Inglaterra, el segundo en Alemania, habían inventado, independientemente el uno del otro,[82] el cálculo diferencial y el cálculo integral, los dos componentes del cálculo infinitesimal.

Posterior a estos nuevos estudios, tomaron vida dos breves manuscritos —titulados Sobre el concepto de función derivada y Sobre la diferencial—, en los que Marx presentó, mediante la exposición sistemática de sus ideas, su interpretación del cálculo diferencial e ilustró el método descubierto.[83] Ambos trabajos fueron dedicados a Engels, a quien, apenas concluidos, le fueron enviados para recibir su juicio.

Los estudios de Marx sobre la historia del cálculo diferencial, que comenzaron con sus orígenes, estuvieron acompañados de la escritura de muchos apuntes y esbozos preliminares[84] y siguieron un objetivo preciso: criticar los fundamentos del cálculo infinitesimal, negando la existencia de una matemática primaria con relación a los diferenciales dx y dy.[85] En el curso de estas investigaciones, él discutió, ante todo, el fundamento "místico" del cálculo diferencial desarrollado por Newton y Leibniz, porque ninguno había ofrecido alguna explicación formal sobre cómo podía seguirse aquél. Marx los criticó porque ellos lo habían introducido, pero sin definirlo.[86]

Este aspecto negativo había sido ya captado por otros grandes matemáticos, como Jean d´Alembert (1717-1783) y Joseph Louis Larange (1736-1813), cuyas tesis habían sido estudiadas por Marx con gran interés. Los dos, sin embargo, el primero mediante el método racionalista y la introducción de la noción de límite, el segundo mediante uno puramente algebraico y el concepto de función derivada, no habían llegado a resolver el problema evidenciado por Marx.

Para su profundización, insatisfecho, decidió continuar sus investigaciones con el propósito de asignar, de manera no "mística" sino sobre bases conceptuales, un estatuto formal y riguroso al cálculo diferencial.

Sin embargo, él no conocía los nuevos estudios en la materia, dado que sus conocimientos de la literatura matemática se habían detenido con los descubrimientos alcanzados al inicio del siglo XIX. No alcanzó a actualizarse sobre las soluciones encontradas por dos matemáticos de su tiempo: Augustin-Louis Cauchy (1789-1857) y Karl Weierstrass (1815-1897),[87] cosa que, probablemente, le habría permitido avanzar en el objetivo que se había fijado.

En cuanto a la lectura de los Manuscritos matemáticos por parte de Engels, en agosto de 1881, éste se armó "finalmente de valor y comenzó a estudiarlos". Felicitó inmediatamente a Marx considerando que se había hecho "finalmente claro aquello que muchos matemáticos sostienen desde hace tiempo, sin lograr encontrar una base racional, o sea que el cociente diferencial constituye el elemento originario, mientras que las diferenciales dx y dy son deducidas". Engels estuvo tan altamente implicado en estos estudios que comentó con su amigo: "el asunto me resuena por la cabeza durante todo el día, incluso la noche anterior he soñado que, para diferenciar, daba a un tipo los botones de mi camisa y aquel se las piraba".[88] Las discusiones sobre el tema entre Marx, Engels y su amigo en común Samuel Moore (1838-1911) continuaron hasta el fin del año

siguiente. En noviembre de 1882, Marx todavía estaba convencido de poder “liquidar todo [el] desarrollo histórico del análisis sosteniendo que, en la práctica, nada de esencial ha cambiado en la aplicación geométrica del cálculo diferencial, o sea en la simbolización geométrica”.[89] Sin embargo, distinto de cómo había querido, no hubo ninguna “futura ocasión” para continuar sus investigaciones en la biblioteca del British Museum y preparar “una discusión particularizada de los distintos métodos”.

En esta fase de la vida de Marx, el interés por el cálculo diferencial no se pone en relación con la preparación del segundo volumen de El capital. Marx se interesó sobre todo en la matemática pura y no en su aplicación en la economía, como había sido, en cambio, al inicio de los años sesenta, cuando había podido “definir [...] matemáticamente”, con base en las fluctuaciones de los precios, “las leyes principales de las crisis”.[90] Tanto menos estaba entre sus intenciones, a pesar de lo argumentado por algunos expertos en estos manuscritos,[91] redactar un escrito propio sobre matemática.

Los Manuscritos matemáticos hicieron emerger, en cambio, la peculiaridad de la relación que Marx tuvo con la matemática. Ésta representó, sobre todo, un estímulo intelectual útil para su investigación de su método de análisis social, en particular con relación a la dialéctica y a la representación de la “totalidad”. La matemática, en fin, se convirtió para Marx casi un lugar físico; quizá un espacio lúdico donde retirarse en los momentos de mayor dificultad personal.

3. CIUDADANO DEL MUNDO

Aún estando totalmente absorbido por estudios teóricamente más demandantes, Marx no renunció nunca a interesarse por los principales eventos económicos y de política internacional de su época.

De hecho, era un lector puntual de los principales diarios “burgueses”; recibía, además, y hojeaba también la prensa alemana y francesa. Sus días comenzaban siempre con los diarios. Su mirada curiosa, ávida de noticias, recorría con atención las páginas y se detenía sobre las principales noticias internacionales, en modo de poder estar constantemente informado.

Junto con estas lecturas, la correspondencia con los dirigentes políticos e intelectuales de distintos países representaba, a menudo, una fuente adicional para mantenerse informado, incorporar nuevos estímulos y profundizar en las más diversas temáticas.

La cuestión que le fue planteada, al inicio de 1881,[92] por Ferdinand Domela Nieuwenhuis (1846-1919), el mayor exponente de la Liga Socialdemócrata, la principal fuerza política socialista en aquel momento en Holanda constituyó, por ejemplo, una ocasión para aclarar, nuevamente, su mirada sobre el proceso de transición hacia el comunismo.

En vista de un congreso socialista de 1881, convocado con la ambición de reunificar los partidos más grandes del proletariado europeo en una nueva Internacional, Nieuwenhuis se dirigió a Marx para resolver una problemática que consideraba decisiva. Le preguntó cuáles eran las medidas, de carácter político y económico, que un gobierno revolucionario habría debido adoptar, después de la toma del poder, con el fin de garantizar la victoria del socialismo.

También en esta ocasión, en congruencia con las anteriores, Marx se declaró del todo contrario a responder con una fórmula general. Preguntas similares, de hecho, eran por él consideradas “una tontería”, desde el momento en que “aquello que se deba hacer, y hacer inmediatamente, en un particular momento

del futuro, dependerá en todo y por el todo de las reales condiciones históricas en las que se deberá actuar". Para Marx, por lo tanto, realizar esta pregunta "en abstracto" representaba "un problema fantasma, cuya única solución sólo puede ser la crítica de la cuestión misma".[93] Debido a estas razones, la respuesta a Nieuwenhuis fue perentoria, siendo imposible "resolver una ecuación que no contenga en sus términos los elementos de la solución". Además, se declaró seguro de que:

un gobierno socialista no llega a la conducción de un país sin que las circunstancias arriben al punto que éste pueda, antes que nada, tomar las medidas para intimidar a la masa de los burgueses y conseguir, así, el primer objetivo, el tiempo para la acción eficaz.

A partir de estas consideraciones resulta evidente que, para Marx, la instauración de un sistema socialista de producción y de consumo fuese un proceso largo y complejo, no realizable, ciertamente, con la sola conquista del palacio del poder. Afirmó, de hecho, que no había nada de "específicamente socialista en las difíciles decisiones de un gobierno nacido, improvisadamente, luego de una victoria popular". La Comuna de París —la única experiencia revolucionaria que llegó al gobierno— no podía efectivamente ser considerada un modelo de comparación. Ésta había representado un caso muy particular, "la sublevación de una sola ciudad, en condiciones excepcionales", y que, aún más, había tenido como guía política una mayoría que "no fue en ningún modo socialista, ni habría podido serlo".

Al comparar la posición de la clase obrera de su tiempo con la de la naciente burguesía antes de la caída del ancien regime, Marx consideró que el frente proletario no estaba en peores condiciones:

Las reivindicaciones generales de la burguesía francesa antes del 1789 estaban, mutatis mutandis, tan bien definidas como lo están hoy, con un moderado grado de uniformidad, las primeras reivindicaciones del proletariado en todos los países con producción capitalista. ¿Tenían, a priori, los franceses del siglo XVIII alguna mínima idea del modo en el que serían realizadas las reivindicaciones de

aquella burguesía?

En términos más generales, Marx no abandonó nunca la convicción de que:

La anticipación doctrinaria y necesariamente fantasiosa del programa de acción de una futura revolución sirve sólo para distraerse de la lucha presente. El sueño del fin inminente del mundo inspiró a los primeros cristianos contra el imperio romano y forjó su confianza en la victoria. La visión científica de la inevitable disgregación del orden social dominante, que se produce continuamente ante nuestros ojos; las mismas masas, cuya furia se monta bajo los azotes de los viejos fantasmas al gobierno; y, contemporáneamente, el desarrollo gigantesco de los medios de producción: será esto que bastará para garantizar que en el momento del estallido de una verdadera revolución proletaria estarán presentes también las condiciones de su primer e inmediato (aunque seguramente no idílico) modus operandi.

Además, él manifestó su opinión también sobre el inminente congreso socialista del cual le había hablado Nieuwenhuis y no escondió su escepticismo sobre la posibilidad de realizar, en lo inmediato, una nueva organización internacional, sobre el modelo de aquella que había coordinado por casi diez años.

Estoy convencido de que todavía no ha llegado el momento adecuado para la formación de una nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, y por esta razón considero que todos los congresos obreros y en particular los congresos socialistas —en la medida en que no están vinculados con las condiciones inmediatas en una u otra nación— no son sólo inútiles sino perjudiciales. Se desvanecerán siempre en innumerables trivialidades generales y anacrónicas.[94]

Algunos contemporáneos de Marx pusieron su atención también sobre otro tema que estaba en el foco de la crónica: el gran éxito alcanzado por la obra Progreso

y pobreza, publicada, en 1879, por el economista norteamericano Henry George (1839-1897).

En este texto, posteriormente traducido a muchísimas lenguas y vendido en millones de copias, George había avanzado sobre una propuesta que lo había vuelto famoso, ésta es, la de instituir una tasa única sobre la renta de la tierra en sustitución de todos los otros impuestos existentes:

Nosotros percibimos ya una parte de la renta mediante los impuestos. No necesitamos hacer otra cosa sino algunos cambios en nuestro modo de tasación para percibirla en su totalidad. Entonces, lo que yo propongo […] es la apropiación de la renta mediante los impuestos. […] En la forma, la propiedad de la tierra permanecería como lo que es ahora. No hay necesidad de expropiar a ningún propietario, ni de establecer límite alguno a la extensión de la tierra que una persona pueda poseer. Siendo la renta pagada con el impuesto del Estado, la tierra, bajo cualquier nombre, sea cual sea su división, sería realmente propiedad común y cada miembro de la comunidad participaría de sus ventajas. Ahora, en el caso de que los impuestos sobre la renta o sobre los precios de la tierra deban necesariamente ser aumentados en razón a los otros impuestos que proyectamos, podemos dar a la propuesta una forma práctica, estableciendo abolir todos los impuestos, excepto aquellos sobre los precios de la tierra.[95]

Requerido, desde muchas partes, a manifestar su parecer sobre la manera en que se había hipotetizado resolver, en estos términos, las causas de la paradójica coexistencia entre progreso y pobreza, Marx se sintió obligado, después de ser interpelado sobre el tema por el revolucionario alemán emigrado a Nueva York, Friedrich Sorge (1828-1906), por John Swinton y por el socialista estadunidense Willard Brown (?),[96] a expresar su opinión.

Su “breve juicio sobre el libro” fue, como sucedía frecuentemente, despectivo. Marx reconoció en George la cualidad de un “escritor con talento”, y afirmó que los elogios recibidos por el volumen en Estados Unidos de América estaban en su mayoría motivados por aquello que representaba “un primer intento, aunque fallido, de emancipación de la economía política ortodoxa”. Sin embargo, hechas estas dos pequeñas concesiones, se puso en contra de la perspectiva del

economista de ultramar: “Teóricamente el hombre está espantosamente atrasado”. A su juicio, él “no entiende nada de la naturaleza de la plusvalía” y se pierde en especulaciones sobre sus componentes “a las que se atribuye existencia independiente (acerca de las relaciones entre ganancia, renta, interés)”.[97] Marx impugnó radicalmente la “tesis fundamental” de la obra de George y le negó originalidad. Los mismos Marx y Engels, en su juventud, tenían incluso, en el Manifiesto del Partido Comunista, a la “Expropiación de la propiedad territorial y [el] empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado”,[98] entre las diez medidas para realizar, en los países económicamente más desarrollados, después de la conquista del poder por parte de la clase obrera.

Marx recordó a Swinton que “ya los más viejos discípulos de Ricardo, los radicales, imaginaban que, con la apropiación de la renta agraria de parte del Estado, todo estaría bien”.[99] Marx había criticado esta impostación desde 1847, cuando, en la Miseria de la filosofía, había puntualizado que si “los economistas como Mill, Cherbuliez, Hilditch y otros [habían] pedido que la renta [fuese] asignada al Estado para servir al pago de los impuestos”, ellos habían manifestado así “la expresión franca del odio que el capitalista industrial siente hacia el propietario del suelo, el cual es a sus ojos inútil y redundante en el conjunto de la producción burguesa”.[100] Ciertamente, no suficiente para cambiar las desigualdades existentes en la sociedad de su tiempo.

En su respuesta a Sorge, Marx mencionó los casos de otros autores que, en el pasado, habían propuesto recetas similares. Entre ellos estaban el francés Jean-Hyppolite Colins (1783-1859), que había intentado transformar “este desideratum de los economistas burgueses avanzados de Inglaterra en una panacea socialista, declarando que este procedimiento era la solución de las contradicciones existentes en el actual modo de producción”. También el economista alemán Adolph Samter (1824-1883), seguidor de Johann Rodbertus (1805-1875), “receptor de las loterías en la Prusia oriental, expandió este ‘socialismo’ hasta llenar un valiente tomo”, publicado en 1875 con el título Enseñanza social. Sobre la liberación de las necesidades en la sociedad humana.

Para Marx, el libro de George estaba inscrito en esta línea de pensamiento. Igualmente, “en él era aún menos justificable” que los demás. Como ciudadano norteamericano habría debido explicar cómo fue posible que, en una realidad como la de Estados Unidos, “donde relativamente [...] la tierra era accesible a la gran masa del pueblo y, hasta cierto punto, lo sigue siendo […], la economía capitalista y la correspondiente esclavización de la clase obrera se han

desarrollado de modo más rápido y desvergonzado que en cualquier otro país”.[101] Según Marx, lo que une a todas estas figuras seudosocialistas era que

Sostienen la existencia del trabajo asalariado, y de la producción capitalista, tratando de engañarse a sí mismos y al mundo creyendo que, si la renta del suelo se transformase en impuesto estatal, desaparecerían automáticamente todos los males de la producción capitalista.

A pesar de sus intenciones, las teorías de George y de quienes las compartían constituían “un primer intento, aunque fracasado, de emanciparse de la economía política ortodoxa”.[102] Para concluir, rechazó “la repugnante presunción y arrogancia” del economista norteamericano, característica que —al decir de Marx— “distinguía, sin excepción [a] todos los mercachifles de panaceas”.[103] También, en el curso de 1881, Marx, como siempre atento a cuanto sucedía en el mundo, observó y comentó, con compañeros y familiares, las novedades políticas del momento. En particular, en el mes de febrero de aquel año, en una larga carta dirigida a Danielsón, Marx apuntó algunas valiosas observaciones sobre la situación en que se encontraban algunos países.

El estudio de los derrumbes económicos, desde siempre entre sus prioridades, y la gran depresión que, desde 1873, había golpeado a diversas naciones del mundo y, en particular a Inglaterra, habían suscitado la atención del estudioso e intensificado las esperanzas del militante. Al interpretar los acontecimientos financieros en curso en el Reino Unido, dijo:

El hecho de que la gran crisis industrial y comercial atravesada por Inglaterra haya pasado sin culminar en un colapso de la bolsa de Londres ha sido fenómeno excepcional, atribuible únicamente a la emisión de dinero francés.

Estas consideraciones eran acompañadas de la descripción del cuadro económico general. La recesión se manifestaba con una sensible caída de la tasa de productividad y con un drástico estancamiento de las exportaciones. Gran

Bretaña había dejado de ser el taller del mundo y la “prosperidad victoriana” de los decenios anteriores quedaba como un recuerdo del pasado. Al respecto, de un modo más particularizado, Marx observó que:

El sistema ferroviario inglés rueda sobre el mismo plano inclinado del sistema de la deuda pública europea. Entre los varios administradores de las sociedades ferroviarias, los magnates más potentes contrajeron no sólo nuevos préstamos para ampliar sus redes —vale decir el “territorio” sobre el que reinan como monarcas absolutos—, sino que extienden estas últimas para tener el pretexto de acceder a nuevos préstamos con los cuales pagar los intereses comprometidos por los detentadores de obligaciones, acciones privilegiadas, etc., y tirar de vez en cuando algunas migas, sobre la forma de mayores dividendos a los maltratados accionistas comunes. Un día u otro este modo de actuar desembocará en una terrible catástrofe.

No fue menos el interés que Marx mostró por los acontecimientos más sobresalientes que sucedían del otro lado del océano. Entre éstos llamó su atención el ascenso financiero de Jay Gould (1836-1892), uno de los mayores constructores de vías férreas americano, convertido, mediante gigantescas especulaciones, en uno de los hombres más ricos de su época, falto de escrúpulos; de hecho, se había ganado la fama de ser uno de los peores robber baron (barones ladrones) de su país.[104] Éste, quien había sido propietario de la Erie Railroad Company, la línea histórica que operaba entre Nueva York y el noreste de Estados Unidos, había asumido, en 1879, el mando de tres principales redes ferroviarias del Oeste, comprendida la Union Pacific Raildroad, que viajaba al oriente del río Misisipi. Con éstas, Gould controlaba más de 16 000 kilómetros de vías férreas, una novena parte de las existentes en todo el país. En 1881 había alcanzado a expandir más aún su imperio y a convertirse asimismo en propietario de la Western Union.

Interesado, como estaba, en los desarrollos de la sociedad norteamericana, Marx no podía no ocuparse de la ascensión de Gould y no comentar las palabras que el magnate había usado para defenderse de los ataques recibidos por una gran parte de la opinión pública.

En Estados Unidos, los reyes del ferrocarril son objeto de ataques, no sólo, como en el pasado, por parte de los agricultores y otros emprendedores industriales del oeste, sino también de los mayores representantes del comercio […] a su vez, el pulpo de Gould, el rey de los ferrocarriles y tramposo financista ha replicado a los magnates del comercio de Nueva York: ahora atacan a los ferrocarriles porque los consideran vulnerables, dada la actual impopularidad. Sin embargo, presten atención: después de los ferrocarriles le tocará a cada tipo de corporation (que en el léxico de los yankee significa sociedad por acciones); por tanto a todas las formas de capital asociados y por fin al capital tout court. Así despejan el camino al comunismo, cuyas tendencias se van siempre difundiendo más entre el pueblo.

"El señor Gould tiene buen olfato"[105] —comentó Marx, esperanzado de que aquella tendencia pudiese verdaderamente afirmarse del otro lado del Atlántico.

En la misma carta a Danielsón, Marx reparó, al final, en los desarrollos políticos de la India, a través de una reflexión sobre las hipótesis respecto a las previsiones que el gobierno británico estaría realizando para hacer frente a "serias complicaciones, sino incluso a una sublevación general". La explotación devenía, con el pasar del tiempo, siempre más intolerable:

Lo que los ingleses sacan anualmente —bajo la forma de réditos o de dividendos por los ferrocarriles que son inútiles para los indios— para pagar a los funcionarios militares y civiles, por el conflicto en Afganistán y otras guerras, etc.; lo que retiran cada año —sin ninguna contrapartida y sin contar lo que se apropian directamente— dentro de la India, considerando sólo el valor de las mercancías que los indios deben enviar gratuitamente cada año a Inglaterra; ¡todo eso supera la suma del rédito total de los 60 millones de trabajadores agrícolas e industriales indios! ¡Es una sangría que requiere venganza! ¡Los años de carestía prosiguen en proporciones hasta el día de hoy impensadas en Europa! Se está efectuando una verdadera conspiración de la cual participan los indios y musulmanes. El gobierno británico sabe que algo se está cocinando, pero estas cabezas vacías […], estupidizados por su modo parlamentario de hablar y de

pensar, se niegan a ver claro y de actuar en relación a la magnitud del peligro inminente. Engañar a los otros y, engañando a los otros, engañarse a sí mismos: éste es el fondo de la sabiduría parlamentaria. Tanto mejor.[106]

Marx también dedicó una especial atención, que desde los años sesenta nunca se vio interrumpida, a la causa irlandesa. Algunas consideraciones suyas sobre el tema se encuentran en una carta del 11 de abril, dirigida a la hija Jenny, desde hacía muchos años comprometida a sostener el movimiento feniano.

La oposición de Marx a la ocupación y a los terribles atropellos que este país sufría de parte de los ingleses fue total. En el momento en que tomó conciencia de haber sido nombrado primer ministro, en 1868, William Gladstone (1809-1989) —definido por Marx como “archihipócrita y casuista de vieja escuela”—[107] había afirmado que su “misión” política sería la de “pacificar Irlanda”.[108]

Las primeras medidas políticas adoptadas por su gobierno para poner en orden la decisiva problemática de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, desatendió las proclamas y demostraron una fuerte falla. La ley de terratenientes y arrendatarios (Landord and Tenant, Ireland, Act), promulgada en 1870 para modificar la legislación existente, no hizo sino empeorar la situación. A fines de este decenio, de hecho, Irlanda fue escenario de numerosas protestas contra la terrible explotación perpetrada por parte de los propietarios rurales y en señal de revuelta contra el dominio británico.

Cuando, en abril de 1881, los liberales presentaron en el parlamento la Ley rural (Land law Act), la segunda serie de disposiciones sobre la propiedad de la tierra, Marx apuntó contra el gobierno quien, a diferencia de lo que afirmaban sus sostenedores, no estaba realmente comprometido a limitar la arbitrariedad de los propietarios rurales ingleses sobre los arrendatarios. A su hija Jenny Longuet escribió que, en realidad, “con sus vergonzosas medidas preliminares, incluida la abolición de la libertad de palabra de los miembros de la Cámara de los Comunes”, el primer ministro no había hecho otra cosa que “preparar las condiciones para los actuales desalojos de masa en Irlanda”. Para Marx, las reformas propuestas por el gobierno representaban tan sólo “una falsa apariencia, ya que los lores, quienes consiguen de Gladstone todo lo que quieren ya no tienen por qué temblar ante la Liga Agraria;[109] la rechazarán sin duda o la enmendarán de tal modo que los propios irlandeses votarán eventualmente

contra ella”.[110] Marx se equivocó, dado que las medidas fueron aprobadas por el parlamento inglés, pero estaba en lo justo cuando previó que éstas no resolverían para nada los problemas de Irlanda. Como consecuencia de la nueva legislación, sólo pocos centenares de campesinos pudieron adquirir la tierra y, después de algunos años, las revueltas volvieron.

En otra carta a Jenny, enviada un par de semanas después de la anterior, Marx volvió al tema afirmando que la iniciativa de Gladstone había sido muy astuta. Con la nueva reforma, de hecho, “en un momento en el que, a causa de la importación de ganado y de cereales de Estados Unidos, la propiedad agraria en Irlanda (como en Inglaterra) comenzaba a desvalorizarse”, había permitido a los grandes propietarios de la tierra la “posibilidad de vender [su] propiedad al tesoro público a un precio ya que no poseían”.

Marx invitó a Jenny a leerle a su marido, su yerno Charles Longuet, el discurso brindado en Cork por Charles Parnell (1846-1891), el principal exponente del Partido Parlamentario irlandés, y agregó con certeza: “ahí encontrarás la sustancia de lo que se necesita decir respecto de la nueva Ley de Tierras”. Para Marx, en conclusión:

el problema agrario irlandés presenta complicaciones reales —en realidad no específicas de Irlanda— de tales dimensiones que el único modo de resolverlo sería concediendo el autogobierno a los irlandeses y forzarlos, así, a encontrar una solución por ellos mismos. Pero John Bull es demasiado estúpido para comprenderlo.[111]

En general, no se podría decir en verdad que Marx estuviese entusiasmado de vivir bajo la monarquía inglesa. La muerte de Benjamin Disraeli (1804-1881), dos veces primer ministro y por muchos años dirigente del Partido Conservador, ocurrida el 19 de abril, fue acompañada de una campaña de “exaltación” del personaje. Eso le pareció a Marx, “la última extravagancia londinense”, que había dado a Gran Bretaña “la satisfacción de admirar la propia magnanimidad”. En la última fase de su gobierno, Disraeli no había hecho otra cosa que coleccionar fracasos. Entre éstos se encontraban, en política exterior, el curso negativo de la guerra anglo-afgana y el sangriento conflicto en Sudáfrica durante

la guerra anglo-zulú y, en economía, el colapso de la producción agrícola e industrial. Fueron éstas las razones que causaron la severa derrota de Disraeli en las elecciones políticas de 1880.

Reflexionando sobre su vuelta a la popularidad, Marx anotó: “¿Acaso no es ‘grandioso’ homenajear a un muerto que, poco antes de pasar a mejor vida, fue saludado con manzanas y huevos podridos?” Su carta concluyó con la irónica afirmación de que todo aquello enseñaba a las “clases inferiores” que, en tanto sus “clases superiores” puedan luchar durante su vida “por el prestigio y el dinero”, la muerte sacará a la luz la verdad, es decir que los dirigentes de las “clases dominantes” son siempre “hombres grandes y buenos”.[112]

Por lo demás, de Inglaterra Marx también detestaba el clima. El 6 de junio contó, enfadado, a su hija Jenny del “frío infernal” que había pasado por dos días. Esto había coincidido con la protesta organizada en la capital inglesa por los irlandeses y Marx, en modo jocoso, comentó que se trataba de “una de las malas bromas que el padre celestial tiene siempre para su plebeyo rebaño londinense. Ayer, con la lluvia, ha logrado arruinar la manifestación de Parnell en el Hyde Park”.[113] Marx no habría podido descuidar los dos principales países del continente, Alemania y Francia. De éstos se ocupó, como había hecho ya en el pasado, cada vez que le había sido posible, encontrando directamente dirigentes de las fuerzas de la izquierda comprometidos con la lucha política, autores de libros que difundían las teorías sociales y cuanto se escribiera en periódicos y revistas para sostener la causa del proletariado.

En el curso de los más de treinta años transcurridos en el exilio en Londres, así como en los pocos viajes que pudo realizar, Marx conoció cientos de militantes e intelectuales empeñados en favor de la causa de la clase trabajadora. Entre éstos, acogió siempre con particular gusto a los activistas más jóvenes, ya que, solía decir: “tengo que ir formando hombres que, después de mí, puedan continuar con la propaganda comunista”.[114] Precisamente en 1881, Marx conoció también a Kautsky, dejándole, sin embargo, una impresión que era todo menos positiva. De él, de hecho, escribió que, a pesar de ser “a su manera una buena persona”, era esencialmente “un mediocre. Tiene una visión estrecha, y es un pedante (tiene sólo 26 años) sabelotodo; en cierto modo es diligente, muy dado a las estadísticas, de las cuales, sin embargo, no recababa mucho. Pertenece por naturaleza a la estirpe de los filisteos”. Por lo tanto, así como se lo confió burlonamente a su hija Jenny, Marx decide enviárselo a su amigo Engels, agregando que éste “ha suavizado su opinión sobre Kautz desde que ha

demostrado ser un gran bebedor”.[115]

En el verano de 1881, Marx se ocupó, con constancia, de los avances que acompañaron las elecciones políticas francesas. El primer ministro Léon Gambetta (1838-1882) se había lanzado a la candidatura de presidente del Consejo y la Unión republicana, dirigida por él, para conquistar la mayoría de los escaños. Dos semanas antes de la votación, Marx compartió con Engels sus previsiones:

Puede ser que la extrema izquierda aumente un poco el número, pero el resultado principal será, probablemente, la victoria de Gambetta. Así las cosas, en Francia, la vorágine del periodo electoral decidirá la situación en favor de los caraduras que detentan numerosos “nichos”, de los futuros distribuidores de cargos en el aparato estatal, de quienes controlan la “caja”. Los huelguistas[116] hubieran podido batir a Gambetta si, después de su última derrota, hubieran tenido la fuerza de expulsar del gabinete a sus satélites Cazot, Constans y Farre. Dado que no lo han hecho, todos los cazadores de puestos, los especuladores de la bolsa, etc., dicen: “Gambetta es un hombre adecuado” […] Los ataques dirigidos contra él, cada día, en la prensa radical y reaccionaria, contribuyen a darle prestigio a pesar de todas sus tonterías. Por añadidura, los campesinos consideran a Gambetta como el non plus ultra del republicanismo posible.[117]

En otra carta enviada durante el mes de agosto, Marx informó a Engels del “estado del partido obrero en París”. Le reportó a su amigo que Prosper-Olivier Lissagaray (1838-1901), revolucionario y autor de La historia de la Comuna de París de 1871 [1876], reputado por Marx como una persona “absolutamente imparcial, desde este punto de vista”, le había confiado que “si bien existía sólo en germen”, la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia (FPTSF), fundada en 1879 era “la única fuerza que contaba con alguna importancia frente a los partidos burgueses de todas las tendencias”. La organización de este partido “aunque siendo todavía poco sólida y más o menos ficticia, era bastante disciplinada para permitirse presentar candidatos en todos los arrondissements, hacerse notar en las asambleas, y fastidiar a la gente de la sociedad oficial”. Marx había podido verificarlo directamente, leyendo los “periódicos parisinos de todos tipos” y notando que “no había ninguno que no se

enojara con esta ‘plaga general’: el partido obrero colectivista”.[118] Todo el mundo, por lo tanto, estaba contenido en su habitación. A pesar de permanecer sentado en su escritorio, a través del estudio de las transformaciones sociales en Estados Unidos de América, las esperanzas nutridas por el fin de la opresión colonial en la India, el apoyo a la causa feniana, el análisis de la crisis económica en Inglaterra y la atención a las elecciones en Francia, Marx observaba constantemente las señales de los conflictos sociales que se desarrollaban en cada latitud del globo. Intentaba acompañarlos, donde fuera que surgieran.

De sí mismo, de hecho, no sin razón, solía decir: “soy ciudadano del mundo […] y allí donde me encuentro, allí actúo”.[119] Los últimos años de su vida no desmintieron esta manera de ser.

[1] Karl Marx a Friedrich Engels, 22 de junio de1867, en Correspondencia Marx Engels, Buenos Aires, Cartago, 1986, p. 186.

[2] Cf. la descripción de Paul Lafargue de la habitación de estudio de la casa anterior de Marx en el núm. 1 de Maitland Park Road, en Hans Magnus Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 235.

[3] Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, Die Bibliotheken von Karl Marx und Friedrich Engels, MEGA², IV, 32, editado por Hans-Peter Harstick, Richard Sperl, Hanno Strauß, Berlín, Akademie Verlag, 1999, p. 73. Este volumen de más de 730 páginas, fruto de setenta y cinco años de investigación, está compuesto de un índice de 1 450 libros, en 2 100 tomos —de los cuales dos tercios pertenecen a Marx y Engels (el número total de sus textos es igual a 2 100 distribuidos en 3 200 tomos)— y está acompañado de la indicación, volumen por volumen, de todas las páginas sobre las cuales hicieron anotaciones. Aquello contiene también las indicaciones en los márgenes, contenidas en 40 000 páginas en 830 textos, de los comentarios dejados por

Marx en los márgenes de sus volúmenes.

[4] Los blue books, así denominados porque estaban encuadernados en tapas azules, eran informes publicados por las comisiones parlamentarias que indagaban, en varios países, sobre los problemas sociales y aspectos de la vida social. Marx hizo un gran uso de estos textos para la preparación de El capital.

[5] s.n., '[Account of Karl Marx's Interview with the Chicago Tribune Correspondent]', Chicago Tribune, 5 de enero de 1879, en MECW, vol. 24, p. 569.

[6] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., pp. 236-237. Sobre los vastísimos intereses y conocimientos literarios de Marx se remite al estudio de Siebert S. Prawer, La biblioteca di Marx, Milán, Garzanti, 1978.

[7] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., pp. 235-236.

[8] Karl Marx a Laura y Paul Lafargue, 11 de abril de 1868, en MECW, vol. 43, p. 10.

[9] Karl Marx, A Contribution to the Critique of Political Economy, en MECW, vol. 29, p. 264.

[10] Cf. la carta escrita por Friedrich Engels a Laura Lafargue el 16 de febrero de

1884, un año después de la muerte de Marx: “finalmente hemos limpiado el viejo ático, donde hemos encontrado varias cosas para conservar, pero también una media tonelada de viejos periódicos que es imposible de seleccionar […] entre los manuscritos se encuentra la primera redacción de El capital (1861-1863) y allí en el medio he encontrado algunos cientos de páginas tituladas ‘Teorías sobre la plusvalía’”, en MECW 46, p. 104.

[11] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 241.

[12] Ibid., p. 238.

[13] Henry Hyndman, ibid., p. 386.

[14] Paul Lafargue, ibid., p. 235.

[15] Cf. Asa Briggs y John Callow, Marx in London: An Illustrated Guide, Londres, Lawrence & Wishart, 2008, pp. 62-65.

[16] Marian Comyn, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 427.

[17] En julio de aquel año, copropietario, por haberlo heredado del padre de una empresa que producía hilos para costura, la Ermen & Engels, había vendido su participación al socio, obteniendo un capital suficiente para garantizar un nivel de vida decente para sí mismo y la familia de Marx.

[18] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 19 de febrero 1881, en Karl Marx, Nikolái Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), México, Siglo XXI, 1981, p. 163.

[19] Karl Kautsky, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 414.

[20] Marian Comyn, ibid., p. 424.

[21] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en Correspondencia Marx Engels, cit., p. 317.

[22] Cf. el testimonio de Marian Comyn, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 422.

[23] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en Correspondencia Marx Engels, cit., p. 317.

[24] Mountstuart Elphinstone Grant Duff, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 379.

[25] Eduard Bernstein, en Enzensberger (ed.), cit., p. 399.

[26] Karl Kautsky, en Enzensberger (ed.), cit., p. 415.

[27] Ibid., p. 416.

[28] Ibid., p. 414.

[29] Ibid., p. 415.

[30] Marian Comyn, ibid., pp. 422-423.

[31] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 19 de febrero de 1881, en Marx, Danielsón, Engels, Correspondencia (1868-1895), cit., p. 163.

[32] Ibid., p. 164.

[33] Con estos diminutivos Marx llamaba a sus nietos: Jean, Henri (1878-1883) y Edgar (1879-1950) Longuet. El más pequeño de ellos recordó que el abuelo: "jugaba con los niños como si él mismo fuera un niño, y sin preocuparse lo más mínimo si con ello menoscababa su autoridad. En las calles de su barrio le llamaban 'Papá Marx'. Siempre llevaba en los bolsillos para regalarlos a los niños. Más tarde trasladó ese amor a sus nietos". Edgar Longuet, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 431. Bebel recordó el modo en que Marx "sabía jugar con sus nietos, y qué amor profesaban éstos a su abuelo", August Bebel, ibid., p. 396; Hyndman que: "los niños le querían, y él jugaba con ellos como buenos amigos", Henry Hyndman, ibid., p. 393; y Liebknecht, a su vez, que "para Marx la compañía de niños era una

necesidad; se recreaba y refrescaba con ello”, Wilhelm Liebknecht, ibid., p. 404.

[34] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en MECW, vol. 46, p. 81.

[35] Karl Marx a Jenny Longuet, 29 de abril de 1881, en MECW, vol. 46, p. 89.

[36] Karl Marx a John Swinton, 2 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 93.

[37] Friedrich Engels a Jenny Longuet, 31 de mayo de 1881, en MECW, vol. 46, p. 77.

[38] Karl Marx a Jenny Longuet, 6 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 93.

[39] En 1918, Franz Mehring (Marx. Historia de su vida, Buenos Aires, Marat, 2014), aunque considerando “exagerad[a]” la afirmación de quienes refirieron los últimos años de vida de Marx como una “lenta agonía” (p. 532), escribió que “Desde 1878 no pudo volver a dedicarse a la escritura de su obra capital para terminarla” (p. 558), lo cual no era cierto. David Riazanov declaró, en 1923, que “si, entre los años 1881-1883, había perdido su capacidad de trabajo creativo, no había disminuido su gusto y capacidad para la investigación”, “Neueste Mitteilungen über den literarischen Nachlaß von Karl Marx und Friedrich Engels”, en Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung, vol. 11 (1925), p. 386. En Karl Marx, Leipzig, F. Meiner, 1929, Karl Vorländer proclamó: “Para un hombre que ha madurado tan pronto, pero también tan gravemente probado como Karl Marx, la vejez física sobrevino antes que para muchos otros”, p. 248; agregó, además, que “ya en 1878, se sentía siempre más frecuentemente incapaz de trabajar”, p. 261. Diez años más tarde, Isaiah Berlin afirmó: “en los últimos diez años de su vida, […] Marx escribió

siempre menos y lo que escribía era siempre más complicado y oscuro”, en Karl Marx: His Life and Environment, Londres, Oxford University Press, 1963, p. 280. La última fase de la elaboración de Marx fue con certeza compleja, y frecuentemente incluso tortuosa, pero también muy relevante teóricamente.

[40] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 19 de febrero de 1881, en Marx, Danielsón, Engels, Correspondencia (1868-1895), cit., p. 163.

[41] Estos manuscritos, excepto los apuntes sobre Money, fueron publicados por primera vez en Karl Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, Madrid, Siglo XXI, 1988. Marx no indicó la fecha precisa de su trabajo. Krader, principal estudioso de estos textos, considera que Marx se había familiarizado con el texto de Morgan y luego, posteriormente, habría copiado los extractos. Lawrence Krader, Introducción, en Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 49. Sobre el tema, cf. también el testimonio de Kautsky, quien recordando el periodo transcurrido en Londres, entre marzo y junio de 1881, escribió que “la prehistoria y la etnología [...] por entonces interesaban tanto a Marx”, Karl Kautsky, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 411.

[42] Cf. Karl Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse), 3 vols., Madrid, Siglo XXI, 1971, vol. I, pp. 433-477.

[43] Sobre este punto véanse también las recientes observaciones de Pierre Dardot y Christian Laval, Marx: prenom: Karl, París, Gallimard, 2012, p. 667.

[44] La gens era “un cuerpo de consanguíneos dotados de un nombre gentilicio común”, cf. Lewis H. Morgan, La sociedad primitiva, Madrid, Ayuso, 1980, p. 129.

[45] Dardot y Laval, Marx: prenom: Karl, cit., p. 408.

[46] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 94.

[47] Ibid., p. 90.

[48] Palabra inglesa que viene a indicar la división de la familia escocesa e irlandesa.

[49] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 255.

[50] Ibid., p. 270.

[51] Ibid., pp. 270-271.

[52] Ibid., p. 284.

[53] Krader, Introducción, en Karl Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 31.

[54] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 94. Morgan, La sociedad primitiva, cit., p. 469.

[55] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., pp. 94-95.

[56] Ibid., p. 180.

[57] Karl Marx y Friedrich Engels, Manifiesto del Partido Comunista, Karl Marx, Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 117. En la nota a la edición alemana de este texto, de 1888, Engels escribió: "La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas", ibid.

[58] Friedrich Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 121.

[59] Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, cit., p. 168.

[60] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 95.

[61] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 80. Maurice Godelier, Horizon, trajets marxistes en anthropologie, París, François Maspero, 1973, pp. 178-179.

[62] Morgan, La sociedad primitiva, cit., p. 543.

[63] Los paréntesis fueron un agregado de Marx, véase Karl Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p.113.

[64] Morgan, La sociedad primitiva, cit., p. 544.

[65] Godelier, cit., pp. 178-179.

[66] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 113. Según Krader: "Marx se identifica con la concepción de Morgan de que en las comunidades primitivas existió el modelo de sociedad que el hombre reconstruirá una vez haya superado la deformación que ha impreso a su carácter el estado de civilización. Sólo que, a diferencia de Morgan, Marx afirma con claridad que este proceso se realizará a otro nivel que en la sociedad primitiva; que en él se trata de un esfuerzo humano, de un esfuerzo del hombre para el hombre y por el hombre", en L. Krader, Introducción, cit., p. 22.

[67] Cf. Jaime Labastida, "Prólogo", en Lewis Morgan - Adolph Bandelier, México antiguo, México, Siglo XXI, 2004, p. XXII.

[68] Cf. Krader, Introducción, cit., p. 26.

[69] En este texto Marx habló de "la oposición entre Estado y sociedad burguesa […] el Estado no reside en la sociedad burguesa, sino fuera de ella", Karl Marx, Crítica de la filosofía del Estado de Hegel, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, p.

123. “En la democracia el Estado como algo específico es sólo específico... Los franceses modernos lo han interpretado en el sentido de que el Estado político tiene que desaparecer en la verdadera democracia; interpretación correcta, en cuanto el Estado, como Estado político, como Constitución, deja de valer por el todo”, Karl Marx, Crítica de la filosofía del Estado de Hegel, cit., p. 100.

[70] Treinta años después la crítica se delineaba aún mejor: “Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder estatal fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase”, Karl Marx, La guerra civil en Francia, en id., Antología, cit., pp. 406-407.

[71] Marx, Los apuntes etnológicos de Karl Marx, cit., p. 289. Cf. Krader, Introducción, cit., p. 36.

[72] Marx, ibid.

[73] Cf. Krader, Introducción, cit., p. 34 y Christine Ward Gailey, Community, State, and Questions of Social Evolution in Karl Marx’s “Ethnological Notebooks”, en The Politics of Egalitarianism, ed. Jacqueline Solway, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2006, p. 36.

[74] Cf. Fritjof Tichelman, Marx and Indonesia: Preliminary Notes, en Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, xxx, Marx on Indonesia and India, Karl-Marx-Haus, Trier, 1983, p. 18. Al respecto véase las consideraciones de Engels sobre Money: “Sería bueno si alguien se tomara la molestia de explicar el socialismo de Estado, que hace estragos hoy, con un ejemplo que está en plena práctica en Java. Todo el material se encuentra en Java, o de cómo administrar una colonia

[…]. Aquí se ve cómo los holandeses han organizado la producción del Estado sobre la base del antiguo comunismo de las comunidades y han asegurado a esta gente una existencia que según ellos es confortable. Resultado: se mantiene el pueblo al nivel de la estupidez y se atesoran 70 millones de marcos al año […] para las cajas estatales holandesas", Friedrich Engels a Karl Kautsky, 16 de febrero de 1884, en MECW, vol. 47, pp. 102-103.

[75] Cf. Marcello Musto, Ripensare Marx e i marxismi, Roma, Carocci, 2011, p. 193.

[76] Cf. Alessandro Casiccia, La concezione materialista della società antica e della società primitiva, en Lewis Henry Morgan, La società antica, Milán, Feltrinelli, 1970, p. XVII.

[77] Cf. Christine Ward Gailey, Community, State, and Questions of Social Evolution, cit., pp. 35 y 44.

[78] Karl Marx a Friedrich Engels, 11 de enero de 1858, en MECW, vol. 40, p. 244.

[79] Karl Marx a Friedrich Engels, 23 de noviembre de 1860, en MECW, vol. 41, p. 216.

[80] Karl Marx a Friedrich Engels, 20 de mayo de 1865, en Karl Marx - Friedrich Engels, Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 38.

[81] Cf. Sofya Yanovskaya, Preface to the 1968 Russian Edition, en Karl Marx, Mathematical Manuscripts, Londres, New Park Publications, 1983, p. IX.

[82] Entre Newton y Leibniz estalló una áspera controversia, a la que le siguieron acusaciones de plagio, sobre la primicia de la invención. Cf. A. R. Hall, Philosophers at War, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 234.

[83] Cf. Augusto Ponzio, Introduzione. I manoscritti matematici di Marx, en Karl Marx, Manoscritti matematici, Milán, Spirali, 2005, según el cual “Marx expone su concepción de la diferenciación algebraica y del algoritmo correspondiente para encontrar la derivada de determinadas clases de funciones”, p. 7.

[84] Cf. Karl Marx, Mathematical Manuscripts, Londres, New Park Publications, 1983, pp. 35-106.

[85] Cf. Lucio Lombardo Radice, Dai “manoscritti matematici” di K. Marx, en Critica marxista-Quaderni, 1972, 6, p. 273. En sus manuscritos, Marx llamó “algebraica” cada expresión que no contiene símbolos derivados o diferenciales y “simbólicas” las expresiones que contienen las figuras propias del cálculo diferencial, entre las cuales estaban dx y dy. Cf. Ponzio, Introduzione. I manoscritti matematici di Marx, cit., p. 26.

[86] Disculpando a Newton y Leibniz, podemos subrayar que ellos, siguiendo problemas distintos y desde distintos puntos de vista, sea de contenido como de perspectiva, habían creado este método de cálculo sólo como procedimiento algebraico para resolver algunos problemas geométricos. No se habían preocupado de explicar los fundamentos, que permanecieron misteriosos e indefinidos.

[87] Habría que agregar, además, que la convicción de Marx de que el simbolismo matemático debiese traducir fielmente los procesos concretos del mundo real sería considerada hoy ingenua.

[88] Friedrich Engels a Karl Marx, 18 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, pp. 131-132.

[89] Karl Marx a Friedrich Engels, 21 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 380.

[90] Karl Marx a Friedrich Engels, 31 de mayo de 1873, en MECW, vol. 44, p. 504.

[91] Cf. Alain Alcouffe, Introduction, en Karl Marx, Les manuscrits mathématiques de Marx, París, Économica, 1985, pp. 20 ss.

[92] Previsto inicialmente en Zúrich, aquél se desarrolló, en cambio, a partir de la prohibición impuesta por la policía, en la más pequeña ciudad de Coira.

[93] Karl Marx a Domela Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, Correspondencia Marx-Engels, cit., p. 314.

[94] Ibid., p. 315.

[95] Henry George, Progress and Poverty, Nueva York, Robert Schalkenbach

Foundation, 2006, pp. 224-225.

[96] El signo de interrogación entre paréntesis, de aquí en adelante, indica que el dato de nacimiento y muerte no están disponibles.

[97] Karl Marx a Friedrich Sorge, 30 de junio de 1881, Correspondencia Marx-Engels, cit., p. 320.

[98] Marx y Engels, Manifiesto del Partido Comunista, cit., p. 134.

[99] Karl Marx a John Swinton, 2 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 93. También para Engels, la ecuación "Estado=socialismo" debía rechazarse absolutamente. Como escribió a Bernstein, en marzo de 1881, "definir 'socialismo'... socialismo!", Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 12 de marzo de 1881, en MECW, vol. 46, p. 74.

[100] Karl Marx, Miseria de la filosofía, Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 110.

[101] Karl Marx a Friedrich Sorge, 20 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, pp. 100-101.

[102] Ibid., p. 82. A propósito remitimos a un testimonio de Hyndman, que narró: "Marx lo hojeó y habló de él con una especie de benévolo desprecio: 'La última zanja del capitalismo'". Si Hyndman insistía sobre el efecto positivo que el estilo periodístico habría ejercitado sobre las masas, Marx "no quiso aceptar esto como argumento, pues en su opinión la difusión de lo falso jamás podía ser bueno para

el pueblo. ‘Permitir que lo falso permanezca irrefutado significaría hacer el juego de la deslealtad intelectual. Por cada diez que sigan adelante, cien pueden pararse en George, y éste es un peligro demasiado grande para arriesgarse’”, Henry Hyndman, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., pp. 392-393.

[103] Karl Marx a Friedrich Sorge, 20 de junio de 1881, Correspondencia Marx-Engels, cit., pp. 321-322. Son también interesantes los comentarios de George sobre Marx. Después de la muerte de este último, George declaró que, aunque no había leído sus escritos, igualmente guardaba un “profundo respeto por un hombre que había dedicado su vida a los esfuerzos por el mejoramiento de las condiciones sociales”, en P. S. Foner (ed.), Karl Marx Remembered: Comments at the Time of His Death, San Francisco, Synthesis Publications, 1983, p. 100. En el año siguiente, en una carta a Hyndman, sin embargo, él afirmó que a Marx le “faltaba poder analítico y disposición lógica de pensamiento”, en H. George, An Anthology of Henry George’s Thought, editado por K. Wenzer, Rochester, University of Rochester Press, 1997, p. 175. Por otra parte, en dos misivas dirigidas al economista americano y rector del Massachusetts Institute of Technology, Francis Walker (1840-1897), declaró que Marx era “el príncipe de los confundidos” y “un pensador muy superficial”, pp. 175, 78 y 177. Roy Douglas ha observado que “cuando Marx murió, en 1883, habrán sido una docena de hombres ingleses los que hablaron de Henry George por cada uno que sólo habrá escuchado hablar del socialista prusiano”, en Land, People and Politics: A History of the Land Question in the United Kingdom, 1878-1952, Londres, Alison & Busby, 1976, p. 48. Las cosas cambiaron totalmente en el curso de pocos años.

[104] Cf. Edward J. Renehan, Dark Genius of Wall Street: The Misunderstood Life of Jay Gould, King of the Robber Barons, Nueva York, Basic Books, 2006; y Maury Klein, The Life and Legend of Jay Gould, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, p. 393.

[105] Karl Marx a Nikolái Danielsón, Correspondencia Marx-Engels, cit., p. 313.

[106] Ibid.

[107] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, ibid., pp. 318-319.

[108] Esta famosa frase fue reporteada por la secretaría de Gladstone, cf. Edgar J. Feuchtwanger, Gladstone, Londres, Allen Road, 1975, p. 146.

[109] La Liga agraria nacional irlandesa era una organización política, fundada en 1879, para defender los intereses de los campesinos irlandeses arrendatarios.

[110] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en MECW, vol. 46, p. 84. Sobre la reacción de Marx, véase también el testimonio de Hyndman que invocando uno de sus encuentros en 1881 dijo: “cuando se refirió con irritada indignación a la política del Partido Liberal, en especial en la cuestión de Irlanda, los pequeños y hundidos ojos del viejo luchador lanzaban chispas. Las pobladas cejas se juntaban, la ancha y fuerte nariz y la cara entera temblaban por su apasionamiento, y lanzó un chorro de fuertes acusaciones”, Henry Hyndman, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 385. Sobre la política de Gladstone en el bienio 1880-1881, véase R. Shannon, Gladstone, II, 1865-1898, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999, pp. 248-278. Para un resumen de sus posiciones sobre Irlanda remítase a H. C. G. Matthew, Gladstone: 1875-1898, Londres, Clarendon Press, 1995, pp. 183-210. Sobre el tema, véase también el notable estudio de J. C. Beckett, The Making of Modern Ireland 1603-1923, Londres-Boston, Faber & Faber, 1981, pp. 389-394.

[111] Karl Marx a Jenny Longuet, 29 de abril de 1881, en MECW, vol. 46, p. 90. La expresión John Bull, usada frecuentemente por Marx en sus últimos años, personificaba, para el sentido común, a Gran Bretaña.

[112] Ibid.

[113] Ibid.

[114] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 233.

[115] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en Correspondencia Marx-Engels cit., p. 316. En realidad, Engels no era tan entusiasta. Sus preferencias estaban decididamente tras otra joven mente brillante del partido alemán, Eduard Bernstein. Como informó a August Bebel (1840-1913) —el dirigente más estimado de la socialdemocracia, tanto por él como por Marx—, Bernstein tenía "verdaderamente tacto y las cosas las capta al vuelo. Exactamente al contrario de Kautsky, que es una persona buenísima, pero es un pedante. Es un sofista nato, en cuyas manos no es que las cosas complicadas puedan hacerse simples, sino que las simples se convierten en complicadas". Según Engels, Kautsky "en los artículos más largos, y más apropiados para una revista, podrá, cada tanto, producir algo verdaderamente bueno, pero la mejor voluntad no podrá vencer su misma naturaleza. Es más fuerte que él. En un periódico, un doctrinario de este tipo es un verdadero desastre". Fue por esto por lo que hizo todo lo posible —logrando persuadirlo— para que Bernstein continuase en la dirección del semanario "Der Sozialdemokrat", en Friedrich Engels ad August Bebel, 2 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 137.

[116] Marx se refería a los seguidores de Jules Grévy (1807-1891), presidente de la República y figura destacada de los republicanos oportunistas.

[117] Karl Marx a Friedrich Engels, 9 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p.

117.

[118] Ibid., 18 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, pp. 133-134.

[119] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 234.

II. LA CONTROVERSIA SOBRE EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN RUSIA

1. LA CUESTIÓN DEL FUTURO DE LA COMUNA AGRÍCOLA

En sus escritos políticos, Marx había observado siempre que Rusia representaba uno de los principales obstáculos, en el escenario europeo, para la emancipación de la clase trabajadora.

En los artículos escritos para el New-York Tribune y en la Historia de la diplomacia secreta del siglo XVIII [1856-1857], así como en las consideraciones desarrolladas en algunas cartas de su voluminosa correspondencia, él siempre había subrayado que el retraso de las condiciones sociales, la lentitud del desarrollo económico del país, el régimen despótico zarista y la política exterior conservadora habían confluido en hacer de aquel inmenso imperio la vanguardia de la contrarrevolución.

Si bien Marx, en el curso del tiempo, había dejado inmutable este juicio, en los últimos años de su vida comenzó a prestar una mirada diferente a Rusia, divisando en los cambios que estaban aconteciendo algunas posibles condiciones para transformaciones de gran alcance. El contexto presentaba condiciones aún más propicias para una revolución respecto a las existentes en Inglaterra, donde, si bien el capitalismo había creado un número proporcionalmente mayor de obreros ocupados en las fábricas respecto a las de todos los demás países en el globo, el movimiento obrero se había debilitado, abandonándose a algunos mejoramientos de vida conseguidos también sobre la base de la explotación colonial y habiendo sufrido, además, el condicionamiento negativo del reformismo de los sindicatos.[1] Desde fines de los años cincuenta, Marx había seguido, y acogido favorablemente, los levantamientos campesinos ocurridos en Rusia a partir de los cuales había surgido, en 1861, la reforma para la abolición de la servidumbre.[2] Desde los años sesenta en adelante, habiendo aprendido a leer ruso, se mantenía constantemente al día sobre la evolución de los sucesos a través de la consulta de las estadísticas, de los textos más profundos y actualizados dedicados a las transformaciones económico-sociales del país[3] y manteniendo correspondencia, además, con destacados estudiosos rusos.[4]

En 1881, coincidiendo con su creciente interés por las formas arcaicas de la

organización comunitaria, que le había llevado a estudiar a los antropólogos a él contemporáneos, y mientras el horizonte de su reflexión se extendía constantemente más allá de Europa, una circunstancia casual lo empujó a profundizar sus estudios sobre Rusia.

Hacia fines de febrero de 1881, Marx recibió una breve, pero intensa y apasionante carta de parte de Vera Zasúlich (1849-1919), militante de la organización populista Reparto Negro. Escrita en francés, la carta había sido enviada, el día 16, desde Ginebra, donde la revolucionaria rusa, buscada en su patria por un atentado contra el jefe de la policía de San Petersburgo, se había refugiado.

Vera Zasúlich, quien albergaba sentimientos de gran admiración hacia Marx, le había escrito para saber si él, quien de hecho tenía conocimiento de la "gran popularidad" lograda por El capital en Rusia, estaba igualmente al corriente de la influencia que éste había ejercitado entre los compañeros rusos en las "discusiones sobre la cuestión agraria y sobre la [...] comuna rural".

Luego de la introducción, Zasúlich subraya a Marx que, seguramente, él, "mejor que ningún otro", habrá podido comprender la urgencia del problema que estaba por exponer —una "cuestión de vida o muerte" para los militantes rusos— y agregó que de su valoración podrá depender "incluso el destino personal de [… los] socialistas revolucionarios".

Zasúlich sintetizó, entonces, los dos diferentes puntos de vista que habían surgido de las discusiones:

Una de dos: o bien esta comuna rural, libre de las exigencias desmesuradas del fisco, de los pagos a los señores de la administración arbitraria, es capaz de desarrollarse en la vía socialista, o sea de organizar poco a poco su producción y su distribución de los productos sobre las bases colectivistas, en cuyo caso el socialismo revolucionario debe sacrificar todas sus fuerzas a la manumisión de la comuna y a su desarrollo.

O si, por el contrario, la comuna está destinada a perecer no queda al socialista, como tal, sino ponerse a hacer cálculos, más o menos mal fundados, para averiguar dentro de cuántos decenios pasará la tierra del campesino ruso de las manos de éste a las de la burguesía y dentro de cuántos siglos, quizá, tendrá el

capitalismo en Rusia un desarrollo semejante al de Europa occidental. Entonces deberán hacer su propaganda tan sólo entre los trabajadores de las ciudades, quienes continuamente se verán anegados en la masa de los campesinos que, a consecuencia de la disolución de la comuna, se encontrarán en la calle, en las grandes ciudades, buscando un salario.

Continuando, la revolucionaria rusa precisó que, entre quienes debatían sobre la materia, circulaban teorías según las cuales “la comuna rural [era] una forma arcaica que la historia, el socialismo científico, en una palabra, todo cuanto hay de indiscutible, condenan a perecer”. Quienes aducían estos motivos “se llaman discípulos por excelencia de [Marx]: ‘marxistas’. El más poderoso de sus argumentos suele ser: ‘Lo dice Marx’”.

Precisamente por esta razón, Zasúlich concluyó su carta con un llamado desesperado: Marx comprendería bien hasta “qué punto [le] interesa su opinión al respecto y [qué] gran servicio les prestaría”, si expusiera sus ideas “acerca del posible destino de [… la] comunidad rural y de la teoría de la necesidad histórica para todos los países del mundo de pasar por todas las fases de la producción capitalista”. La cuestión era tan vital, y Zasúlich estaba tan determinada a conocer el pensamiento de quien consideraba el pensador socialista vivo más prestigioso, que su texto concluía solicitando una respuesta al menos “en forma de una carta […] [para] traducir y publicar en Rusia” aunque el tiempo no le hubiese permitido exponer “sus ideas sobre estas cuestiones de modo más o menos amplio”.[5] La cuestión planteada por Vera Zasúlich llegó en el momento adecuado. En aquel periodo, de hecho, Marx estaba totalmente inmerso en investigaciones sobre las relaciones comunitarias en la época precapitalista. El mensaje de Zasúlich lo llevó a analizar, en concreto, un caso histórico de gran actualidad, estrechamente relacionado con las cuestiones que él estaba estudiando de forma teórica.

La complejidad de las evaluaciones, que se encuentran expuestas en las páginas que él escribió, sólo puede comprenderse repasando, a través de las obras más importantes, la reflexión realizada por Marx sobre el papel del capitalismo en relación con el socialismo.

2. CAPITALISMO: ¿PREMISA NECESARIA DE LA SOCIEDAD COMUNISTA?

La convicción de que la expansión del modo de producción capitalista fuese una premisa fundamental para el nacimiento de la sociedad comunista atraviesa la obra entera de Marx.

En el Manifiesto del Partido Comunista, él declaró, junto con Engels, que las tentativas revolucionarias de la clase trabajadora, en el momento del derrocamiento del feudalismo, estaban inevitablemente destinadas a fracasar, "tanto por el débil desarrollo del proletariado mismo cuanto por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto de la época burguesa".[6]

Aprovechando los descubrimientos geográficos y el nacimiento del mercado mundial, la burguesía "ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países".[7] Además, y más importante, ésta ha creado "las armas que deben darle muerte" y los seres humanos que las usarán: "los obreros modernos, los proletarios",[8] quienes aumentan con la misma velocidad con la que aquélla se expande. Para Marx y Engels, de hecho, "el progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación [Assoziation]".[9] Marx reformuló un juicio similar, si bien desde una óptica más política, en el brillante Discurso por el aniversario del People´s Paper [1856]. Al recordar que con el capitalismo habían nacido fuerzas industriales y científicas sin precedentes en la historia, él dijo a los militantes que participaron en aquel evento que "El vapor, la electricidad y el telar mecánico eran unos revolucionarios mucho más peligrosos que los ciudadanos Barbès, Raspail y Blanqui".[10] En los Grundrisse repitió más de una vez la idea de que el capitalismo creaba "la apropiación universal tanto de la naturaleza como de las relaciones sociales entre los miembros de la sociedad". En este texto, Marx afirmó, más de una vez y claramente, que

El capital […] pasa también por encima de las barreras y prejuicios nacionales, así como sobre la divinización de la naturaleza; liquida la satisfacción tradicional, encerrada dentro de determinados límites y pagada de sí misma, de las necesidades existentes y la reproducción del viejo modo de vida. Opera destructivamente contra todo esto, es constantemente revolucionario, derriba todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales.[11]

Una de las exposiciones más analíticas, presentes en la obra de Marx, acerca de los efectos positivos del proceso productivo capitalista, se encuentra en uno de los párrafos conclusivos de su Magnus opus: “Tendencia histórica de la acumulación capitalista”. En este pasaje, Marx resumió las seis condiciones generadas del capital —en particular de su “concentración”[12] (Konzentration)— que constituyen las premisas fundamentales para el posible nacimiento de la sociedad comunista: 1] la cooperación laboral, 2] el aporte científico-tecnológico realizado a la producción, 3] la apropiación de las fuerzas naturales por parte de la producción, 4] la creación de grandes maquinarias que son operables sólo en conjunto con los obreros, 5] ahorro de medios de producción, 6] tendencia a crear el mercado mundial. Para Marx,

a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrollan en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que sólo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social, combinado, el entrelazamiento de todos los pueblos en la red del mercado mundial, y con ello el carácter internacional del régimen capitalista.[13]

Él sabía bien que, con la concentración de la producción en manos de pocos patrones, para las clases trabajadoras aumentaría “la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación”,[14] sin

embargo era también consciente de que “los asalariados no pueden cooperar sin que el mismo capital” los reúna.[15] Estaba convencido de que el extraordinario aumento de las fuerzas productivas generado por el capitalismo, que se manifestaba de modo mayor y más acelerado respecto a todos los modos de producción anteriores, crearía las condiciones para superar las relaciones económico-sociales originadas de éste y, por lo tanto, daría paso a una sociedad socialista.

En El capital, de hecho, Marx afirmó que “el modo capitalista de producción se presenta por una parte como necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social”.[16] En su opinión, “La fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente no bien se pone a los obreros en determinadas condiciones, que es precisamente lo que hace el capital”.[17] Marx comprendió que las circunstancias más favorables para el comunismo podrían realizarse solamente con la expansión del capital:

Como fanático de la valorización del valor, el capitalista constriñe implacablemente a la humanidad a producir por producir, y por consiguiente a desarrollar las fuerzas productivas sociales y a crear condiciones materiales de producción que son las únicas capaces de constituir la base real de una formación social superior cuyo principio fundamental sea el desarrollo pleno y libre de cada individuo.[18]

Las reflexiones posteriores sobre el papel decisivo ejercido por el modo de producción capitalista con la finalidad de llevar a cabo el comunismo, están presentes durante todo el largo camino de la crítica marxiana a la economía política. Cierto, Marx sabía bien, como escribió en los Grundrisse, que si bien una de las tendencias del capital es la de “crear tiempo disponible”, sucesivamente “lo convierte en plustrabajo”.[19] Sin embargo, con este modo de producción, el trabajo era valorizado al máximo y la cantidad “necesaria para producción de un objeto se reduce al mínimo”.

Para Marx esto era absolutamente fundamental. Este cambio sería “en beneficio del trabajo emancipado [emanzipierten Arbeit] y es la condición de su emancipación”.[20] Por lo tanto, el capital, “mal que le pese, sirve de instrumento

para crear las posibilidades del tiempo disponible social, para reducir a un mínimo decreciente el tiempo de trabajo de toda la sociedad y así, volver libre el tiempo de todos para el propio desarrollo de los mismos”.[21] Además de estar convencido que, en cuanto a la capacidad de expandir al máximo las fuerzas productivas, el capitalismo fuese el mejor sistema que jamás ha existido, Marx reconocía también que, no obstante la despiadada explotación de los seres humanos, éste presentaba algunos elementos potencialmente progresivos, suficientes para permitir, mucho más que las demás sociedades del pasado, la valoración de las potencialidades de los individuos singularmente.

Profundamente contrario al precepto productivista del capitalismo, así como al primado del valor de cambio y al imperativo de la producción de plustrabajo, no obstante, Marx consideró la cuestión del aumento de las capacidades productivas en relación con el incremento de las facultades individuales. En los Grundrisse, de hecho, recordó que:

En el acto mismo de la reproducción no sólo se modifican las condiciones objetivas, por ejemplo la aldea se vuelve ciudad, la tierra inculta, campo despejado, etc., sino que también se modifican los productores, en tanto despliegan nuevas cualidades, se desarrollan a sí mismos a través de la producción, se transforman, construyen nuevas fuerzas y nuevas representaciones, nuevos modos de interrelación, nuevas necesidades y nuevo lenguaje.[22]

Este proceder diverso de las fuerzas productivas, mucho más intenso y complejo, generaba “el desarrollo real de los individuos”, y la “universalidad de sus relaciones reales e ideales”.[23] También en El capital, Marx afirmó que: “el intercambio de mercancías arrasa las barreras individuales y locales del intercambio directo de productos y […] por otra parte, se desenvuelve toda una serie de vinculaciones sociales de índole natural, no sujetas al control de las personas actuantes”.[24] Se trata de una producción que se realiza “bajo una forma adecuada al desarrollo pleno del hombre”.[25]

Asimismo, Marx consideró de manera positiva algunas tendencias del capitalismo también en cuanto a la emancipación de la mujer y a la

modernización de las relaciones en la esfera doméstica. En el importante documento Instrucciones para los delegados del consejo general provisorio. Las cuestiones singulares [1866], realizado en ocasión del primer congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, él afirmó que “consideramos la tendencia de la moderna industria a incorporar a la gran obra de la producción social a los niños y jóvenes de ambos sexos como una tendencia progresiva, sana y legítima, aunque el modo en que esta tendencia se aplica bajo la dominación capitalista es abominable”.[26] Valoraciones análogas se encuentran en El capital, donde escribió:

Ahora bien, por terrible y repugnante que parezca la disolución del viejo régimen familiar dentro del sistema capitalista, no deja de ser cierto que la gran industria, al asignar a las mujeres, los adolescentes y los niños de uno u otro sexo, fuera de la esfera doméstica, un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, crea el nuevo fundamento económico en que descansará una forma superior de la familia y de la relación entre ambos sexos.[27]

Marx agregó que “el modo de producción capitalista consuma el desgarramiento del lazo familiar originario entre la agricultura y la manufactura, el cual envolvía la figura infantilmente rudimentaria de ambas”. Gracias a eso, se ha creado una “preponderancia incesantemente creciente de la población urbana, acumulada en grandes centros por la producción capitalista”, que es la verdadera “fuerza motriz histórica de la sociedad”.[28]

En síntesis, usando el método dialéctico de su obra, en El capital, así como en sus manuscritos preparatorios, Marx sostuvo que a través de “las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción”[29] maduran “los elementos creadores de una nueva sociedad”.[30] Estas “premisas materiales” son decisivas para realizar una “síntesis nueva, superior”[31] y, así como la revolución no nacerá nunca exclusivamente de meras dinámicas económicas y tendrá siempre necesidad del imprescindible factor político, para la llegada del comunismo “se requiere una base material de la sociedad o una serie de condiciones materiales de existencia, que son a su vez, ellas mismas, el producto natural de una prolongada y penosa historia evolutiva”.[32] Tesis similares, que confirman la continuidad del pensamiento de Marx, están contenidas en breves

pero significativos textos políticos posteriores a la redacción de El capital.

En Extractos y comentarios críticos a "El Estado y la anarquía", de Bakunin, en los que se encuentran relevantes anotaciones sobre las diferencias radicales existentes entre el revolucionario ruso y él, en relación con las premisas indispensables para el nacimiento de una sociedad alternativa al capitalismo, Marx confirmó que respecto al sujeto social que conducirá la lucha:

Una revolución radical está vinculada a determinadas condiciones históricas del desarrollo económico; éstas constituyen sus premisas. Aquélla es por lo tanto posible tan sólo donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial asume al menos una posición relevante en la masa del pueblo.[33]

En Crítica al programa de Gotha, Marx afirmó que "lo que procedía era señalar concretamente que, en la actual sociedad capitalista, se dan ya, al fin, las condiciones materiales, etc., que permiten y obligan a los obreros a romper esa maldición histórica".[34] En este sentido, también en uno de sus últimos textos publicados, el Programa electoral de los trabajadores socialistas[35] [1880], reiteró que, para que los productores pudiesen apropiarse de los medios de producción, era esencial "la forma colectiva (forme collective), en los que los elementos materiales e intelectuales son constituidos por el progreso mismo de la sociedad capitalista".[36] Por lo tanto, en su obra, Marx se cuidaba bien de indicar fórmulas que pudiesen sugerir aquello que él consideraba inútil y políticamente contraproducente: delinear un modelo universal de sociedad socialista. Fue por esta razón que, en el Posfacio a la segunda edición [1873] de El capital, Marx había dejado entrever que no estaba entre sus intereses "formular recetas de cocina […] para el bodegón del porvenir".[37] Esta afirmación fue también retomada en las Glosas marginales sobre Wagner [1789-1880], cuando, en respuesta a una crítica del economista alemán Adolph Wagner [1835-1917], escribiera categóricamente: "yo nunca he construido un 'sistema socialista'".[38]

Si Marx no manifestó nunca voluntad alguna de prefigurar cómo debía ser el socialismo, del mismo modo que cuando se explayó en sus reflexiones sobre el capitalismo, fue porque no consideró que la sociedad humana estuviese destinada a cumplir, en todas partes, el mismo camino y, por añadidura, a través

de las mismas etapas. No obstante esto, él se encontró con la obligación de hacer cuentas con la tesis, erróneamente atribuida a él, de la fatalidad histórica del modo de producción burgués. La controversia sobre la perspectiva del desarrollo del capitalismo en Rusia es un claro testigo de ello.

En noviembre de 1877, Marx había preparado una larga carta para la redacción de Otechestvennye Zapiski [Anuarios patrios] con la cual se había propuesto replicar el artículo Karl Marx delante del tribunal del señor Zukovskii del crítico literario y sociólogo Nikolai Michailovski (1842-1904) sobre el futuro de la comuna (obshina) agrícola. La carta fue reelaborada varias veces, pero, finalmente, ésta quedó en estado de minuta, marcada con algunas correcciones. La misma no fue enviada nunca, pero contenía interesantes adelantos de los argumentos que Marx usó, posteriormente, en la respuesta a Vera Zasúlich.

En una serie de ensayos, Michailovski había planteado una cuestión muy similar a la que, con matices diversos, retomaría Zasúlich cuatro años después. Para esta última, el nudo a resolver se conectaba con las repercusiones que los posibles cambios de la comuna rural habrían determinado en la actividad de propaganda del movimiento socialista. Michailovski debatía, en cambio, más teóricamente acerca de las diferentes tesis existentes sobre el futuro de la obshina. Éstas oscilaban entre quienes pensaban que Rusia debía destruir la obshina, como sostenían los economistas liberales, para pasar al régimen capitalista, y quienes, en cambio, para evitar los efectos negativos de este modo de producción en la población, esperaban que la comuna rural pudiese desarrollarse ulteriormente.

Si Vera Zasúlich se dirigió a Marx para conocer su punto de vista y recibir indicaciones, Michailovski, eminente representante del populismo ruso,[39] propendía netamente por esta última hipótesis y creía que Marx prefería la primera. Zasúlich había escrito que los “marxistas” afirmaban que el desarrollo del capitalismo era indispensable; Michailovski había ido más allá, declarando que era el propio Marx quien había defendido esa tesis en El capital. Éste, sin embargo, no había podido apoyar sus argumentos con citas exactas del texto y, en sustitución, había usado una referencia polémica de Marx a Aleksandr Herzen (1812-1870), contenida en su apéndice.[40] Marx, quien siempre se había opuesto a las posiciones de Herzen, considerando que éste usaba a la comuna rusa sólo como “argumento para proclamar que la vieja y podrida Europa tendrá que renovarse mediante el triunfo del paneslavismo”,[41] afirmó, bastante molesto, que su polémica con Herzen no podía transformarse en la falsificación de sus valoraciones, o bien, como había escrito Michailovski, en la negación de los

“esfuerzos de algunos rusos por encontrar para su patria una trayectoria distinta de la que ha seguido y sigue la Europa occidental”.[42]

Por lo tanto, y dado que Marx detestaba la ambigüedad teórica, en la carta a la redacción de la Otechestvennye Zapiski escribió: “voy a expresarme sin rodeos”, y pasó a presentar las conclusiones a las que había llegado luego de muchos años de estudio. Comenzó con esta frase, luego borrada en el manuscrito: “si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861, desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista”.[43]

La primera aclaración fundamental concernía a los ámbitos a los cuales se había referido en el curso de sus análisis. Al respecto recordó que, en el capítulo titulado “La llamada acumulación originaria”[44] de El capital, había querido “señalar simplemente el camino por el que en la Europa occidental nació el régimen capitalista del seno del régimen económico feudal” refiriéndose sólo y exclusivamente “a Europa occidental”. No al mundo entero, sólo al Viejo continente.

Marx remitió a la lectura de un pasaje de la edición francesa de El capital, en el cual había afirmado que la base del recorrido entero de la separación de los productores de sus medios de producción había sido “la expropiación de los campesinos”, añadiendo que este proceso se había “realizado de una manera radical […] en Inglaterra [...] Pero todos los demás países de Europa occidental van por el mismo camino”.[45]

Siguiendo la exposición de su razonamiento, él había recordado, además, haber resumido la tendencia histórica de la producción capitalista como un proceso en el cual esta última, después de haber “crea[do] los elementos para un nuevo régimen económico”, “al imprimir simultáneamente a las fuerzas productivas del trabajo social y al desarrollo de todo productor individual” genera un impulso tal que se presenta “ya, en realidad, [como] una especie de producción colectiva”, de modo tal que sólo puede “transformarse en propiedad social”.[46]

Sin embargo, “la aplicación que [Michailovski] puede hacer a Rusia de este bosquejo histórico” es tan sólo si ésta deviniera “un país capitalista calcado sobre el patrón de los países de la Europa occidental”. Según Marx, en los últimos años Rusia se perfilaba en esa dirección, no habría completado su transformación “sin antes convertir en proletarios a una gran parte de sus

campesinos; y una vez que entre en el seno del régimen capitalista, tendrá que someterse a las leyes inexorables, como otro pueblo cualquiera".

El descontento más fuerte de Marx tuvo origen en el intento de su crítica de

A todo trance […], convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurran.[47]

Irónicamente, Marx agregó: "pero le pido disculpas. (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio)". Utilizando el ejemplo de la expropiación de los campesinos en la antigua Roma, y de su separación de los medios de producción, él notó cómo ellos no se convirtieron de ninguna manera en "obreros asalariados, sino en una plebe ociosa". Seguido a este proceso, se desarrolló un modo de producción esclavista, no capitalista. Marx, por lo tanto, concluyó afirmando que "dos clases de acontecimientos que, aún presentando palmaria analogía, se desarrollan en diferentes medios históricos, conducen, por lo tanto, a resultados completamente distintos". Para comprender las transformaciones históricas era necesario estudiar separadamente los fenómenos individuales y sólo posteriormente era posible compararlos. Su interpretación no sería nunca posible mediante "la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica".[48]

En conclusión, Michailovski, quien de hecho ignoraba la verdadera posición teórica de Marx, parecía anticipar uno de los puntos fundamentales que caracterizaría al marxismo del siglo XX y que, en ese tiempo, ya serpenteaba entre sus seguidores, en Rusia como en otros lugares. La crítica de Marx a esta concepción fue tanto más importante, porque se dirigió no sólo al presente, sino al futuro.[49]

3. EL OTRO CAMINO POSIBLE

Por casi tres semanas, Marx permaneció inmerso en sus cartas, consciente de tener que dar respuesta a un interrogatorio teórico de gran densidad y de tener que explicar su posición sobre una concreta y decisiva cuestión política.[50]

Como fruto de su trabajo surgieron tres largos borradores, que contenían argumentos en ocasiones contradictorios entre sí, y la minuta de la respuesta fue enviada a Vera Zasúlich. Las distintas redacciones que Marx hizo de la misma carta fueron escritas todas en francés y tuvieron, invariablemente, el mismo inicio.

Como síntesis de su articulado análisis sobre el pasaje "de la producción feudal en producción capitalista", Marx eligió, de hecho, usar como referencia la misma cita, tomada de la edición francesa de El capital, incorporada en la carta destinada a la redacción de Otechestvennye Zapiski. A renglón seguido, él reiteró: "He restringido, pues, expresamente la 'fatalidad histórica' de ese movimiento a los países de Europa occidental".[51] A esta suerte de premisa le siguieron reflexiones contextualizadas y ricas de implicaciones teóricas sobre la obshina, cual germen de una futura sociedad socialista, acompañadas del análisis de las posibilidades concretas de que ésta se transformase en realidad.

En la primera[52] de las tres redacciones, que fue la más extensa, Marx analizó aquello que consideraba ser "el argumento más serio que se ha presentado contra la comuna rusa". Analizando la historia europea, Marx veía repetirse un único y constante cambio: "Remóntese a los orígenes de las sociedades occidentales y hallará, en todas partes, la propiedad común de la tierra; con el progreso social, ésta ha desaparecido ante la propiedad privada". ¿Por qué razón, entonces, "no tiene más remedio que ocurrirle otro tanto a Rusia"? A este interrogante, Marx respondió con la misma motivación indicada anteriormente: "No tomaré en cuenta este razonamiento sino en tanto (atañe a Europa) se apoya en las experiencias europeas".[53]

Observando a Rusia, en cambio, él afirmó:

Si la producción capitalista debe asentar su reinado en Rusia, la inmensa mayoría de los campesinos, o sea del pueblo ruso, tendrá que ser convertida en asalariada, y por consiguiente expropiada por la abolición previa de su propiedad comunista. Pero en todos los casos, el precedente occidental no probaría absolutamente nada.[54]

La comuna agrícola habría podido disgregarse y poner fin a su larga existencia —eventualidad que para nada se podía excluir—. Sin embargo, si esto sucediese, no sería a causa de una predestinación histórica.[55]

Además, refiriéndose a quienes, según Zasúlich, se declaraban sus seguidores, pero sostenían la inevitabilidad del advenimiento del capitalismo, comentó, con su típico sarcasmo: “Los ‘marxistas’ rusos de quienes me habla me son totalmente desconocidos. Los rusos con los que mantengo relaciones personales tienen […] opiniones completamente opuestas”.[56]

Estos llamados constantes a la experiencia europea fueron acompañados de una observación política de gran valor. Si, en los primeros años cincuenta, en el artículo Los resultados de la futura dominación británica en la India [1853], publicado por el New-York Tribune, Marx había afirmado que “Inglaterra tenía que cumplir en la India una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia”;[57] en las reflexiones sobre Rusia el cambio de perspectiva es evidente.

Ya en 1853, él no albergaba ninguna ilusión sobre las características base del capitalismo, sabiendo bien que la burguesía no había “realizado algún progreso sin arrastrar a individuos aislados y a pueblos enteros por la sangre y el lodo, la miseria y la degradación”.[58] Sin embargo, estaba igualmente convencido de que, mediante el intercambio universal, el desarrollo de las fuerzas productivas del hombre y la transformación de la producción en algo científico, capaz de dominar las fuerzas de la naturaleza, “la industria y el comercio burgueses van creando [… las] condiciones materiales de un nuevo mundo”.[59]

La visión contenida en esta afirmación, por la cual sería acusado de eurocentrismo y de orientalismo por quien ha hecho de las obras de Marx una

lectura limitada y, tal vez, superficial,[60] corresponde a una reflexión parcial e ingenua del colonialismo, elaborada por un joven periodista, en ese tiempo de apenas treinta y cinco años. En 1881, después de lustros de profundización teórica y observación atenta a los cambios sucedidos en el escenario político internacional, sin mencionar la gran cantidad de lecturas sintetizadas, durante ese periodo, en sus Cuadernos antropológicos, el tema de la posible transición del capital a las formas comunitarias del pasado fue tratado de una manera distinta. Por ejemplo, refiriéndose a "las Indias Orientales", él manifestó su convicción acerca de que

todo el mundo, salvo sir H. Maine y otros del mismo jaez, [sabía] que allí la supresión de la propiedad común de la tierra no era más que un acto de vandalismo inglés, que empuja al pueblo indígena no hacia adelante sino hacia atrás.[61]

Los británicos sólo habían sido capaces de "estropear la agricultura indígena y redoblar el número y la intensidad de las hambrunas".[62]

Por lo tanto, la obshina rusa no estaba inevitablemente destinada a seguir un resultado similar al ya visto en Europa, en los siglos precedentes, donde, de un modo más bien uniforme, había sucedido la "transición de la sociedad basada en la propiedad común a la sociedad basada en la propiedad privada". A la pregunta sobre si, también en Rusia, "la carrera histórica de la comuna agrícola deba fatalmente concluir así", Marx opuso, otra vez, un seco: "De ninguna manera".[63]

Más allá de su firme rechazo teórico a aplicar, de modo esquemático, el mismo modelo en diferentes contextos, Marx también pone en evidencia las razones por las cuales la obshina debía analizarse con base en sus propias características.

Sobre todo, era necesario destacar que "la expropiación de los cultivadores en el Occidente" había ocurrido luego de la transformación de la propiedad privada, desde una forma de propiedad "fragmentada de los trabajadores" a otra "concentrada de los capitalistas". En Rusia, el proceso sería diferente, porque se trataría "de remplazar la propiedad comunista por la propiedad capitalista".[64] Además, se debía tener bien presente que "en Europa occidental la muerte de la propiedad comunal [y la aparición] y el nacimiento de la producción capitalista

están separados por un intervalo inmenso [de siglos]”,[65] en el curso del cual se habían verificado transformaciones económicas y revoluciones.

Con su característica ductilidad, y sin esquematismos, Marx tomó en consideración el posible cambio de la comuna agrícola. Según su opinión, la “forma constitutiva” de la obshina estaba abierta a dos posibilidades: “o el elemento de propiedad privada que implica triunfará del elemento colectivo, o éste triunfará de aquél. Todo depende de su medio histórico, de dónde se encuentre”[66] y aquel existente en el momento le hizo no excluir la posibilidad de un desarrollo socialista de la obshina.

El primer punto subrayado por él daba cuenta de la coexistencia entre la comuna agrícola y las formas económicas más avanzadas. Marx observó que Rusia era

Contemporánea de una cultura superior, está ligada a un mercado del mundo donde predomina la producción capitalista. […] Al apropiarse los resultados positivos de ese modo de producción está entonces en condiciones de desarrollar y transformar la forma todavía arcaica de su comuna rural en lugar de destruirla.[67]

Los campesinos podrían “incorporar las adquisiciones positivas logradas por el sistema capitalista sin pasar por sus horcas caudinas”.[68]

Además, desde el momento en que no se podía avanzar por saltos, como sostenían quienes consideraban al capitalismo como etapa irrenunciable también para Rusia, Marx les preguntaba, de modo irónico, si también ésta, “como en el Occidente”, debía “pasar por un largo periodo de incubación de la industria mecánica para llegar a las máquinas, los navíos de vapor y los ferrocarriles”. Del mismo modo, él interrogaba como había sido posible “introducir en su país en un abrir y cerrar de ojos todo el mecanismo cambiario (bancos, sociedades por acciones, etc.) cuya elaboración [en otra parte] costó siglos a Occidente”.[69]

La historia de Rusia no podía recorrer, al pie de la letra, todas las etapas por las que había pasado Inglaterra y los demás países europeos. Por lo tanto, si esta hipótesis era admitida y considerada como la única lógica, también la transformación socialista de la obshina podría realizarse sin pasar

necesariamente por el capitalismo.

En fin, para Marx era fundamental tomar en cuenta el momento en que se analizaba esta hipótesis. La “mejor prueba” de que el desarrollo en sentido socialista de la comuna rural podía responder a “la corriente histórica de la [...] época [era] la fatal crisis” —en este caso las esperanzas políticas de Marx lo llevaron a escribir “fatal” de más— “padecida por la producción capitalista en los países europeos y americanos, donde mayor vuelo tomó”. Con base en las sugerencias recuperadas por la lectura de los escritos de Lewis Morgan, Marx tenía esperanzas de que la crisis económica en curso hubiese podido determinar las condiciones favorables para “la eliminación” del capitalismo y “el retorno de la sociedad moderna a una forma superior del tipo más arcaico: la producción y la apropiación colectivas”.[70]

A partir de estas palabras resulta evidente, una vez más, que Marx no pensaba de ninguna manera en el modo “primitivo de la producción colectiva o cooperativa, [que había sido] el resultado del individuo aislado”, sino en aquel fruto de la “socialización de los medios de producción”.[71] La misma obshina, como él hizo notar, constituía “la forma más moderna del tipo arcaico” de propiedad comunista que, a su vez “siguió toda una serie de evoluciones”.[72] Estos estudios y los análisis consiguientes, no esquemas abstractos, determinaron la elección de Marx. Las comunas agrícolas no se basaban más “en relaciones de consanguineidad entre sus miembros”,[73] sino que representaban potencialmente “la primera agrupación social de hombres libres no afianzada por los vínculos de la sangre”.[74]

De las comunas rurales arcaicas, Marx también criticaba su “aislamiento”, dado que, estando cerradas en sí mismas y sin ningún contacto con el mundo exterior, constituían, desde el punto de vista político, una realidad económica más afín al régimen reaccionario zarista: “la falta de enlace entre la vida de cada una y la de las otras, este microcosmos localizado […] en todas aquellas partes donde se le halla, hace surgir por encima de las comunas un despotismo central”.[75] Es evidente que Marx no había cambiado su juicio crítico general sobre las comunas rurales en Rusia y que, en el curso de su análisis, la importancia del desarrollo del individuo y de la producción social había permanecido intacta. En los proyectos preliminares a la carta a Vera Zasúlich no se muestra ninguna rasgadura dramática respecto de sus convicciones anteriores —como comentan algunos estudiosos—.[76] Los elementos de novedad respecto a sus intervenciones en el pasado muestran en cambio la apertura teórica, gracias a la cual él tomó en

consideración otras vías posibles para el pasaje al socialismo, que antes no habían sido tenidas en cuenta o se tenían por irrealizables.[77]

Incluso, en la segunda mitad del siglo XIX, luego de las reformas promulgadas por Alejandro II Romanov (1818-1881), las condiciones de la obshina habían ya cambiado y presentaban muchos aspectos contradictorios:[78]

Emancipada de los vínculos fuertes, pero estrechos, del parentesco natural, la propiedad común de la tierra y las relaciones sociales que de ella dimanan le garantizan una base firme, al mismo tiempo que la casa y el corral, dominio exclusivo de la familia individual, el cultivo parcelario y la apropiación privada de sus frutos [dieron] a la individualidad una expansión incompatible con [la estructura] el organismo de las comunidades más primitivas.[79]

Este "dualismo" podía "transformarse en germen de una descomposición"[80] y mostraba que "la comuna lleva[ba] en sí misma sus elementos deletéreos".[81] Su sobrevivencia no estaba amenazada sólo por las "influencias destructivas" provenientes del exterior, como las del Estado, quien, con la intervención legislativa, había favorecido, algunas "ramas del sistema capitalista occidental […] sin desarrollar de ninguna manera las premisas productivas de la agricultura", con el resultado de haber creado las condiciones para "[e]l enriquecimiento de nuevos parásitos capitalistas que chupa[ban] la sangre, ya tan empobrecida, de la 'comuna rural'".[82]

Marx había llegado a la conclusión de que la alternativa vislumbrada por los populistas rusos era realizable y afirmó, "hablando en teoría", que

la "comuna rural" rusa puede, pues, conservar su tierra desarrollando su base, la propiedad común de la tierra, y eliminando de ella el principio de propiedad privada que también implica; puede convertirse en punto de partida directo del sistema económico al que tiende la sociedad moderna; puede cambiar de existencia sin empezar por suicidarse; puede apoderarse de los frutos con que la producción capitalista ha enriquecido a la humanidad sin pasar por el régimen capitalista.[83]

Sin embargo, esta hipótesis, para realizarse, debía "descender de la teoría pura a la realidad rusa".[84] Para tal fin, Marx se esforzó por investigar las "posibilidades de evolución"[85] de la obshina, observando que en ese preciso momento, ésta ocupaba una posición única, sin precedentes en la historia. Es la única en Europa que todavía constituye la forma orgánica, predominante, de la vida rural de un imperio inmenso. La propiedad común de la tierra le ofrece la base natural de la apropiación colectiva, y su medio histórico, la contemporaneidad de la producción capitalista, le presta ya listas las condiciones materiales del trabajo cooperativo, organizado en amplia escala. Entonces puede incorporarse las adquisiciones positivas elaboradas por el sistema capitalista […] Puede ir suplantando a la agricultura parcelaria mediante la agricultura combinada, con ayuda de las máquinas […] puede llegar a ser el punto de partida directo del sistema económico al que propende la sociedad moderna, y remozarse sin empezar por suicidarse[86].

Esta alternativa era posible, y ciertamente más adecuada respecto al contexto económico-social existente en Rusia, que el sistema del "arrendamiento capitalizado a la inglesa". Sin embargo, sólo habría podido tener vida mientras "el trabajo colectivo pueda suplantar […] al trabajo parcelario, forma de apropiación privada". Para que esto suceda, "se requieren dos cosas: la necesidad económica de tal transformación y las condiciones materiales para realizarla".[87] La contemporaneidad de la comuna agrícola rusa con el capitalismo en Europa ofrecía a la primera "todos los medios indispensables para el trabajo colectivo" y la familiaridad de los campesinos con el artel [88] facilitarían la transición hacia el "trabajo cooperativo".[89]

En cuanto a la separación existente entre las distintas comunas, que facilitaba, en el plano político, el carácter despótico de Rusia, se trataba de un "obstáculo de fácil eliminación", dado que, según Marx, se podía "poner simplemente en lugar de la volost,[90] instituto oficial, una asamblea de campesinos escogidos por las mismas comunas y que sirviera de órgano económico, y administrativo de sus intereses".[91]

La voluntad política y la coincidencia favorable de los tiempos históricos constituían, por lo tanto, los elementos fundamentales para salvar la obshina, garantizando tanto su supervivencia como su transformación radical. En otras palabras, aunque el capitalismo amenazara con sus profundas mutaciones, la

transformación en sentido socialista de una forma arcaica de comunidad, cual era la obshina, era aún posible debido a que

No se trata ya de un problema a resolver sino simplemente de un enemigo a vencer. […] Para salvar a la comuna rusa se requiere una revolución rusa […] Si la revolución se efectúa en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas […] en asegurar el libre desenvolvimiento de la comuna rural, ésta se revelará pronto un elemento regenerador de la sociedad rusa y un elemento de superioridad sobre los países subyugados por el régimen capitalista.[92]

Marx volvió a los mismos temas al año siguiente. En enero de 1882, en el Prefacio a la nueva edición rusa del Manifiesto del Partido Comunista, redactado junto a Engels, el destino de la comuna rusa fue asociado al de las luchas proletarias de los países europeos. De hecho, sostuvieron:

en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente? La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.[93]

En cuanto a la respuesta a Vera Zasúlich, Marx se resolvió a enviarla, después de haber reflexionado y escrito largamente, el 8 de marzo de 1881. Si bien había esbozado más esquemas de carta, todos muy largos y ampliamente argumentados, él decidió expedir una réplica más bien breve, en la cual se excusó por no haber alcanzado a satisfacer el pedido que se le había dirigido, o

sea, el de brindar “un estudio sucinto y destinado a la publicidad”.[94] Agregó también que se había comprometido a intervenir sobre la cuestión —aun cuando no pudo respetar tal compromiso— con el Comité de San Petersburgo de la organización populista Voluntad del Pueblo.[95]

No obstante, en “algunas líneas” él buscó disipar “cualquier duda” de Zasúlich, “acerca del mal entendimiento respecto de [su] supuesta teoría”. Como argumentación, Marx se remitió a la cita sobre la “expropiación de los agricultores” presente en la edición francesa de El capital —la misma que había incluido en el esbozo de carta destinada a la redacción de la Otechestvennye Zapiski— y corroboró que su análisis estaba “expresamente restringida a los países de Europa occidental”, en los que se había verificado “la transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada”. En el caso ruso, por el contrario, se habría tratado de “transformar la propiedad común [de los campesinos] en propiedad privada”.[96] Ésta fue, finalmente, la conclusión de su razonamiento:

El análisis presentado en El capital no da, pues, razones, en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que de ella he hecho, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, más para que pueda funcionar como tal será preciso eliminar primeramente las influencias deletéreas que la acosan por todas partes y a continuación asegurarle las condiciones normales para un desarrollo espontáneo.[97]

Marx asumió, entonces, una posición dialéctica, que lo llevó a no excluir que el desarrollo de un nuevo sistema económico, basado en la asociación de los productores, pudiese realizarse sólo a través de determinadas y obligadas etapas. Negó, en cambio, la necesidad histórica del desarrollo del modo de producción capitalista en cada parte del mundo.[98]

Las consideraciones que Marx desplegó, con riqueza de argumentos, sobre el futuro de la obshina son del todo diferentes a la equiparación entre socialismo y fuerzas productivas que se afirmó, con acentos nacionalistas y simpatías hacia el colonialismo, tanto en el seno de la Segunda Internacional y entre los partidos

socialdemócratas, como por parte del movimiento comunista internacional, con la presunta posesión del “método científico” del análisis social.[99] Este acontecimiento brindó a Marx la ocasión para expresar sus valoraciones sobre las diversas tendencias revolucionarias existentes en la Rusia de aquel tiempo, dirigiendo su atención hacia los populistas. Éstos tuvieron su aprecio por lo concreto de su acción política y porque, a su juicio, en la difusión de sus ideas revolucionarias no hacían recurso a inútiles tonos ultra revolucionarios, ni a contraproducentes generalizaciones.

En una carta escrita a Friedrich Sorge, hacia finales de 1880, él expresó su juicio hacia algunas organizaciones socialistas, mostrando que éste no estaba de ningún modo influido por los vínculos personales con sus militantes ni, tanto menos, por los juramentos de fidelidad que habían expresado hacia sus teorías. Marx describió así las fuerzas en el campo: “de una parte están los críticos (mayormente jóvenes profesores universitarios y también algunos publicistas, en parte vinculados a mí por amistad personal) y por otro lado está el Comité central terrorista”, es decir los populistas de la Voluntad del Pueblo. Marx dijo a Sorge que el carácter pragmático del programa de esta organización, que él evaluaba favorablemente, había provocado rabia entre los que se adherían al primer grupo, es decir entre los militantes del Reparto Negro —entre los cuales estaba también Vera Zasúlich (1856-1918) y Georgi Plejánov (1856-1918), uno de los primeros “marxistas” rusos— a quien Marx calificaba como “anarquistas”.[100]

De este bloque, compuesto mayoritariamente por personas que habían dejado Rusia por elección personal, él comentó irónicamente:

Ellos [...] constituyen, al contrario de los terroristas que arriesgan la piel, el denominado partido de la propaganda (para hacer propaganda en Rusia se mudan a Ginebra: que quid pro quo). Estos señores son contrarios a toda acción política revolucionaria. ¡La Rusia debería saltar en el milenio anárquico-comunista-ateo con un salto mortal! Mientras tanto, preparan este salto con un aburrido doctrinarismo.[101]

En una carta a su hija Jenny, de abril de 1881, estigmatizó nuevamente el

comportamiento de estos intelectuales transferidos a Suiza: “los refugiados rusos en Ginebra [...] son sólo doctrinarios, confusos socialistas anárquicos, y su influencia sobre el ‘teatro de guerra’ ruso es igual a cero”.

Por último, comentando los procesos penales contra los terroristas de San Petersburgo, de quienes aprobaba la posición política y los métodos de propaganda, agregó:

Son gentes que valen un Perú, sin poses melodramáticas, sencillas, serias, heroicas. Gritar y hacer son cosas totalmente opuestas. El comité ejecutivo de Petersburgo,[102] que actúa tan enérgicamente, lanza manifiestos de “moderación” refinada. Está muy lejos de [... quienes] predican el tiranicidio como “teoría” y “panacea” [...]. Por el contrario ellos, tratan de enseñarle a Europa que su modus operandi es específicamente ruso, que es un modo de actuar históricamente inevitable acerca del cual no hay más razón para discurrir —a favor o en contra — que la que hay a propósito del terremoto en Quío.[103]

Las valoraciones de Marx sobre la plausibilidad del desarrollo del socialismo en Rusia no tenían, entonces, como único fundamento la situación económica existente en aquel país. En 1881, el contacto con los populistas rusos, así como había sucedido antes con los comuneros parisinos, le condujo a madurar una nueva convicción: más allá de la posible sucesión de los modos de producción en el curso de la historia, también la irrupción de los eventos revolucionarios y la subjetividad que los determinaban eran valorados con mayor elasticidad. Se trataba, de hecho, de la aproximación a un verdadero internacionalismo a escala global y ya no solamente europeo.[104]

La concepción multilineal, a la cual se llega en el periodo de su plena maduración intelectual, impuso a Marx dedicar más atención a la especificidad histórica y al desarrollo desigual de las condiciones políticas y económicas entre países y contextos sociales diferentes. Este planteamiento contribuyó seguramente a acrecentar las dificultades, a lo largo del camino, ya accidentado, de completar los libros restantes de El capital.

Sin embargo, él no cambió el perfil de la sociedad comunista que había delineado, también sin caer en utopismos abstractos, a partir de los Grundrisse.[105]

Guiado por la duda[106] y la hostilidad hacia los esquematismos del pasado y los nuevos dogmatismos que estaban naciendo en su nombre, consideró posible el estallido de la revolución en condiciones y formas nunca antes consideradas.

El futuro estaba en las manos de la clase trabajadora y en su capacidad de determinar profundos cambios sociales, a través de sus propias organizaciones.

▪

[1] Al respecto véase lo escrito por Marx y Engels en el Prefacio a la edición rusa del Manifiesto del Partido Comunista, de 1882: "Al producirse la Revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa sino también los burgueses europeos veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gátchina [el castillo donde se había refugiado Alejandro III, después del asesinato de su padre], el prisionero de guerra de la revolución, y Rusia está a la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa", Karl Marx y Friedrich Engels, Prefacio a la segunda edición rusa de 1892, en Karl Marx, Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 115. Para la recopilación completa de los escritos y las cartas de Marx y Engels sobre Rusia véase Maximilien Rubel (ed.), Karl Marx/Friedrich Engels: Die russische Kommune, Múnich, Hanser, 1972.

[2] En 1858 afirmó: "el movimiento de emancipación de la servidumbre de la gleba en Rusia me parece muy importante, en tanto señala el inicio de una historia entera del país que podrá interponerse en su tradicional política exterior", cf. Karl Marx a Friedrich Engels, 29 de abril de 1858, en MECW, vol. 40, p. 310. En ese tiempo, los siervos representaban casi el 38% de la población.

[3] En 1877, reconstruyendo su trayectoria, Marx afirmó que: "para poder enjuiciar con conocimiento propio las bases del desarrollo de Rusia, he aprendido el ruso y estudiado durante muchos años memorias oficiales y otras publicaciones referentes a esta materia", en Karl Marx a la redacción de Otechestvennye Zapiski, fines de 1877, en Karl Marx y Friedrich Engels, Escritos sobre Rusia II.

El porvenir de la comuna rusa, México, Pasado y Presente, 1980, p. 63. Fue determinante el encuentro con la obra del filósofo y revolucionario Nikolái Chernishevski (1828-1889), de quien Marx tenía varios volúmenes en su biblioteca, cf. Karl Marx y Friedrich Engels, Die Bibliotheken von Karl Marx und Friedrich Engels MEGA², vol. IV/32, pp. 184-187. Se remite a la Critica dei pregiudizi filosofici contro la proprietà comunitaria della terra, en Nikolái Chernyshevski, Scritti politico-filosofici, Lucca, Marina Picini Fazzi, 2001, pp. 65-107. Marx condujo sus investigaciones sobre Rusia de un modo tan profundo que éstas se convirtieron en motivo de amistoso conflicto entre Engels y él. Paul Lafargue contó, de hecho, que aquél le repetía a Marx: “me complacería quemar la publicación rusa sobre la situación de la agricultura, que te impide desde hace años completar El capital”. Paul Lafargue, en Hans Magnus Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 408.

[4] Cf. Henry Eaton, Marx and the Russian, en Journal of the History of Ideas, XLI, 1980, 1, p. 89, donde están listados, cronológicamente, los nombres de todos los ciudadanos rusos con quienes Marx se encontró o mantuvo correspondencia.

[5] Vera Zasúlich a Karl Marx, en Marx y Engels, Escritos sobre Rusia II, cit., p. 30. Al respecto, cf. Martin Buber, Paths in Utopia, Syracuse, Syracuse University Press, 1996, quien comentó: “de qué lado estaba la verdad histórica es una decisión [que le fue] responsabilizada a Marx”, p. 91.

[6] Marx y Engels, Manifiesto del Partido Comunista, en Marx, Antología, cit., p. 143.

[7] Ibid., p. 120.

[8] Ibid., p. 122.

[9] Ibid., p. 127.

[10] Karl Marx, Discurso por el aniversario del People´s Paper, en Correspondencia Marx-Engels, Buenos Aires, Cartago, 1986, p. 81. Marx se refiere a Armand Barbès (1809-1870), François Raspail (1794-1878) y Louis-Auguste Blanqui (1805-1881).

[11] Marx, Grundrisse, cit., vol. I, p. 362. Para un comentario sobre este texto relevante pero complejo, se remite a Marcello Musto (ed.), Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después, Bogotá, FCE, 2018.

[12] Karl Marx, El capital. Crítica de la economía política, México, Siglo XXI, 1988, t. I, vol. 3, p. 953.

[13] Ibid.

[14] Ibid.

[15] Ibid., vol. 2, p. 401.

[16] Ibid., p. 407.

[17] Ibid., p. 405.

[18] Ibid, p. 731. Sobre el tema, véase también lo que Marx escribiera a Engels, en una carta del 7 de diciembre de 1867, cuando proveyó al amigo, que estaba preparando una reseña de El capital, una síntesis de los principales argumentos que hubiese querido estuviesen indicados en la reseña del libro. En esa ocasión, Marx describió su trabajo como la demostración de que "la sociedad presente, considerada desde el punto de vista económico, está preñada de una nueva forma superior". Siguiendo una riesgosa comparación entre sus descubrimientos y la teoría de la evolución de Darwin, Marx recordó que en su escrito había puesto en evidencia "un progreso oculto, allí donde las modernas relaciones económicas están acompañadas de desalentadoras consecuencias inmediatas". Mediante su "concepción crítica […] quizá a pesar de su voluntad", él había "puesto fin a todo socialismo de salón, es decir a todo utopismo". Así, entre las frases sugeridas a Engels, sobresale la declaración con la que él quiere reafirmar una profunda convicción: "Si el señor Lassalle injuriaba a los capitalistas y adulaba a los nobles prusianos, el señor Marx, al contrario, demuestra la 'necesidad' histórica de la producción capitalista". Karl Marx a Friedrich Engels, 7 de diciembre de 1867, en MECW 42, p. 494.

[19] Marx, Grundrisse, cit., vol. II, p. 232.

[20] Ibid., p. 224.

[21] Ibid., p. 232.

[22] Ibid., vol. I, p. 445.

[23] Ibid., vol. II, p. 33.

[24] Marx, El capital, cit., t. I, vol. 1, p. 137.

[25] Ibid., vol. 2, p. 612.

[26] Karl Marx, Instructions for the Delegates of the Provisional General Council. The Different Questions, en MECW, vol. 20, p. 188.

[27] Marx, El capital, cit. t. I, vol. 2, p. 596.

[28] Ibid, p. 611.

[29] Ibid., p. 608.

[30] Ibid., p. 609.

[31] Ibid., p. 611.

[32] Ibid., vol. 1, p. 97.

[33] Karl Marx, Notes on Bakunin's Book Statehood and Anarchy', en MECW, vol. 24, p. 518.

[34] Karl Marx, Crítica al Programa de Gotha, en Marx, Antología, cit., p. 442.

[35] Este texto, generalmente conocido con el título Consideraciones preliminares del programa del partido obrero francés, se incluye en el Apéndice de este libro.

[36] Infra, Apéndice, p. 154.

[37] Karl Marx, El capital, cit., t. I, vol. I, p. 17.

[38] Karl Marx, Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner, en Maurice Dobb et al. (ed.), Estudios sobre "El capital", Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 171.

[39] Para algunos escritos de Michailovski y otros fundadores de este importante movimiento se remite a James H. Billington, Mikhailovsky and Russian Populism, Oxford, Clarendon Press, 1958, además de los fundamentales Andrzej Walicki, Controversy Over Capitalism: Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists, Oxford, Clarendon Press, 1969 y Franco Venturi, Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1960.

[40] Cf. Karl Marx, Nachtrag zu den Noten des ersten Buches, en id., Das Kapital, en MEGA², II, 5, Berlín, Dietz, 1983, p. 625. El Apéndice a las notas del primer

volumen fue eliminado en las sucesivas ediciones de El capital y, por lo tanto, no fue incorporado en las traducciones de la obra.

[41] Karl Marx a la Redacción de Otechestvennye Zapiski, noviembre de 1877, cit., p. 62.

[42] Ibid., pp. 62-63.

[43] Ibid., p. 63.

[44] Marx, El capital, cit., t. I, vol. 3, pp. 891-954.

[45] Karl Marx a la redacción de Otechestvennye Zapiski, cit., p. 64. Véase también Karl Marx, Le capital, París, 1872-1875, MEGA², vol. II/7, p. 634. Este relevante agregado, aportado por Marx durante la traducción francesa de su texto a cargo de Joseph Roy, no fue incluido en la cuarta edición alemana de 1890, que se convirtiera luego en la versión estándar de las traducciones de la magnum opus marxiana.

[46] Karl Marx a la redacción de Otechestvennye Zapiski, cit., p. 64.

[47] Ibid.

[48] Ibid., p. 65.

[49] Cf. Pier Paolo Poggio, L'Obščina. Comune contadina e rivoluzione in Russia, Milán, Jaca Book, 1978, p. 148.

[50] Cf. Buber, Paths in Utopia, cit., p. 91, quien afirmó: "sus esfuerzos dirigidos a dar la respuesta justa son de una profundidad y responsabilidad dignas de admiración. Marx, que se había ya ocupado, precedentemente, del difícil tema, se sumerge de nuevo en éste con particular intensidad. Lo vemos muchas veces borrando una formulación de gran precisión y fineza para buscar otra aún más adecuada. Si bien se trata sólo de una serie de borradores fragmentarios, estas notas me parecen el intento más importante de abarcar sintéticamente el tema de la comuna rural rusa".

[51] Karl Marx, Los borradores de Marx, en Marx y Engels, Escritos sobre Rusia II, cit., boceto i, p. 31 (de aquí en adelante: Marx, Borradores, seguido del número de boceto y de página).

[52] Para una datación alternativa de los borradores de las cartas a Vera Zasúlich, se remite a Haruki Wada, Marx and Revolutionary Russia, en Teodor Shanin, Late Marx and the Russian Road, Nueva York, Monthly Review Paperback, 1983, pp. 64-65.

[53] Marx, Borradores, III, p. 52.

[54] Marx, Borradores, II, p. 47.

[55] Cf. Teodor Shanin, Late Marx: Gods and Craftsmen, en id., Late Marx and the

Russian Road, cit., p. 16.

[56] Marx, Borradores, II, p. 47.

[57] Karl Marx, Futuros resultados de la dominación británica en la India, en Karl Marx y Friedrich Engels, Sobre el modo de producción asiático, Barcelona, Martínez Roca, 1969, p. 101.

[58] Ibid., p. 106.

[59] Ibid., p. 107. Marx agregó también: “El periodo burgués de la historia está llamado a sentar las bases materiales de un nuevo mundo”, ibid.

[60] Cf. por ejemplo las acusaciones de Edward Said, quien no sólo señaló que “los análisis económicos de Marx encajan perfectamente en una típica empresa orientalista”, sino que insinuó que “se desvía hacia la antigua desigualdad entre Este y Oeste”, Orientalismo, Barcelona, Debolsillo, 2008, pp. 213-214. En realidad, esta lectura de Said sobre Marx fue tendenciosa. El primero en poner en evidencia las fallas de esta interpretación fue Sadiq Jalal al-Azm (1934-2016) quien, en el artículo “Orientalism and Orientalism in Reverse”, Khamsin, vol. 8 (1980), denunció: “este repaso de las observaciones y análisis de Marx, sobre procesos históricos y situaciones altamente complejas, es una farsa [...] no hay nada de específico ni de Asia ni de Oriente en la amplia interpretación teórica de Marx”, pp. 14-15. De hecho, respecto de la “capacidad productiva, organización social, ascendencia histórica, poder militar y desarrollo científico y tecnológico […] Marx, como cualquier otro, conocía la superioridad de la Europa moderna sobre el Oriente. Pero acusarlo de […] transformar este hecho contingente en una realidad necesaria para todos los tiempos es simplemente absurdo”, pp. 15-16. También Aijaz Ahmad (1932-...), en Theory, Classes, Nations, Literatures, Londres, Verso, 1992, ha mostrado bien como Said “descontextualizó las citas,

con escaso sentido de que cosa [representase] el pasaje citado", p. 231, en la obra de Marx, simplemente "para meterlo en su archivo orientalista", p. 223. Contra su presunto eurocentrismo véase también Irfan Habib, Marx´s perception of India, en Iqbal Husain (ed.), Karl Marx on India, Nueva Dehli, Tulika, 2006, pp. xix-liv. Al respecto véase el reciente volumen de Kevin Anderson, Marx at the Margins, Chicago, University of Chicago Press, 2010, p. 238.

[61] Marx, Borradores, III, p. 51.

[62] Ibid., p. 56.

[63] Ibid., p. 55.

[64] Marx, Borradores, II, p. 47.

[65] Ibid., p. 48.

[66] Marx, Borradores, I, p. 37.

[67] Marx, Borradores, II, p. 49.

[68] Ibid., p. 41.

[69] Marx, Borradores, I, p. 38.

[70] Ibid., p. 41.

[71] Ibid., p. 35.

[72] Marx, Borradores, II, p. 49.

[73] Marx, Borradores, III, p. 53.

[74] Ibid., p. 54.

[75] Ibid., pp. 49-50.

[76] En tal sentido, se remite a las interpretaciones de Shanin, Late Marx and the Russian Road, cit., p. 60, quien avanzó la tesis de la presencia de un "cambio significativo" respecto de la publicación de El capital de 1867, o de Enrique Dussel, El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana, México, Siglo XXI, 1990, pp. 260 y 268-269. Varios han sido también los autores que han propuesto una lectura "tercermundista" de las elaboraciones del último Marx, con el consiguiente presunto cambio del sujeto revolucionario desde los obreros de las fábricas a las masas del campo y la periferia.

[77] Sobre este tema véase lo afirmado por Marian Sawer en el excelente volumen

Marxism and the Question of the Asian Mode of Production, La Haya, Martinus Nijhoff, 1977, p. 67: “Lo que sucede, en particular en el curso de los años setenta, no fue que Marx cambió su opinión sobre el carácter de las comunas de las aldeas, ni decidió que ellas habrían podido devenir la base del socialismo así como estaban; más bien él comenzó a considerar la posibilidad de que las comunas pudiesen ser revolucionadas no por el capitalismo, sino por el socialismo [...] Con la intensificación de la comunicación y la modernización de los métodos de producción, el sistema de aldeas podría incorporarse en una sociedad socialista. En 1882, le parecía a Marx todavía una genuina alternativa a la completa desintegración de la obshina bajo el impacto del capitalismo.”

[78] Después de la reforma emancipatoria de 1861, los campesinos podían comprar la tierra, pero sólo mediante el pago de alguna indemnización en forma de tributos.

[79] Marx, Borradores, III, p. 54.

[80] Ibid.

[81] Ibid., p. 55.

[82] Marx, Borradores, I, p. 43.

[83] Ibid., p. 40.

[84] Ibid.

[85] Marx, Borradores, III, p. 55.

[86] Ibid., pp. 55-56.

[87] Marx, Borradores, I, p. 40.

[88] Forma colectiva de asociación cooperativa de origen tártaro, fundada sobre el vínculo de la comunidad de sangre, en la cual rige la responsabilidad de sus miembros frente al Estado y hacia terceros.

[89] Marx, Borradores, I, p. 41.

[90] Tradicional subdivisión administrativa existente en Rusia y en Europa oriental.

[91] Marx, Borradores, I, p. 38.

[92] Ibid., p. 45.

[93] Karl Marx y Friedrich Engels, Prefacio a la segunda edición rusa de 1892, cit., p. 115.

[94] Karl Marx a Vera Zasúlich, 8 de marzo de 1881, en Marx y Engels, Escritos sobre Rusia II, cit., p. 60. David Riazanov, que fue el primero en descubrir y publicó los proyectos preliminares de la carta de Marx a Zasúlich, sostuvo que Marx no respondió la carta como habría deseado a causa de su reducida capacidad de trabajo, cf. Vera Zasulič und Karl Marx. Zur Einführung, en “Marx-Engels archiv”, I, 1926, pp. 309-314. Maximilien Rubel compartió este juicio en Marx, critique du marxisme, París, Payot, 2000, p. 104: “Podemos pensar que fue la enfermedad la que le impidió explayarse posteriormente”. Parece más convincente lo afirmado por Pier Paolo en su estudio titulado La Obschina cit., p. 157, según el cual, en cambio, Marx titubeó “en tomar posición, con fuerza, sobre un tema explosivo sea para sus implicaciones teóricas o políticas”.

[95] Marx se refería al ejecutivo de una organización secreta de populistas, fundada en 1879 a partir de la ruptura con la organización Tierra y Libertad (TyL), que había elegido la lucha “terrorista”.

[96] Karl Marx a Vera Zasúlich, 8 de marzo de 1881, en Marx y Engels, Escritos sobre Rusia II, cit., p. 60.

[97] Ibid.

[98] Álvaro García Linera, en Forma valor y forma comunidad (Buenos Aires, Prometeo, 2010), ha escrito que “uno de los trágicos errores del marxismo del siglo XX ha sido la propensión a querer convertir la historia real y los acontecimientos vivos en abnegados sirvientes de [la] filosofía de la historia”, p. 229.

[99] De una aceptación pasiva del curso natural de la historia es también culpable Engels. En más de un escrito, intervención o carta, nos encontramos con una

posición similar a la expresada en una carta dirigida a Nikolái Danielsón el 24 de febrero de 1893: “el proceso de remplazar unos 500 000 pomeshchiki y unos ochenta millones de campesinos por una nueva clase de propietarios de tierra burgueses no puede realizarse si no es en medio de terribles sufrimientos y espantosas convulsiones. Pero la historia es la más cruel vsej bogin [de todas las diosas] y conduce su carro triunfal sobre montañas de cadáveres, no sólo en la guerra sino también en tiempos de desarrollo económico ‘pacífico’. Y nosotros, hombres y mujeres, somos desgraciadamente tan estúpidos que no sabemos armarnos del coraje necesario para lograr un verdadero progreso, a menos que nos impulsen a hacerlo sufrimientos que aparecen casi desproporcionados”, Karl Marx a Nikolái Danielsón, 24 de febrero de 1893, en Karl Marx, Nikolái Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), México, Siglo XXI, 1981, pp. 300-301.

[100] Karl Marx a Friedrich Sorge, 5 de noviembre de 1880, en MECW, vol. 46, p. 45.

[101] Ibid.

[102] Marx se refería a la organización populista Voluntad del Pueblo. Véase supra la nota 95.

[103] Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, en Marx y Engels, Correspondencia, cit., p. 317. Sobre las simpatías populistas de Marx véase también el testimonio de Nikolái Morozov (1854-1946), quien narró una conversación mantenida con él, en diciembre de 1880, la cual giró “ante todo en torno a la Narodnaia Volia, por la que Marx mostró enorme interés. Dijo que nuestra lucha contra el despotismo le parecía a él […] algo maravilloso, algo sacado de una novela fantástica”, Nikolái Morozov, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 403.

[104] En el volumen Le repliche della storia. Karl Marx tra la Rivoluzione francese e la critica della politica (Turín, Bollati Boringhieri, 1989), Bruno Bongiovanni invita a no "desvalorizar el horizonte de la política internacional al interpretar el itinerario intelectual de Marx [...] en relación con Rusia". Según su opinión, "sobre la base del conjunto de los escritos de Marx", se puede deducir que él habría madurado la convicción sobre el desenvolvimiento de los eventos en esta sucesión: "guerra contra Rusia, derrota militar de Rusia, revolución rusa (no socialista sino jacobina), ausencia (¿temporaria o permanente?) del gendarme reaccionario de Europa, transformación socialista en Europa [...] retorno de la revolución en Rusia, donde, entonces y sólo entonces, se podría usar la obshina en la transición al socialismo", pp. 201-202. No obstante, lo que Bongiovanni define "la mecánica del desarrollo de la revolución" se desdibuja mucho en las reflexiones sobre el último Marx. La revolución no debe, por la fuerza de las cosas, iniciarse en Europa y alcanzar a Rusia tan sólo en el "segundo round", ibid., p. 212.

[105] Justamente, con algún "irreversiblemente" de más, Bongiovanni afirma que "la [comunidad] Gemeinschaft, en última instancia, no puede transmutarse milagrosamente en socialismo sin la presencia, esta sí irreversiblemente emancipatoria, de la [sociedad] Gesellschaft", Bongiovanni, Le repliche della storia, cit., p. 189.

[106] Toda su vida Marx permaneció fiel a su consigna preferida: "de omnibus dubitandum", cf. Karl Marx, Confesión, en Erich Fromm, Marx y su concepto del hombre, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 264.

III. LOS TORMENTOS DEL “VIEJO NICK”

1. LA PRIMERA DIFUSIÓN DE “EL CAPITAL” EN EUROPA

En 1881, Marx no era aún la indiscutible referencia teórica del movimiento obrero internacional que sería en el siglo XX. En el curso de los años cuarenta del siglo XIX, el número de dirigentes políticos e intelectuales ligados a él era muy limitado y lo que la policía internacional y los adversarios habían definido como el “partido Marx”[1] estaba compuesto tan sólo por unos cuantos militantes. Las cosas no habían mejorado diez años más tarde, cuando, después de la derrota de 1848, podían considerarse “marxianos”[2] tan sólo un número exiguo de exiliados refugiados, en su mayoría, en Gran Bretaña.

El desarrollo de la Asociación Internacional de los Trabajadores y de la conquista del poder por parte de la Comuna de París, que reverberó en toda Europa después de 1871, habían cambiado esta cuestión. Tales eventos habían hecho que Marx adquiriese cierta notoriedad y que sus escritos alcanzasen cierta difusión.

Además, El capital había comenzado a circular en Alemania, donde había sido reimpreso en 1873; en Rusia, donde había sido traducido el año anterior, y en Francia, donde vio la luz en una edición en fascículos, de 1872 a 1875. Sin embargo, también en estos países, las ideas de Marx debían competir, con frecuencia en posición minoritaria, con las de los socialistas contemporáneos a él.

En Alemania, el programa del congreso de Gotha, con base en el cual, en 1875, fue realizada la fusión entre el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP), vinculado a Marx, y la Asociación General de los Trabajadores Alemanes (ADAV), fundada por Ferdinand Lassalle (1825-1864), replicaba de manera prevaleciente las posiciones de este último.

En Francia, como en el resto de Bélgica, las teorías de Pierre-Joseph Proudhon estaban más difundidas, entre la clase obrera, que las de Marx y los grupos que se inspiraban en él no eran superiores, en número e iniciativa, a los que seguían al revolucionario Louis-Auguste Blanqui (1805-1881).

En Rusia, en un contexto económico, social y político muy distinto del europeo, la situación era aún más compleja, por cuanto la crítica marxiana del modo de producción capitalista era leída e interpretada en un país que estaba en condiciones económicas muy atrasadas y bien distantes del desarrollo capitalista europeo.

No obstante los progresos alcanzados en estos tres países, Marx seguía siendo casi completamente desconocido en Inglaterra,[3] y sus escritos tenían dificultad para circular en Italia, España y Suiza, donde, en los años setenta, Mijaíl Bakunin (1814-1876) había alcanzado una influencia superior a la suya. Muy poco, en fin, se conocía de Marx del otro lado del océano.

Incidía, además, el carácter inconcluso de su obra, comenzando por El capital. Emblemáticamente, cuando en 1881 fue interrogado por Karl Kautsky, sobre una edición completa de sus obras, él respondió cáusticamente “que primero hacía falta que estuvieran escritas todas”.[4]

Si, bien, Marx no vio la época de la consagración global de sus ideas, en los últimos años de su existencia fue testigo de un interés en constante aumento por sus teorías —en particular de las contenidas en su magnum opus—, que se vislumbró en muchos países europeos.

La creciente difusión del pensamiento marxiano y la extensión del consenso hacia su persona determinaron reacciones contrastantes. Como Friedrich Engels señaló a Eduard Bernstein en una carta escrita a fines de 1881, quizá, en las filas del movimiento obrero se manifestaron sentimientos de “celos frente a Marx”.[5]

La vida de la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia (FPTSF), por ejemplo, estaba marcada por el conflicto entre dos corrientes internas, la “posibilista”, liderada por el socialista, exanarquista, Paul Brousse (1844-1912), y aquella más cercana a las ideas de Marx, guiada por Jules Guesde (1845-1922).

En el periodo que precedió a la escisión, como consecuencia de la cual, en 1882, fueron constituidos dos nuevos partidos —la Federación de los Trabajadores Socialistas (FTSF) de tendencia reformista, y el Partido Obrero Francés (POF), el primer partido “marxista” en Francia —los dos grupos dieron vida a un durísimo enfrentamiento ideológico—. Esto comprometió inevitablemente a Marx, quien, en junio de 1880 había redactado, junto con Guesde y Lafargue, el

Programa electoral de los trabajadores socialistas, es decir la plataforma política de la izquierda francesa.

En este contexto, Brousse, y con él, Benoît Malon (1841-1893), comunero y escritor socialista, usaron todos los medios para desacreditar las teorías de Marx. Respecto a sus ásperas polémicas, Engels reprobó a Malon, quien “se esforzaba en atribuir a otros padres (¡Lassalle, Schäffle, e incluso Paepe!) los descubrimientos de Marx” y se lanzó contra los editores del semanario Le Prolétaire, quienes acusaban a Guesde y Lafargue de ser portavoces de Marx y “de querer vender los obreros franceses a los prusianos y a Bismarck”.[6]

Engels interpretó el disenso entre Malon y Brousse como un sentimiento general de chovinismo. Escribió, de hecho:

La mayor parte de los socialistas franceses se horrorizan al pensar que la nación que hace feliz al mundo con las ideas francesas y posee el monopolio —y que París, centro del iluminismo— deban, de golpe, recibir, bellas y listas, las propias ideas socialistas de un alemán, Marx. No obstante, así están las cosas y Marx es tan superior a todos nosotros por su genio, por su conocimiento científico —cuasi excesivo— y su saber fabuloso que, cualquiera que quisiera criticar sus descubrimientos, no haría sino quedar en ridículo. Esto hay que dejarlo para un tiempo todavía distante.[7]

Además de no comprender “la envidia del genio”, Engels reveló que

Lo que irrita más a los mezquinos criticones, que no cuentan para nada y quisieran ser todo, es que Marx, gracias a sus resultados teóricos y prácticos, se ha conquistado una posición que le asegura la plena confianza de los mejores elementos del movimiento obrero de los distintos países. Se dirigen a él en los momentos decisivos para pedirle consejos y, en general, encuentran que el suyo es un mejor consejo. Ocupa esta posición en Alemania, en Francia y en Rusia, por no hablar de los países más pequeños. No es entonces M[arx] quien impone su opinión a los otros, y tanto menos su voluntad; son los otros que van hacia él por su propia iniciativa. Y es de hecho esto en lo que se basa la particular

influencia de M[arx], una influencia de extrema importancia para el movimiento.[8]

En realidad, contrario a lo que afirmaban Brousse y sus seguidores, Marx no les guardaba rencor. En la misma carta a Bernstein, Engels precisa que “el comportamiento de M[arx] hacia los franceses era el mismo que hacia los otros movimientos nacionales”, con quienes “de cuando en cuando, y cuando se presentaba la ocasión”, estaba en “continuo contacto”. Como conclusión de sus reflexiones sobre esta cuestión, Engels quiso subrayar que cada intención de condicionar las opiniones de los dirigentes de primera línea hubiera creado tan sólo daño y hubiera “destruido la antigua confianza de los tiempos de la Internacional”.[9]

En Francia, por otro lado, habían creado relación con Marx, de manera independiente a Guesde y Lafargue, también otros militantes. A principios de 1881, Marx informó a su yerno Chalres Longuet de estar en contacto con Edouard Fortin, militante socialista y publicista francés:

Me ha escrito varias cartas en las que se dirige a mí llamándome “mi querido maestro”. Su pedido es más bien modesto. Mientras estudia El capital, quisiera compilar los resúmenes mensuales que, luego, gentilmente me enviaría. Cada mes, yo debería corregir y dilucidar los puntos en los que pudiese haber malentendido. Con este simple procedimiento […] tendría un manuscrito listo para la publicación y —como dice él— “inundaría Francia de un torrente de luz”.[10]

Absorbido por cuestiones de mayor importancia, Marx no pudo secundar lo solicitado y comunicó a su interlocutor que, “por falta de tiempo, no podría satisfacer su pedido”.[11] Del proyecto, por lo tanto, no se hizo más nada, pero posteriormente Fortin tradujo El 18 Brumario de Luis Bonaparte, que fue enviado a la imprenta, en francés, en 1881.

Un compendio de El capital —el tercero luego del de Johann Most (1846-1906),[12] de 1873, y del de Carlo Cafiero (1846-1892),[13] de 1879— apareció, en

cambio, precisamente en 1881, en holandés.[14] En el libro, su autor, Ferdinand D. Nieuwenhuis, realizó la siguiente dedicatoria: “A Karl Marx, agudo pensador, noble combatiente por los derechos del proletariado, el autor dedica, como señal de su más devota estima, esta obra”[15] —testimonio de un reconocimiento que, lentamente, comenzaba a recibir la obra de Marx en más países europeos.

En ocasión de la segunda edición del volumen, Nieuwenhuis se dirigió a Marx para pedirle algunas sugerencias sobre algunas modificaciones que quería introducir al texto. Marx le respondió en febrero, juzgando bueno el trabajo realizado y comentó positivamente: “los cambios que considero necesarios se refieren a una serie de detalles; la cuestión principal —su espíritu— está ya presente”.[16]

En la misma carta estaban contenidas algunas noticias de otra publicación relacionada con Marx, que apareció en Holanda. En 1879, de hecho, se había impreso una biografía suya, firmada por el publicista liberal Arnoldus Kerdijk (1846-1905), en uno de los volúmenes de la serie Los hombres de importancia de nuestros días. Anteriormente, el editor, Nicolaas Balsem (1835-1884) se puso en contacto con Marx, “pidiéndole material” para redactar su perfil, precisando que, si bien “no compartía sus opiniones, reconocía su importancia”. Marx, que “de costumbre refutaba cuestiones así”, no dio lugar al pedido. Cuando, sin embargo, leyó el texto y encontró que se le acusaba de “haber falsificado intencionalmente algunas citas”, se enfadó. Archivando el caso, comunicó a Nieuwenhuis:

Un periódico holandés me ha ofrecido sus columnas para una réplica, pero yo, por principio, no respondo a estas minucias. Tampoco en Londres he tenido en cuenta similares ladridos literarios. De otro modo, debería perder la mayor parte del tiempo en hacer rectificaciones en todas partes, desde California a Moscú. Cuando era más joven, alguna vez he reaccionado de modo vehemente, pero con la edad se hace paso la prudencia, al menos para impedir un gasto innecesario de energía.[17]

Marx había llegado ya a esta conclusión años atrás, como comprueban las declaraciones hechas por él durante una entrevista publicada, el 15 de enero de

1879, en el The Chicago Tribune: “si tuviese que refutar todo lo que ha sido dicho y escrito sobre mí, debería hacer trabajar a veinte secretarios”.[18]

Engels compartía plenamente esta decisión. En una carta a Kautsky, que se había adelantado por poco a la de Marx a Nieuwenhuis, él había asumido la misma posición respecto a sucesos parecidos que se verificaban también en Alemania. En cuanto a la enorme cantidad de insensateces y malentendidos que el economista alemán Albert Schäffle (1831-1903) y otros “socialistas de cátedra”[19] habían expresado sobre la obra de Marx, afirmó:

Pienso que es una absoluta pérdida de tiempo combatir todas las horrendas tonterías que Schäffle ha reunido en sus numerosos y voluminosos tomos. Sólo la rectificación de todas las citas falsas de El capital reportadas entre comillas de estos señores llenaría un volumen de bellas dimensiones.[20]

Engels concluyó, perentoriamente: “primero deben aprender a leer y citar, antes de pretender una respuesta a sus preguntas”.[21]

Junto con los errores producto de las pésimas interpretaciones e imprecisiones y, naturalmente, junto al ostracismo político que lo acompañaba, la obra de Marx sufrió también intentos de sabotaje. En una carta escrita a Nikolái Danielsón en febrero, después de haber leído su artículo “Notas sobre nuestra economía posreforma” (publicado en la revista Slovo, en octubre de 1880), que él juzgara “original en el mejor sentido de la palabra”, Marx recordó al colega que

A esto se debe el boicot: si usted rompe las reglas rutinarias del pensamiento, puede estar seguro de que siempre será “boicoteado”; es la única arma de defensa que en su perplejidad saben manejar los rutinarios. Yo he sido “boicoteado” en Alemania durante muchos, muchos años, y lo sigo siendo en Inglaterra, con la pequeña variante de que de vez en cuando se me dice algo tan absurdo y estúpido que me ruborizaría tenerlo públicamente en cuenta.[22]

En Alemania, de cualquier modo, durante los últimos años, la venta de su magnum opus continuaba discretamente y, en octubre de 1881, el editor Otto Meissner (1819-1902) le pidió a Marx el envío de correcciones o agregados para la reimpresión de 1872, la tercera edición.

Dos meses después, Marx confesó a su amigo Sorge que “la cosa llegaba en un momento inoportuno”.[23] De hecho, como había escrito a su hija Jenny poco tiempo antes, hubiese querido “dedicar todo su tiempo, apenas encontrara las ganas de hacerlo, únicamente para completar el segundo volumen”.[24] Repitió lo mismo a Danielsón —“desearía terminar lo antes posible el segundo tomo”—, añadiendo:

me pondré de acuerdo con mi editor para hacer la menor cantidad posible de modificaciones y agregados para la tercera edición, y que él, por su lado, imprima esta vez 1 000 ejemplares, en lugar de los 3 000 en que inicialmente había pensado. Tal vez cuando se hayan vendido […] pueda corregir el libro como lo hubiera hecho bajo otras circunstancias.[25]

Las ideas de Marx comenzaron a difundirse, si bien más lentamente que en otros lugares, también en el país en el que vivía desde 1849. En junio de 1881, Henry Hyndman dio a la imprenta el libro Inglaterra para todos, en el cual expuso los principios de lo que él consideraba el proyecto político de la Federación democrática. Dos de los ocho capítulos que lo componían —titulados, respectivamente, “Trabajo” y “Capital”— fueron compuestos traduciendo algunos fragmentos de El capital o parafraseando algunas de sus partes. Sin embargo, su autor, quien desde fines de 1880 había comenzado a frecuentar Maitland Road Park[26] y estaba trabajando en un artículo donde resumiría las teorías de Marx, en Inglaterra para todos no mencionó su nombre, ni citó El capital. Hyndman se limitó a declarar, en la última frase del breve prefacio de su libro, que “para las ideas y para muchas de las cuestiones contenidas en los capítulos II y III, [estaba] en deuda con el trabajo de un gran pensador y escritor original, quien —estoy convencido— estará prontamente accesible a la mayoría de mis compatriotas”.[27]

Marx, quien tuvo conocimiento de este trabajo luego de su publicación, quedó

sorprendido y contrariado, incluso porque los extractos no estaban “citados entre comillas y separadas del resto, que presentaba numerosas insensateces, dando lugar a varios malentendidos”. Fue así como, al principio de julio, le dirigió estas palabras:

Confieso que me ha sorprendido un tanto que usted haya llevado rigurosamente en secreto el proyecto de publicar, con algunas variaciones, el artículo rechazado por la revista Nineteeth Century, posteriormente desarrollado, como capítulos II y III de Inglaterra para todos, vale decir como su programa de fundación de la Federación.[28]

Marx volvería al altercado con Hyndman en una carta a Sorge, escrita a fines de 1881, en la cual informó las “razones más bien ridículas”[29] que el socialista londinense había provisto como justificación de su comportamiento:

Este señor me ha escrito estúpidas cartas de escusa, afirmando, por ejemplo, que “los ingleses no aman tomar lecciones de un extranjero”, que “mi nombre era tan impopular”, etc. A pesar de todo eso, su librito —mientras sea robado de El capital— es una buena propaganda, aunque este hombre sea un sujeto “débil” y muy lejano para tener la paciencia (que es el primer presupuesto para aprender cualquier cosa) de estudiar a fondo cualquier materia.[30]

Este episodio fue motivo de ruptura entre los dos, y Marx calificó a Hyndman como un típico “escritor burgués que demostraba un gran deseo de hacer dinero, fama o negocio político con cualquier idea nueva con la que se tropieza por pura casualidad”.[31] El motivo de la dureza de las palabras de Marx no fue, ciertamente, la desilusión por no haber visto aparecer su nombre, considerando que él estaba

Decididamente convencido que citar El capital y a su autor habría sido un importante error. En los programas de partido se debería evitar todo lo que haga suponer una clara dependencia de un autor o libro particular. Permítame agregar

que no se trata tampoco del lugar oportuno para nuevas elaboraciones científicas como las que usted ha tomado prestadas de El capital, las cuales están completamente fuera de lugar en la exposición de un programa con cuyos objetivos declarados no tienen nada en común. Su introducción sería, quizá, adecuada para la exposición de un programa para la fundación de un partido obrero autónomo e independiente.[32]

Su hostilidad, junto con la reacción por la falta de estilo de Hyndman, tenía, sobre todo, un móvil: impedir que El capital fuese usado por un proyecto político en abierto contraste con las ideas contenidas en él.[33]

Las diferencias políticas entre Marx y Hyndman eran, de hecho, profundas. Este último no era para nada partidario de la idea de que el poder debiese conquistarse mediante la acción revolucionaria; optaba, por el contrario, por una posición que connotaría, posteriormente, al reformismo inglés, es decir que el cambio podría realizarse por la vía pacífica y el gradualismo. En febrero de 1880, él había escrito a Marx que entendía que "cada hombre inglés debería participar de la próxima movilización, política y social, sin conflictos problemáticos y peligrosos".[34]

Por otra parte, Marx, que era contrario a todo esquematismo preconcebido, a fines de 1880 había replicado que su "partido consideraba la revolución inglesa no inevitable, pero, dados los antecedentes históricos, posible". La expansión del proletariado habría vuelto la "evolución" de la cuestión social "inevitable", si ésta

se transformará en revolución, eso dependerá no sólo de las clases dominantes, sino también de la clase obrera. Cada concesión pacífica a las clases dominantes le ha sido arrancada con una "presión externa". Su acción ha seguido el paso de tales presiones y, si esta última se ha debilitado progresivamente, esto ha sucedido tan sólo porque la clase obrera inglesa no sabe cómo ejercitar la propia fuerza, ni cómo utilizar la propia libertad, dos cosas que posee legalmente.[35]

Junto con este juicio de la realidad inglesa, él continuó con una comparación sobre lo que sucedía en Alemania. En su país de nacimiento, de hecho,

La clase obrera ha sido plenamente consciente, desde el inicio de su movimiento, que sólo sería posible liberarse del despotismo militar con una revolución. Contemporáneamente, esta última ha comprendido que tal revolución, incluso en caso de un éxito inicial, al final se le habría vuelto en contra, en ausencia de una organización ya existente, de conocimientos, de propaganda […] Por eso ésta se ha movido dentro de los límites estrictamente legales. La ilegalidad ha sido toda de parte del gobierno, que la ha declarado fuera de la ley. Sus crímenes no eran hechos, sino opiniones contrarias a sus gobernantes.[36]

De estas consideraciones, una vez más, se puede confirmar que para Marx la revolución no era una mera y rápida alteración del sistema, sino un proceso largo y complejo.[37]

Las ideas de Marx, si bien generadoras de polémicas y de duras confrontaciones, comenzaban a producir efectos también en Inglaterra, de modo que, a finales de 1881, en una carta a Sorge, Marx observó que "en los últimos tiempos, los ingleses se estaban dando cada vez más cuenta de El capital ".

En octubre, de hecho, The Contemporary Review había publicado un artículo con el título El socialismo de Karl Marx y los jóvenes hegelianos.[38] Marx definió este texto "muy imperfecto, lleno de errores", aunque reconoció que éste representaba una señal de interés. Sarcásticamente, añadió que aquél era "benévolo", dado que su autor, John Rae (1845-1915), "no supone que, en los cuarenta años que llevo difundiendo mis perniciosas teorías, yo haya sido instigado por 'malos' motivos". Divertido, Marx concluyó: "¡alabemos su magnanimidad!"

Pese a este contexto, mucho más favorable, el comentario de Marx sobre la calidad de todas estas publicaciones fue lapidario: "Parece que la benevolencia de enterarse usted mismo, al menos suficientemente, del tema que critica, es algo bastante desconocido para los hombres de letras del filisteísmo británico".[39]

Otra revista inglesa, Modern Thought, dedicó a Marx un tratamiento más respetuoso y propenso a reconocer el rigor científico de su trabajo. En el número de diciembre, el periodista y abogado Ernest Belford Bax (1854-1926) escribió un artículo en el que definió El capital como un libro que "constituye la realización de una doctrina económica comparable, por su carácter revolucionario y su importancia en gran escala, al sistema copernicano en astronomía o a la ley de gravedad en la mecánica".[40]

Deseando lo más pronto la traducción al inglés, Bax no sólo consideró que El capital “fuese uno de los libros más importantes del siglo”, sino que alabó incluso el estilo —igualado sólo al de “Schopenhauer por su fascinación y verve”, su “humour” y la capacidad de hacer “legibles y comprensibles los principios más abstractos”.[41]

Marx comentó satisfecho que se trataba de la “primera publicación inglesa de su tipo animada de un verdadero entusiasmo por nuevas ideas y que se enfrenta audazmente al filisteísmo británico”. El observó que había “mucho de incorrecto y de confuso [...] en la exposición de [sus] principales teorías económicas y [... en las] citas traducidas de El capital”, aunque elogió el esfuerzo del autor y se complació no poco, desde el momento en que la publicación del artículo había “producido gran sensación [y había sido] anunciado, en letras mayúsculas, en los carteles colgados en las paredes del West End”,[42] en el extremo occidental de Londres.

En continuidad con lo sucedido en los años setenta, la difusión del pensamiento de Marx prosiguió, entonces, en el decenio siguiente. Sus ideas no circulaban, como sucedía en el pasado, tan sólo en un reducido círculo de militantes y seguidores políticos, sino que comenzaron a recibir una atención más vasta. El interés por Marx no se manifestó sólo por sus textos políticos —como, por ejemplo, el Manifiesto del Partido Comunista y las resoluciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores— sino que se extendió, para gran satisfacción de su autor, a su principal contribución teórica: la crítica de la economía política. Las teorías contenidas en El capital, de hecho, comenzaron a ser discutidas y apreciadas en diversos países europeos y, tan sólo pocos años después, utilizando una expresión que se hizo célebre, Engels no dudó en definir la obra de su amigo como “la Biblia de la clase obrera”.[43] Quién sabe si Marx, quien fue siempre contrario a los textos sagrados, habría apreciado el uso de esta expresión.

2. EL CARRUSEL DE LA VIDA

En las primeras semanas de junio de 1881, las condiciones de salud de Jenny von Westphalen se habían agravado. Su “constante pérdida de peso y de fuerzas” eran señales alarmantes y la terapia no era siempre eficaz. El doctor Bryan Donkin la convenció de alejarse del clima de Londres, con la intención de hacerla restablecerse en vista de su próximo viaje a París, en donde hubiese querido volver a abrazar a su hija Jenny Longuet y a sus queridos nietos. Fue por esta razón que Marx y su mujer decidieron viajar a Eastbourne, pequeña ciudad de Sussex situada en el canal de la Mancha.

Dado que, en el mismo periodo, tampoco Marx gozaba de buena salud, era de esperarse que las jornadas en el mar, además de consentirle estar, como era su deseo, lo más posible junto a su mujer, pudiesen serle útiles a él también. Ante tal eventualidad, Engels habló con Jenny Longuet, a quien escribió, en la segunda mitad de junio, que “el cambio de aire [sería] asimismo benéfico para el Moro.[44] Él también necesita recuperar la voz, aunque ahora, luego que su tos nocturna ha mejorado un poco, consigue descansar al menos”.[45] Marx había hablado de lo poco brillante de su condición también con su amigo Sorge, a quien, el 20 de junio, poco antes de partir, le había confiado “desde hace más de seis meses, sufría de tos, enfriamiento y dolores reumáticos, que raramente le permitían salir y le llevaban al aislamiento”.[46]

Marx y su mujer se trasladaron a Eastbourne hacia finales del mes de junio y permanecieron cerca de tres semanas. El costo de la estadía, así como de las curas medicinales que fueran necesarias, fueron sostenidas por Engels que, también en este caso, ayudó a Marx y a su familia y, en julio, tranquilizó a su amigo: “en este momento, puedes tener de 100 a 200 libras esterlinas; se trata de saber si las quieres todas de una vez, cuántas quieres allá y cuántas quieres aquí”.[47]

Por turnos, sus hijas Laura y Eleanor viajaron para hacer una visita a sus padres, para pasar el tiempo juntos y proveerles consuelo.[48] Sin embargo, las condiciones de Jenny von Westphalen no mejoraban y, como ella misma pudo

escribir a Laura: “no obstante el ambiente favorable no me siento mejor de hecho y […] además estoy reducida a moverme en una silla de ruedas, cosa que yo —caminadora por excelencia— habría juzgado indigna de mí pocos meses atrás”.[49]

De regreso a Londres, Jenny von Westphalen fue visitada nuevamente por el doctor quien, encontrándola mejorada, consintió en atender a su deseo de poder abrazar de nuevo, después de cinco meses de distancia, a la familia y a sus nietos. En esta ocasión, Marx envió “5 esterlinas”, a su hija Jenny, para que ella pudiese “pagar al contado el alquiler de las sábanas”, condición inamovible que le había impuesto para acceder a su invitación para hospedarse en su casa. Agregó, además, sin dar lugar espacio a la réplica, que “el resto lo pagaría a su arribo”.[50]

El 26 de julio, Marx y su mujer, acompañados por Helene Demuth, desembarcaron en Francia y se dirigieron a Argenteuil, un barrio residencial de París donde vivía Jenny. Apenas llegaron, Marx quiso conocer al médico de familia de los Longuet, el doctor Gustave Dourlen, que se expresó bien predispuesto a seguir la situación de Jenny von Westphalen. Como informó a Engels, durante el “primer día” de su estadía, “el viejo Nick” fue, con suma alegría, “legítimamente secuestrado por los niños”.[51] Marx era llamado por su familia con este sobrenombre, usado alternativamente a “el Moro”. Con el apodo Old Nick —que en la jerga inglesa significaba “viejo diablo”— solía firmar, sobre todo en los últimos años de vida, las cartas dirigidas a sus hijas, a Engels y a Paul Lafargue, seguramente divertido, además de complacido, por el parangón con esta figura.[52]

La noticia del regreso de Marx a Francia, en realidad por motivos estrictamente personales, había levantado sospechas. Longuet había incluso especulado que, apenas tuviesen conocimiento, “los anárquicos le atribuirían intenciones malignas de maniobras electorales”. Longuet, luego de asegurarse, a través de su amigo Georges Clemenceau, que Marx no tenía “absolutamente nada que temer de parte de la policía”[53] francesa, había tranquilizado a su suegro. De su llegada, su hija Eleanor, había avisado, a sus espaldas, a Carl Hirsch, corresponsal parisino de la prensa socialdemócrata alemana, de tal modo que, divertido por tales circunstancias, Marx declaró que su presencia “era un secreto de Polichinela”.

Engels, que entre tanto se había establecido por algunas semanas en Birdlington,

en Yorkshire, alegre y satisfecho por estas noticias, recordó a su amigo, con su acostumbrada y atenta delicadeza, que siempre podía contar con su ayuda: “tengo conmigo dinero; si tienes necesidad de algo, no te hagas problemas y hazme saber la suma necesaria. A tu mujer no puede ni debe faltarle nada. Debe tener todo lo que desee o que pienses que le gustaría”. Y, como era parte del espíritu de la amistad entre ambos, le hizo saber a Marx que en aquellos días se dedicaba a uno de sus placeres favoritos: “aquí no podemos dejar de beber la cerveza alemana, la Bitter ale, y tomar un pequeño café sobre el muelle, es excelente y tiene una buena capa de espuma como la cerveza alemana”.[54]

Del otro lado del canal de la Mancha, sin embargo, Marx no atravesaba un buen momento. Le agradeció a Engels por su ayuda: “es para mí muy penoso recurrir pesadamente a tu portafolio, pero la anarquía de los últimos años ha alterado el balance familiar produciendo deudas atrasadas de toda especie que pesan sobre mí desde hace un tiempo”.[55] Después de eso, lo actualizó sobre la situación de su mujer: “día a día, aquí vivimos las mismas vicisitudes que en Eastbourne, con la sola diferencia que, de improviso, le ocurren dolores terribles”, casos en los que el doctor Dourlen le suministraba opiáceos. Marx no le escondió su grave preocupación: “las ‘mejorías’ temporales, no detienen el curso natural de la enfermedad, pero crean ilusiones a mi mujer y —a pesar de mis protestas— consolidan en Jenny [Longuet] la idea de que nuestra estancia […] deba durar lo más posible”.

Estos continuos sube y baja, entre esperanzas y temores, habían incidido no poco en su propia salud, comprometiendo incluso sus momentos de reposo: “ayer ha sido la primera noche en la que he dormido de modo casi decente”. Afirmó sentir: “la cabeza atontada como si me triturara un molinillo” y por esta razón no había “ido todavía a París y no había escrito siquiera una línea”[56] a los compañeros de la capital para invitarlos a reunirse con él en la casa de su hija.[57] La primera visita en la capital francesa fue el 7 de agosto. Jenny von Westphalen estaba muy feliz; a Marx —que estuvo ausente de la ciudad desde el lejano 1849 — le dio “la impresión de una feria permanente”.[58] Cuando llegaron a Argenteuil, Marx escribió a Engels que había intentado convencer a su mujer de volver a Londres, temiendo que la situación pudiese precipitarse. Como respuesta prevaleció el sentimiento materno y, queriendo permanecer lo más posible junto a su hija, les había jugado “la jugarreta de enviar a lavar un montón de ropa interior”[59] para que le fuese devuelta tan sólo al inicio de la semana siguiente.[60] Concluyendo su carta, Marx lo puso al corriente de su estado de salud: “es extraño decirlo, pero, a pesar de que mi sueño nocturno sea

maldecidamente escaso y mis jornadas atormentadas por las preocupaciones, todos dicen que tengo un buen aspecto y en efecto es así”.[61]

Fue otro, en cambio, el acontecimiento doloroso que les obligó a dejar, precipitadamente, Francia. El 16 de agosto, Marx recibió la noticia de que Eleanor estaba gravemente enferma. Se trasladó inmediatamente a Londres, donde se reunió, dos días después, con su mujer y Helene Demuth.

Cuando volvió a casa, Marx debió afrontar una nueva terrible emergencia: el estado de extrema depresión nerviosa[62] en el que había caído su hija Tussy —era éste el diminutivo afectivo con el que llamaba a su hija menor—. Angustiado por su “aspecto pálido y demacrado y [porque] no comía (literalmente) casi nada durante la semana”, Marx comentó sus pésimas condiciones a Jenny, a quien le contó que su hermana estaba atormentada por un “insomnio continuo, temblores en las manos y espasmos nerviosos en el rostro”.[63] A Marx lo sostenían, por fortuna, los recuerdos de las bellas semanas transcurridas, a pesar de todo, en Argenteuil, “el placer contigo y con los queridos niños me ha procurado más alegría de la que hubiese podido encontrar en ningún otro lugar”.[64]

Apenas un día después de esta carta, él recibió la noticia desde Argenteuil de que “Longuet y el pequeño Harry se [habían] enfermado”. Marx comentó con Engels: “en este momento, en mi familia son todas desgracias”.[65] La sucesión de desventuras, dramas y tribulaciones parecía destinada a no terminar más.

3. LA MUERTE DE SU ESPOSA Y EL REGRESO AL ESTUDIO DE LA HISTORIA

El cuidado a su hija Eleanor, que absorbió muchas energías durante la segunda parte del verano, y, sobre todo, el curso de la enfermedad de Jenny von Westphalen, que "se precipitaba cada día más hacia la catástrofe",[66] interrumpieron del todo las relaciones sociales de la familia Marx. Al principio del mes de octubre, en una carta dirigida a Minna Kautsky (1837-1912), exactriz, y en ese tiempo, escritora de novelas comprometidas socialmente, Marx se excusó por no haberla podido invitar a Londres, a causa de la "terrible, y me temo fatal, enfermedad de mi mujer [que ha] interrumpido mis relaciones con el mundo externo".[67] A Karl Kautsky, hijo de Minna, el mismo día, le había comunicado: "soy un enfermero".[68] En este periodo, Marx retomó el estudio de las matemáticas. La particular modalidad con la que se dedicaba a esta materia fue ilustrada por su yerno Lafargue:

Además de los poetas y novelistas, Marx todavía contaba con otro medio muy extraño para descansar mentalmente; se trataba de la matemática, por la cual mostraba una especial predilección. El álgebra le despertaba incluso un consuelo moral, y a ella se dedicaba en los momentos dolorosos de su agitada vida. Durante la última enfermedad de su esposa le resultó imposible dedicarse de forma habitual a sus trabajos científicos; sólo podía huir de la presión que los sufrimientos de su compañera ejercían en su estado de ánimo refugiándose en las matemáticas. Durante esa época de dolor espiritual redactó su trabajo sobre el cálculo infinitesimal. […] En la matemática superior volvió a encontrar el movimiento dialéctico en su forma más lógica y a la vez sencilla.[69]

A mitad de octubre, la salud de Marx, resentida por la gravedad de las vicisitudes familiares, vaciló nuevamente; fue golpeado por una fuertísima bronquitis que le generó una seria inflamación de la pleura. Esta vez fue Eleanor quien pasó todo

el tiempo al lado del padre asistiéndolo, para conjurar el peligro de una pulmonía. Impidió también a su hermana alcanzarla desde Argenteuil.[70]

Engels, seriamente preocupado por el estado de su amigo, escribió a Bernstein el 25 de octubre: “desde hace 12 días Marx está en cama a causa de una bronquitis con todo tipo de complicaciones, apenas el domingo —tomando las debidas precauciones— ha sido conjurado el peligro”.[71] Algunos días después, él informó también a su amigo de larga data Johann Becker (1809-1866), a quien, describiendo el estado de salud de su amigo común, comentó: “consideradas su edad y sus condiciones generales de salud, no es, de hecho, un divertimento. Por fortuna, lo peor ha pasado […] aunque ahora está obligado a transcurrir la mayor parte de la jornada en cama y está muy decaído”.[72]

Un nuevo boletín médico, dirigido a Bernstein, fue enviado a fines de noviembre. Engels reportó que Marx estaba “aún muy débil, no [podía] dejar su habitación, ni trabajar seriamente. Sin embargo, evidentemente, se estaba recuperando”.[73] Mientras tanto, se verificó un “acontecimiento externo que había contribuido, en alguna medida, a alegrarlo: […] el resultado de las elecciones”. El 27 de octubre de 1881, de hecho, los socialdemócratas obtuvieron más de 300 000 votos en las elecciones para el nuevo parlamento. Un hecho de proporciones únicas en Europa.[74]

También Jenny von Westphalen estaba muy contenta por este suceso, que le procuró una de sus últimas alegrías. Las semanas sucesivas a esta noticia, de hecho, transcurrieron para ella en condiciones terribles: “para darle un poco de alivio”, así como había sugerido el doctor Donkin, era transportada continuamente, “con las sábanas, de la cama al sofá”[75] y viceversa. Además, a causa de los fuertes dolores, era sedada con inyecciones de morfina. Eleanor, recordó, luego, el gran sufrimiento de aquel periodo:

En la gran habitación delantera yacía nuestra madrecita y en el pequeño cuarto contiguo estaba Mohr. […] [El] logró superar una vez más la enfermedad. Jamás olvidaré aquella mañana en la que se sintió lo suficientemente restablecido para ir al cuarto de madrecita. De nuevo se sintieron jóvenes, ella una muchacha amante y él un joven amante, que entraban juntos en la vida, y no un anciano destrozado por la enfermedad y una mujer moribunda que se despedían mutuamente de la vida.[76]

El 2 de diciembre de 1881, en el umbral de sus sesenta y ocho años, Jenny von Westphalen, la mujer que durante toda su existencia había estado junto a Marx, compartiendo privaciones y pasión política, murió por un cáncer de hígado.

Para Marx fue una pérdida irremediable. Por primera vez desde 1836, cuando, con apenas dieciocho años, se había enamorado de ella, se dio cuenta de haberse quedado solo, sin "la mirada que despertaba los recuerdos más grandes y dulces de su vida"[77] y privado de su "más grande tesoro".[78]

Para no comprometer adicionalmente su frágil condición, a Marx no le fue concedido ni siquiera ir al funeral: "la prohibición del médico de participar en la sepultura fue inflexible" —contó tristemente a su hija Jenny—. Él se "resignó a respetar esta orden" pensando en las palabras que su esposa había pronunciado a la enfermera antes de morir a propósito de las formalidades a atender: "no somos personas que damos valor a las exterioridades".[79] En las exequias de Jenny von Westphalen tomó parte, en cambio, Engels —definido por Eleanor "de una devoción y una gentileza indescriptibles"—[80] quien, en su discurso fúnebre, quiso recordar "si alguna vez ha existido una mujer cuya máxima alegría consistía en hacer felices a los otros, ésta era ella".[81]

Después de la pérdida de su esposa, además del sufrimiento del alma, se sumó la del cuerpo. Las curaciones a las que debió someterse eran muy dolorosas, aunque afrontadas con espíritu estoico. De ellas se refirió así Jenny:

Todavía debo untarme yodo sobre el pecho y la espalda y eso, cuando se repite regularmente, produce una inflamación sobre la piel más bien fastidiosa y dolorosa. Tal operación, que se hace sólo para prevenir una recaída durante la convalecencia (ahora finalizada, aparte de una pequeña tos), en este momento me rinde un gran servicio. Contra el dolor del ánimo hay un solo antídoto eficaz: el dolor físico. ¡Compara el fin del mundo de una parte y un hombre con fuerte dolor de dientes de otra![82]

Su salud empeoró tanto que, como escribió a su amigo, y economista ruso, Nikolái Danielsón, en uno de sus momentos más críticos estuvo "cerca de

‘volverle las espaldas a este mundo miserable’”, agregando que los médicos querían “enviar[lo] al sur de Francia o incluso a Argelia”.[83] Marx, cuya recuperación fue larga y compleja, fue obligado a permanecer “clavado a la cama” por varias semanas, “obligado al confinamiento domiciliario”, como escribió al compañero Sorge, y bien consciente por lo que estaba atravesando: “perder del todo una cierta cantidad de tiempo para los ‘ejercicios’ de la curación”.[84]

No obstante la sucesión de estos dramas familiares y de las enfermedades, entre el otoño de 1881 y el invierno de 1882, destinó gran parte de sus energías intelectuales a los estudios históricos. Marx preparó, de hecho, una cronología razonada, en la cual hizo una lista, año por año, de los principales eventos políticos, sociales y económicos de la historia mundial, ocurridos desde el siglo I a.C., resumiendo las causas y características sobresalientes. Adoptó el mismo método que había usado para la redacción de las Notas sobre la historia india (664-1858),[85] los apuntes elaborados, entre el otoño de 1879 y el verano de 1880, basado en el libro La historia analítica de la India [1870] de Robert Sewell (1845-1925). De este modo, él quiso, una vez más, confrontar los fundamentos de sus concepciones con los eventos reales que habían configurado la suerte de la humanidad. Marx no se centró tan sólo en las transformaciones productivas, sino que, renunciando a cualquier determinismo económico, se concentró con gran extensión y atención, sobre la cuestión decisiva del desarrollo del Estado moderno.[86] Para elaborar esta cronología, junto con algunas fuentes menores que fueron señaladas en sus apuntes, Marx utilizó sobre todo dos textos. El primero fue la Historia de los pueblos de Italia [1825], de Carlo Botta (1766-1837), publicado en tres volúmenes en francés, cuando éste tuvo que abandonar Turín en 1814, debido a la persecución del gobierno de Sabaudo, restableciéndose en Piemonte luego de la derrota de Napoleón Bonaparte. El segundo fue la Historia mundial para el pueblo alemán [1844-1857] que, publicado en Frankfurt, en 18 volúmenes, tuvo un gran éxito y una notable divulgación. Con base en estas dos obras, Marx completó cuatro cuadernos. Los resúmenes, a veces intercalados con muy breves comentarios críticos, fueron escritos en alemán, inglés y francés.[87]

En el primero de éstos, él clasificó, en orden temporal y en un total de 143 páginas, algunos de los mayores sucesos desde el 91 a.C. hasta 1370. Marx comenzó desde la historia de la antigua Roma, para luego dar cuenta de la caída del Imperio romano, la importancia histórica de Carlomagno (742-814), el papel de Bizancio, las repúblicas marítimas italianas, el desarrollo del feudalismo, las

Cruzadas y una descripción de los califatos de Bagdad y Mosul. En el segundo cuaderno, de 145 páginas y con anotaciones que van de 1 308 a 1 469, como temas principales fueron tratados los progresos económicos ocurridos en Italia[88] y la situación política y económica alemana entre los siglos XIV y XV; mientras que en el tercero, en las 141 páginas relativas a la época 1470-1580, Marx se ocupó de la confrontación entre Francia y España, de la República florentina en los tiempos de Girolamo Savonarola (1452-1498) y de la Reforma protestante de Martín Lutero (1483-1546). Además, en el cuarto cuaderno, de 117 páginas, él resumió la gran cantidad de conflictos religiosos acontecidos en Europa de 1577 a 1648.[89] Junto con los cuatro cuadernos conteniendo extractos de las obras de Botta y de Schlosser, Marx redactó también otro con las mismas características, que se considera contemporáneo de los otros y parte de la misma investigación. En esta libreta, sobre la base del escrito Historia de la República de Florencia [1875] de Gino Capponi (1792-1876), él eligió las mismas noticias de 1135 a 1433, y recabó nuevas notas relativas a la época 449-1485, haciendo uso de la Historia del pueblo inglés [1877], de John Green (1837-1883). El estado oscilante de su salud no le permitió ir más allá; sus apuntes se frenaron en la crónica de la paz de Westfalia en 1648, es decir en la firma de los tratados que pusieron fin a la guerra de los Treinta Años.

Cuando la situación de Marx mejoró, era necesario hacer todo lo posible para “conjurar el riesgo de una recaída”.[90] Acompañado por su hija Eleanor, el 29 de diciembre de 1881, Marx se trasladó a Ventnor, una apacible localidad de la isla de Wight, donde ya había estado otras veces en el pasado. Le habían aconsejado ir allí por el “clima cálido y el aire seco”, con la esperanza de que ambas cosas contribuyeran a su “completo restablecimiento”.[91] Antes de partir, escribió a su hija Jenny: “mi querida niña, el mejor favor que puedes hacerme es curarte. Espero poder vivir aún buenos días junto a ti y de cumplir dignamente con mis funciones de abuelo”.[92]

En Ventnor, Marx pasó las dos primeras semanas de 1882. Para poder pasear, sin demasiados esfuerzos, y estar “menos dependiente del clima”, estuvo obligado a usar, “en caso de necesidad”, un respirador, cuyo uso lo parangonó al de un “bozal”.[93] Ni en circunstancias así de difíciles, Marx renunció jamás a su ironía y con su hija Laura comentó que el gran énfasis con el que, en Alemania, los diarios burgueses habían anunciado “la muerte, o como sea su ineluctable aproximación”, le había “divertido mucho”.[94]

En los días que pasaron juntos, la convivencia entre padre e hija fue muy

complicada. Eleanor, oprimida por el peso de sus cuestiones existenciales irresueltas, estaba aún profundamente inquieta, no conseguía dormir y estaba atormentada por el miedo de que su crisis nerviosa pudiese de nuevo empeorar dramáticamente. A pesar del enorme amor que tenían el uno por el otro, en esos días experimentaron mucha dificultad para comunicarse, el primero “enojado y ansioso” y la segunda “antipática e insatisfecha”.[95]

Las pésimas condiciones físicas de Marx y los problemas de relación con su hija no le impidieron continuar con el seguimiento de las principales noticias de la actualidad política. Luego de un discurso brindado por el canciller alemán frente al parlamento, en el cual no pudo ocultar la gran desconfianza con que los trabajadores habían recibido la propuesta del gobierno,[96] Marx escribió a Engels: “considero una gran victoria, no sólo directamente para Alemania, sino en general para el exterior, que Bismarck haya admitido delante del Reichstag que los obreros alemanes prácticamente se hayan burlado de su socialismo de Estado”.[97]

Después de su regreso a Londres, la bronquitis que se volvió crónica lo obligó a consultar de nuevo, con sus familiares, al doctor Donkin, cuál sería el clima más favorable para el restablecimiento de su salud. Para lograr una curación completa se necesitaba la estadía en un lugar cálido. La isla de Wight no había funcionado. Gibraltar no era una alternativa, ya que para entrar ahí necesitaba un pasaporte y, apátrida como era, no lo tenía. El imperio de Bismarck, además de mantener la prohibición para él, estaba cubierto de nieve; mientras que Italia estaba fuera de consideración dado que, como afirmó Engels: “la primera prescripción para los convalecientes es evitarse molestias de la policía”.[98]

Con el apoyo del doctor Donkin y de Paul Lafargue, Engels convenció a Marx de dirigirse a Argel, la cual gozaba, en aquel tiempo, de una buena reputación entre quienes, para huir del rigor de los meses más fríos del año, podían permitirse refugiarse.[99] Como recordó su hija Eleanor, la motivación para emprender ese insólito viaje fue su antigua obsesión: completar El capital. Ella escribió, de hecho

Su estado general de salud iba empeorando cada vez más. Si hubiera sido más egoísta, habría dejado que todos los asuntos siguieran su propio curso. Sin embargo, para él había algo por encima de todo: su entrega a la causa. Intentaba

completar su gran obra, y por ello creyó oportuno realizar una vez más un viaje de recreo.[100]

Marx partió el 9 de febrero y, en su camino al Mediterráneo, hizo una parada en Argenteuil, en casa de su hija Jenny. Dado que su estado de salud de hecho no mejoraba, después de apenas una semana había decidido partir solo a Marsella, convenciendo a Eleanor de que no lo acompañase. Comentó a Engels, en efecto: "por nada del mundo quisiera que la pequeña pensase estar inmolada sobre el altar de familia como una enfermera".[101] Después de haber atravesado toda Francia en tren, arribó a la capital de Provenza el 17 de febrero. Marx adquirió inmediatamente el boleto de la primera nave que partía para África,[102] y al día siguiente, en una ventosa tarde de invierno, hizo la fila junto con los otros pasajeros que intentaban embarcarse en el puerto de Marsella. Consigo tenía un par de valijas, en las que había apiñado algunas vestimentas pesadas, medicinas y algunos libros. El barco de vapor Said zarpó a las cinco de la tarde para Argel,[103] donde Marx se estableció por 72 días, el único periodo de su vida alejado de Europa.

▪

[1] Esta expresión fue usada por primera en 1846, a propósito de las divergencias entre Marx y el comunista alemán Wilhelm Weitling (1808-1871) y fue empleada posteriormente también en los debates del proceso de Colonia contra los comunistas del 1852. Cf. Maximilien Rubel, Marx critique du marxisme, París, Payot, 1974, p. 26, nota 2.

[2] Tal apelativo apareció por primera vez en 1854, cf. Georges Haupt, Aspects of International Socialism, 1871-1914, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 2.

[3] Hyndman observó correctamente que "en 1880 Marx era casi desconocido para el público inglés, excepto como peligroso y desesperado defensor de la

Revolución, cuya organización de la Internacional había sido una de las causas de la terrible Comuna de París, que producía escalofríos a todas las personas honradas y honorables y en la que pensaban con terror”, Henry Hyndman, en Hans Magnus Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 386.

[4] Karl Kautsky, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 416. Cf. Marcello Musto, Ripensare Marx e i marxismi, Roma, Carocci, 2011, pp. 189-198.

[5] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 25 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 146.

[6] Ibid., p. 117.

[7] Ibid.

[8] Ibid., p. 119.

[9] Ibid.

[10] Karl Marx a Charles Longuet, 4 de enero de 1881, en MECW, vol. 46, p. 55.

[11] Ibid.

[12] Cf. Johann Most, Kapital und Arbeit. Ein populärer Auszug aus ‘Das Kapital’ von Marx, Chemnitz, 1873, en MEGA², vol. II/8, pp. 735-800.

[13] Cf. Carlo Cafiero, Il capitale di Karl Marx, Roma, Editori Riuniti, 1996.

[14] Ferdinand Nieuwenhuis, Kapitaal en Arbeid, s.e., Den Haag, 1881.

[15] Ibid., p. 3.

[16] Karl Marx a Ferdinand Nieuwenhuis, 22 de febrero de 1881, en MECW, vol. 46, p. 65.

[17] Ibid.

[18] s.n. ‘[Account of Karl Marx’s Interview with the Chicago Tribune Correspondent]’, Chicago Tribune, 5 de enero de 1879, en MECW, vol. 24, p. 577.

[19] Friedrich Engels a Karl Kautsky, 1 de febrero de 1881, en MECW, vol. 46, p. 56.

[20] Ibid., p. 57.

[21] Ibid.

[22] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 19 de febrero de 1881, en Karl Marx, Nikolái Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), México, Siglo XXI, 1981, p. 174.

[23] Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 161.

[24] Karl Marx a Jenny Longuet, 7 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 158.

[25] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 13 de diciembre de 1881, en Karl Marx, Nikolái Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), cit., p. 174.

[26] En la correspondencia de Marx hay un par de referencias al “pedante Hyndman”, anteriores y posteriores al final de su informe, que demuestran cómo Marx fue siempre bastante crítico en relación con esa persona. Véase, por ejemplo, Karl Marx a Jenny Longuet, 11 de abril de 1881, “anteayer… invasión por sorpresa de Hyndman y consortes, que ambos poseen la habilidad de asentarse. La mujer me es muy simpática por su modo brusco, no convencional y decidido de pensar y hablar. ¡Pero es divertido ver con que admiración está pendiente del habla de su vanidoso y charlatán marido!”, en MECW, vol. 46, p. 82. Algunos meses después del conflicto que puso fin a sus relaciones, Marx comentó a Sorge: “Este hombre me ha robado varias tardes, haciéndome hablar y aprendiendo, así, del modo más fácil”, Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 163.

[27] Henry Hyndman, England for All, Nueva York, Barnes & Noble, 1974, p. xxxviii.

[28] Karl Marx a Henry Hyndman, 2 de julio de 1881, en MECW, vol. 46. Se trata de la primera redacción de la carta, conservada por Marx. Hyndam, confirmando su mediocre talla humana y su carácter infantil, escribió: "destruí gran parte de las cartas que me enviara Marx, después de nuestras [!] divergencias", Henry Hyndman, Record of an Adventurous Life, Londres, Macmillan, 1911, p. 283. Jenny von Westphalen había ya previsto todo, cuando en Eastbourne, el 2 de julio de 1881, escribiera a la hija Laura: "El sábado el soso Hyndman ha recibido un golpe inesperado. No creo que muestre la carta. Está formulada con gran dureza, pero con tal argucia que la cólera apenas se transparenta. Creo que, en su redacción, el Moro se expresó de un modo muy logrado", en Yvonne Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, vol. 1, Londres, Virago, 1979, p. 211.

[29] Karl Marx a Henry Hyndman, 2 de julio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 102.

[30] Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 163.

[31] Ibid. Posteriormente, Hyndman incluso contactó a Engels, que le escribió a fines de marzo de 1882: "Estaré encantado de conocerlo personalmente, apenas usted se haya organizado con mi amigo Marx que, por lo que veo, usted puede ahora permitirse citar", Friedrich Engels a Henry Hyndman, 31 de marzo de 1882, ibid., p. 228. Marx comentó: "Está muy bien si tu breve carta lo ha irritado, visto que su desfachatez hacia mí contaba con el hecho de que, por 'motivos de propaganda', no habría podido comprometerlo en público", Karl Marx a Friedrich Engels, 8 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 234.

[32] Karl Marx a Henry Hyndman, 2 de julio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 103.

[33] Cf. Emile Bottigelli, La rupture Marx-Hyndman, en Annali dell'Istituto Giangiacomo Feltrinelli, III, 1960: "Las causas de la ruptura no son personales o las relacionadas con la ambición de un autor frustrado [...] Éstas son una toma de posición con la que anunciaba a la Federación Democrática y a uno de sus principales fundadores que no tenía nada que compartir con esta iniciativa", p. 625.

[34] Henry Hyndman a Karl Marx, 25 de febrero de 1880, IISG (el Instituto Internacional de Historia Social). Gran parte de las cartas del socialista inglés no han sido nunca publicadas. Algunas de ellas son citadas en Chushichi Tsuzuki, H. M. Hyndman and British Socialism, Londres, Oxford University Press, 1961, p. 34.

[35] Henry Hyndman a Karl Marx, 25 de febrero de 1880, IISG (Instituto Internacional de Historia Social).

[36] Ibid.

[37] Al respecto véanse las declaraciones de Marx reportadas por Mountstuart Elphinstone Grant Duff (1829-1906), quien lo encontró a principios de 1879. El noble inglés lo provocó afirmando: "Bien […] suponiendo que su Revolución haya tenido lugar y que usted ya tenga su forma de gobierno republicana, todavía queda un largo camino hasta la realización de las ideas de usted y sus amigos", y Marx respondió: "sin duda […] pero todos los grandes movimientos son lentos. Esto sería simplemente un paso hacia el perfeccionamiento de las cosas, tal como fue su Revolución de 1688 [la segunda Revolución inglesa]; simplemente un paso en el curso del camino", en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., pp. 380-381.

[38] John Rae, The Socialism of Karl Marx and the Young Hegelians, en The Contemporary Review, XL, julio-diciembre de 1881, pp. 587-607.

[39] Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, en Karl Marx y Federico Engels, Correspondencia Marx Engels, Buenos Aires, Cartago, 1986, p. 322.

[40] E. Belfort Bax, Leaders of Modern Thought: XXIII. Karl Marx, en Modern Thought, III, diciembre de 1881, 12, pp. 349-354.

[41] Ibid., p. 354.

[42] Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, en Correspondencia, cit., p. 323

[43] Friedrich Engels, Prólogo a la edición inglesa, en Karl Marx, El capital. Crítica de la economía política, México, Siglo XXI, 1988, t. I, vol. 1, p. 30.

[44] “Moro” era la manera en que llamaban a Marx sus familiares y sus compañeros de lucha más cercanos: “Nunca me llamaban Marx, y tampoco Karl, sino sólo Moro, así como cualquiera tiene su sobrenombre; cuando finalizaban los sobrenombres, terminaba la más estrecha intimidad. Moro era su sobrenombre desde los tiempos de la universidad y también en la Nueva Gaceta Alemana siempre se lo llamaba Moro. Si me dirigía a él de otra manera, creería que hubiese algún problema”, Friedrich Engels a Theodor Cuno, 29 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 466. Sobre el tema, se remite a otros dos

testimonios de 1881. August Bebel escribió: “la esposa y las hijas de Marx le llamaban ‘Mohr’, como si no existiera otro nombre para él. Este apodo se debía a sus cabellos y barba color de ébano, que por entonces, a excepción del bigote, ya era blanco”, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 396. Bernstein contó: “quise despedirme, pero Engels me dijo: ‘No, no, venga usted también a ver a Mohr’. ‘¿Mohr? ¿Quién es este hombre?’ ‘Pues Marx’, contestó Engels en un tono como si nosotros tuviéramos que saber de quién se trataba”, ibid., p. 398. Para una lista completa de los muchos diminutivos de la familia véase Olga Meier (ed.), The Daughters of Karl Marx: Family Correspondence 1866-1898, Nueva York-Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1982, p. xiii.

[45] Friedrich Engels a Jenny Longuet, 17 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 97.

[46] Karl Marx a Friedrich Sorge, 20 de junio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 98.

[47] Friedrich Engels a Karl Marx, 7 de julio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 104.

[48] Cf. Karl Marx a Laura Lafargue, 13 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 238. En esta carta, Marx compartió con la hija el recuerdo “de las queridas visitas diarias, al lado de su Jenny, que tanto calman al cascarrabias del viejo Nick”, ibid. Véase también Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit., p. 218.

[49] Jenny von Westphalen a Laura Lafargue, cit., en ibid.

[50] Karl Marx a Jenny Longuet, 22 de julio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 106.

[51] Karl Marx a Friedrich Engels, 27 de julio de 1881, ibid., p. 107.

[52] La primera carta firmada con este sobrenombre se remonta al año de la publicación de El capital, cf. Karl Marx a Laura Lafargue, 13 de mayo de 1867, en MECW, vol. 42, p. 376. Entre los muchos textos-basura publicados sobre Marx, en los que se lo acusó incluso de antisemitismo o de racismo, hubo también uno de un párroco rumano y prolífico autor de "escritos" ridículos, Richard Wurmbrand, quien acusó a Marx de ser un espíritu diabólico, cf. Was Karl Marx A Satanist?, Glendale, Diane Books, 1979. En este texto se afirmaba que Marx "tenía la visión del mundo del diablo y la misma maldad. A veces parecía saber que estaba cumpliendo la obra del mal", p. 14. Marx, al contrario, usaba el sobrenombre de "viejo Nick" de un modo dulce y chistoso. En septiembre de 1869, escribió a su hija Laura: "Me disculpo por no poder festejar el cumpleaños de mi querido polluelo en familia, pero los pensamientos del viejo Nick están contigo: estás dentro de mi corazón", Karl Marx a Laura Lafargue, 25 de septiembre de 1869, MECW, vol. 43, p. 355; o, aún, después del nacimiento de un hijo de Laura: "Abracen de parte mía al pequeño Schnappy y díganle que el viejo Nick está muy orgulloso de las dos fotografías de su sucesor", Karl Marx a Paul Lafargue, 4 de febrero de 1871, en MECW, vol. 44, p. 112.

[53] Karl Marx a Friedrich Engels, 27 de julio de 1881, en MECW, vol. 46, p. 109.

[54] Friedrich Engels a Karl Marx, 29 de julio de 1881, en ibid.

[55] Karl Marx a Friedrich Engels, 3 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 110. Éste con su habitual caballerosidad le respondió inmediatamente: "No te estreses por 30 miserables libras esterlinas. Si tienes necesidad, házmelo saber y enviaré un cheque mayor", Friedrich Engels a Karl Marx, 5 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 113.

[56] Karl Marx a Friedrich Engels, 3 de agosto de 1881, ibid., p. 110.

[57] Marx avisó de su presencia a sus conocidos sólo algunos días después: “Estoy aquí desde hace casi dos semanas, pero no fui a París ni hice ninguna visita a mis conocidos. Las condiciones de mi mujer no me han permitido hacer ni una cosa ni la otra”, Karl Marx a Carl Hirsch, 6 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 115.

[58] Karl Marx a Friedrich Engels, 9 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 116.

[59] Ibid.

[60] Marx se lo comunicó a su otra hija Laura, que estaba en Londres: “El estado de mamá es preocupante a causa de su creciente debilidad. Tengo entonces intenciones de partir, a toda costa, este fin de semana, y se lo he comunicado a la ‘paciente’. Ayer, sin embargo, ella ha frustrado mis proyectos enviando a lavar nuestra ropa interior”, Karl Marx a Laura Lafargue, 9 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 118.

[61] Karl Marx a Friedrich Engels, 9 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 116.

[62] Yvonne Kapp supuso que “el problema [de Eleanor] era doble y apremiante [...:] intentaba poner fin al noviazgo [clandestino] con Lissagaray”, nunca aceptado por la familia, y, al mismo tiempo, después de haber actuado en varias representaciones, “deseaba iniciar una carrera” como actriz de teatro, Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit., p. 227.

[63] Karl Marx a Jenny Longuet, 18 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 135. Marx le contó a Engels que el doctor Donkin había considerado que era "un milagro que colapso así no hubiese sucedido antes", Karl Marx a Friedrich Engels, 18 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 133.

[64] Karl Marx a Jenny Longuet, 18 de agosto de 1881, en ibid, p. 135.

[65] Karl Marx a Friedrich Engels, 19 de agosto de 1881, en MECW, vol. 46, p. 136.

[66] Karl Marx a Karl Kautsky, 1 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 143.

[67] Karl Marx a Minna Kautsky, 1 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, pp. 143-144.

[68] Karl Marx a Karl Kautsky, 1 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 143.

[69] Paul Lafargue, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 419.

[70] "No debes dejar a los niños. Sería una verdadera locura y causaría una preocupación mayor a la alegría o el bien que le harías al tenerte aquí", en Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit., p. 219.

[71] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 25 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 150. Engels no exageraba de hecho, como atestigua lo escrito por Marx a Becker: “Una pleuritis acompañada de bronquitis me ha golpeado de un modo tan grave que, en cierto momento, por algunos días, los médicos han dudado de poder sobrepasar la situación”, Karl Marx a Johann Becker, 10 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 127.

[72] Friedrich Engels a Johann Becker, 4 de noviembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 151.

[73] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 30 de noviembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 155.

[74] Engels comentó con palabras de júbilo: “Ningún proletariado se ha comportado tan magníficamente. El inglés, luego de la derrota de 1848, ha caído en la apatía y está, finalmente, resignado a la explotación burguesa, limitándose a la lucha sindical por el aumento de los salarios”, MECW, vol. 46, pp. 152-153.

[75] Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit., p. 219.

[76] Eleanor Marx, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 421. Posteriormente, Marx escribió a Danielsón que se había sentido muy mal por no poder haber visto a su mujer “durante tres de las últimas seis semanas de vida de mi mujer [...] si bien estábamos en dos habitaciones contiguas”. Karl Marx a Nikolái Danielsón, 13 de diciembre de 1881, en Karl Marx, Nikolái Danielsón, Friedrich Engels, Correspondencia (1868-1895), cit., p. 174.

[77] Karl Marx a Jenny von Westphalen, 21 de junio de 1856, en MECW, vol. 40, p. 56.

[78] Karl Marx a Jenny von Westphalen, 15 de diciembre de 1863, en MECW, vol. 41, p. 499. Sobre la vida de Jenny von Westphalen y su relación con Marx se remite al reciente volumen de M. Gabriel, Love and Capital, Little, Brown & Company, Nueva York-Boston-Londres, 2011. Véase además L. Dornemann, Jenny Marx. Der Lebensweg einer Sozialistin, Berlín, Dietz, 1971, y Heinz Frederick Peters, Red Jenny: A Life with Karl Marx, Nueva York, St. Martin's, 1986.

[79] Karl Marx a Jenny Longuet, 7 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 156.

[80] Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, op. cit., p. 219.

[81] Friedrich Engels, cit. en ibid., p. 221.

[82] Karl Marx a Jenny Longuet, 7 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 156.

[83] Karl Marx a Nikolái Danielsón, 13 de diciembre de 1881, Marx, Danielsón, Engels, Correspondencia (1868-1895), cit., p. 164.

[84] Karl Marx a Friedrich Sorge, 15 de diciembre de 1881, MECW, vol. 46, p. 162.

[85] La edición más reciente de estos manuscritos es Karl Marx, Notes on Indian History, Honolulu, University Press of the Pacific, 2001.

[86] Cf. Michael Krätke, Marx und die Weltgeschichte, en Beiträge zur Marx-Engels-Forschung. Neue Folge, 2014-2015, quien afirma que Marx comprendía este proceso como el "desarrollo, en su conjunto, del comercio, la agricultura, la industria minera, del sistema fiscal y de la infraestructura", p. 176. Según Krätke, Marx redactó estos pasajes con una convicción madurada durante mucho tiempo: "proveer al movimiento socialista sólidas bases socio-científicas, más que [crear] una filosofía política", p. 143.

[87] En la correspondencia de Marx no existe ninguna referencia a estos estudios y, por lo tanto, es muy difícil establecer su fecha exacta. Los editores de las Marx Engels Werke, XIX, Berlín, Dietz, 1962, ubicaron temporalmente los extractos "circa fines de 1881 y fines de 1882", pp. 621-622. Maximilien Rubel, en Marx: Life and Works (Londres, Macmillan, 1980), afirmó que éstos aparecieron "sin dudas" a fines de 1881, p. 121. Si la primera hipótesis es muy genérica, tampoco la segunda parece muy precisa, dado que Marx es muy probable que haya continuado llevando adelante este proyecto, después de haber realizado la parte más sobresaliente, también en algunos periodos de 1882. Esto puede presumirse a partir de los diferentes tipos de subrayados que presentaron los manuscritos y la carta enviada a la hija Eleanor el 23 de diciembre de 1882 (cf. nota 78 del próximo capítulo). Por lo tanto, es posible datar estos cuadernos (IISH Marx-Engels Papers B 157, B 158, B 159, B 160) en dos fases de trabajo de los últimos 18 meses de su vida, transcurridos entre Londres y la isla de Wight: el periodo de otoño de 1881 al 9 de febrero de 1882, y el transcurrido entre el inicio de octubre de 1882 y el 12 de enero de 1883. Se puede excluir con certeza que Marx haya trabajado en su cronología histórica durante los ocho meses de 1882 transcurridos en Francia, Argelia y Suiza.

[88] En su ensayo, Marx und die Weltgeschichte, cit., Krätke, además de ofrecer

una óptima reconstrucción del contenido de estos cuatro cuadernos de apuntes, sostiene que Marx identificaba "en el desarrollo económico de las ciudades-Estado italianas el origen del capitalismo moderno", p. 163.

[89] Las portadas de cada uno de los cuatro cuadernos marxianos presentan los títulos puestos por Engels durante el ordenamiento del legado de su amigo: "Extractos cronológicos I: 96 hasta el circa 1320; II: 1300 circa hasta 1470 circa; III: 1470 circa hasta 1580; 1580 CIRCA - 1648 circa". Su contenido difiere ligeramente del indicado por Engels. La única parte publicada de estos manuscritos corresponde a una extensa sección del último cuaderno. Cf. Karl Marx y Friedrich Engels, Über Deutschland und die deutsche Arbeiterbewegung, Berlín, Dietz, 1953, pp. 285-516.

[90] Friedrich Engels a Karl Marx, 8 de enero de 1882, en MECW, vol. 46, p. 174.

[91] Friedrich Engels a Ferdinand Nieuwenhuis, 29 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 167.

[92] Karl Marx a Jenny Longuet, 17 de diciembre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 131.

[93] Karl Marx a Friedrich Engels, 5 de enero de 1882, en MECW, vol. 46, p. 171.

[94] Karl Marx a Laura Lafargue, 4 de enero de 1882, en MECW, vol. 46, p. 170.

[95] Carta de Eleanor Marx a Jenny Longuet, 8 de enero de 1882, en Meier, Olga

(ed.), The Daughters of Karl Marx: Family Correspondence 1866-1898, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1982, pp. 145-146. Sobre el episodio completo cf. Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit., pp. 225-228. Véase también la carta de Karl Marx a Laura Lafargue, 4 de enero de 1882: "Mi compañera no come casi nada, sufre mucho de tics nerviosos, lee y escribe todo el día […] aparentemente soporta estar conmigo solo por sentido del deber, como una mártir dedicada al sacrificio", en MECW, vol. 46, p. 169.

[96] Cf. Stenographische Berichte über die Verhandlungen des Reichstags, I, Berlín, 1882, p. 486. La intervención de Bismarck fue luego de la derrota electoral en los grandes centros industriales de Alemania.

[97] Karl Marx a Friedrich Engels, 15 de enero de 1882, en MECW 46, p. 109.

[98] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 25 de enero de 1882, en MECW 46, pp. 186-187. A su juicio, "Italia ofrecía menos garantías que cualquier otro lugar, aparte naturalmente del Imperio de Bismarck". Cf. Karl Marx a Pëtr Lavrov, 25 de enero de 1882, en MECW 46, p. 184.

[99] Cf. Gilbert Badia, Marx en Algérie, en Karl Marx, Lettres d'Alger et de la Côte d'Azur, París, Le Temps des Cerises, 1997, p. 17.

[100] Eleanor Marx, en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 429.

[101] Karl Marx a Friedrich Engels, 12 de enero de 1882, en MECW 46, p. 176. Sobre Eleanor Marx, y su especial relación con el padre, además de los excelentes volúmenes de Kapp, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, cit.

Véase también, Chushichi Tsuzuki, The Life of Eleanor Marx, 1855-1898: A Socialist Tragedy, Oxford, Clarendon Press, 1967; Eva Weissweiler, Tussy Marx: Das Drama der Vatertochter, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 2002; y el más completo y reciente R. Holmes, Eleanor Marx: A Life, Londres, Bloomsbury, 2014.

[102] Cf. Karl Marx a Friedrich Engels, 17 de febrero de 1882: “de pasaportes y cosas así no se habla. Sobre el boleto están escritos sólo el nombre y apellido del pasajero”, en MECW, vol. 46, p. 200.

[103] Este viaje a la capital argelina no ha merecido particular atención entre los biógrafos de Marx. El mismo Jacques Attali, siendo de origen argelino, en Karl Marx, ou l’Esprit du monde, París, Librairie Arthème-Fayard, 2005, dedicó tan sólo media página al episodio, informando, entre varias insensateces, que Marx había ignorado la sublevación de Orán, transcurrida entre el verano de 1881 y la primavera de 1883 (cf. p. 410). En el volumen de Marlene Vesper, Marx in Algier, Bonn, Pahl-Rugenstein Nachfolger, 1995, fueron reconstruidos, en cambio, con precisión todos los eventos que viviera Marx como protagonista en el curso de su visita a Argel. Señalemos también René Gallissot (ed.), Marxisme et Algérie, París, Union générale d’éditions, 1976; y el reciente pequeño volumen del sociólogo alemán Hans Jürgen Krysmanski, Die letzte Reise des Karl Marx, Frankfurt a M., Westend, 2014, inicialmente concebido como guion para un filme sobre la estancia y nunca realizado por falta de financiamiento.

IV. EL ÚLTIMO VIAJE DEL MORO

1. ARGELIA Y LAS REFLEXIONES SOBRE EL MUNDO ÁRABE

Marx llegó a África el 20 de febrero, después de una borrascosa travesía de 34 horas. Al día siguiente, escribió a Engels que su “corpus delicti había desembarcado en Argel congelado hasta la médula”.

Encontró un lugar en el Hotel-Pensión Victoria, en la zona del Mustapha superior. Su habitación, situada en una posición ideal, con vistas al puerto de un lado y las montañas de Cabilia como horizonte del otro, gozaba de una “panorámica fabulosa”, ofreciéndole la ocasión de apreciar el “maravilloso melange entre Europa y África”.[1]

La única persona que conocía la identidad de aquel señor políglota, que apenas había llegado a la ciudad, era Albert Fermé, un juez de paz, seguidor de Charles Fourier (1772-1837), que llegó a Argel en 1870, después de pasar un periodo en prisión por su oposición al segundo Imperio francés. Fue la única verdadera compañía de Marx, quien hizo de guía en sus excursiones y respondiera a sus curiosidades sobre el nuevo mundo.

Lamentablemente, con el pasar de los días, la salud de Marx no mejoró. Continuó acosado por la bronquitis y por una tos imparable que le provocó insomnio. Además, el clima excepcionalmente frío, lluvioso y húmedo, en el que estaba sumida Argel, favoreció un nuevo ataque de pleuritis. Sobre la ciudad se abatió el peor invierno de los últimos diez años y Marx le escribió a Engels: “la única diferencia entre la ropa que uso en Argel y la de la isla de Wight es que he sustituido mi abrigo de rinoceronte con un abrigo más ligero”. Llegó a considerar la hipótesis de alojarse 400 kilómetros más al sur, en Biskra, una villa situada a las puertas del Sahara, pero sus pésimas condiciones físicas lo disuadieron de enfrentar un viaje tan incómodo. Dio inicio, así, a un largo periodo de complicados tratamientos.

Marx fue llevado con el mejor médico de Argel, el doctor Charles Stéphann (1840-1906), quien le prescribió arseniato de sodio durante el día y una medida de jarabe para la tos y de opiáceos a base de codeína, para poder reposar durante

la noche. Éste le impuso, además, reducir al mínimo los esfuerzos físicos y no desarrollar "ningún tipo de trabajo intelectual, excepto alguna lectura para distraerse". No obstante, el 6 de marzo la tos devino aún más violenta provocándole varias hemorragias. Le prohibieron a Marx, por lo tanto, salir del hotel e incluso conversar: "ahora paz, soledad y silencio son para mí un deber cívico". Por lo menos, entre los remedios, "el doctor Stéphann, como mi querido doctor Donkin [de Londres], no ha olvidado el coñac".

La terapia más dolorosa resultó ser un ciclo de diez vesicantes. Marx llegó a hacerla gracias a la ayuda de otro paciente que, afortunadamente, era farmacéutico. Mediante numerosas aplicaciones de sodio sobre el pecho y la espalda y las sucesivas incisiones de las vesicales creadas, el señor Maurice Casthelaz logró drenar, de a poco, el líquido en exceso de los pulmones.

Reducido a condiciones penosas, Marx comenzó a arrepentirse de este viaje. Se lamentó de la mala suerte con su yerno Lafargue, ya que "desde el momento de [su] partida de Marsella" sobre la Costa Azul, el otro lugar donde había considerado pasar el invierno, "el tiempo [había] sido magnífico".[2] En la segunda mitad de marzo, le confió a su hija Jenny: "con esta expedición, loca y mal pensada, he vuelto exactamente al mismo estado de salud en el que me encontraba cuando dejé [Londres]". Marx también le confesó haber tenido dudas de viajar a un lugar tan distante, pero que Engels y Donkin "se habían entusiasmado mutuamente sin tener, ni el uno ni el otro, la información adecuada".[3] En su opinión, "lo justo habría sido informarse antes de aventurarse en una 'caza de gansos salvajes'".[4]

El 20 de marzo Marx escribió a Lafargue que el tratamiento había sido temporalmente suspendido, dado que, tanto sobre el tórax como en la espalda no había quedado siquiera un punto seco. La visión de su cuerpo le había recordado la de "un campo de melones en miniatura". El sueño, sin embargo, estaba "volviendo, poco a poco", procurándole un gran alivio: "quien no sufrió nunca de insomnio no puede entender el bienestar que se logra cuando el terror de la noche sin reposo comienza finalmente a irse".[5]

Su exasperación se acrecentó, desgraciadamente, por la erupción nocturna de las ampollas, la obligación de estar vendado y la prohibición de rascarse las heridas. Cuando supo de los boletines meteorológicos que informaron que, luego de su partida, el tiempo en Francia "había estado magnífico" y reconsiderando las previsiones iniciales de una curación veloz, Marx comunicó a Engels que "un

hombre no debería nunca entusiasmarse con visiones demasiado optimistas”.[6] Lamentablemente, de hecho, “para una mente sana en un cuerpo sano falta mucho todavía”.[7]

Los dolores de Marx no concernían sólo al cuerpo. Él se sentía solo y a su hija Jenny le escribió que “nada sería más maravilloso que Argel, y sobre todo que el campo alrededor de la ciudad, […] —admitiendo que esté con buena salud— si tuviese conmigo a mi gente querida, en particular a mis nietos […] sería como en Las mil y una noches”.[8] En una carta posterior, le confió que habría querido ver a la maravilla que era Johnny, el mayor de ellos, “frente a los moros, los árabes, los bereberes, los negros, en una palabra, a esta Babel, y a sus vestidos (generalmente poéticos) de este mundo oriental, mezclado con el ‘civilizado’ francés y con el aburrido británico”.[9] A Engels, compañero con quien solía compartir todo, le confesó tener “profundos ataques de melancolía, similares a los de Don Quijote”. Su pensamiento volvía siempre a la pérdida de su compañera: “tú sabes que pocas personas son tan contrarias como yo a la ostentación del pathos; no obstante, sería una mentira no admitir que mi pensamiento está absorbido con preponderancia por el recuerdo de mi mujer, una parte tan grande de la parte mejor de mi vida”.[10] Para distraerlo del dolor del luto estaba, sin embargo, el espectáculo de la naturaleza que lo rodeaba. Afirmó “nunca cansarse de mirar el mar frente a su balcón” y de estar encantado por el “maravilloso claro de luna sobre la bahía”.[11]

Marx estaba muy afligido también por el abandono forzado a cualquier actividad intelectual laboriosa. Desde el inicio de su peregrinación, siempre había sido consciente de que aquel viaje habría “comportado una enorme pérdida de tiempo”, pero había terminado por aceptar las circunstancias luego de haber comprendido que la “condenada enfermedad [… estaba] también afectando la mente del enfermo”.[12]

A Jenny escribió que en Argel la realización de “cualquier trabajo estaba fuera de discusión, incluso la corrección de El capital”[13] para la tercera edición alemana. Sobre la situación política del momento se limitó a leer sólo las noticias telegráficas de un modesto diario local, Le Petit Colon y la única hoja obrera expedida del Viejo continente, L’Egalité, a propósito de la cual subrayó, con su habitual sarcasmo, que aquel “no podía ser considerado un diario”.[14]

Sus cartas de la primavera de 1882 muestran lo ansioso que estaba “para volver a estar activo y abandonar aquel estúpido oficio de inválido”,[15] para así terminar

con este tipo de “existencia inútil, vacía y, por añadidura, ¡dispendiosa!”[16] A Lafargue le dijo después que estaba tan empeñado en no hacer nada que se sentía cercano a la imbecilidad.[17] De estos testimonios parece dejarse ver también el temor de no imaginarse más la posibilidad de volver a su habitual existencia.

La progresiva presión de todos estos sucesos desfavorables le impidió a Marx comprender a fondo la realidad argelina, ni siquiera, como Engels deseaba, le fue posible estudiar las características de la “propiedad común entre los árabes”.[18] Él ya se había interesado, en el curso de sus estudios sobre la propiedad agraria y de las sociedades precapitalistas, conducidos a partir de 1879, en la cuestión de la tierra en Argelia durante el dominio francés. Marx había extraído, en uno de sus cuadernos de resúmenes, algunas partes sobre la importancia de la propiedad común antes del arribo de los colonizadores franceses, así como los cambios que introdujeron, del texto del historiador Maksim Kovalevski, La propiedad común de la tierra. Causas, curso y consecuencias de su descomposición:

La formación de la propiedad privada de la tierra (para los ojos del burgués francés) es una condición necesaria para todo el progreso en la esfera política y social. El ulterior mantenimiento de la propiedad común “como una forma que apoya las tendencias comunistas en las mentes” [Debates de la asamblea nacional, 1873] es peligrosa sea para la colonia o para la patria. La distribución de la propiedad a los clanes es alentada e incluso ordenada; por sobre todo, como medio para debilitar las tribus sojuzgadas que, sin embargo, se encuentran permanentemente bajo el impulso a la revuelta y, en segundo lugar, como único modo para una posterior transferencia de la propiedad agraria de las manos de los nativos a los colonizadores. Esta misma política ha sido perseguida por los franceses bajo todos los regímenes […]. El objetivo es siempre el mismo: la destrucción de la propiedad colectiva de los indígenas y su transformación en un objeto de libre compra y venta, lo que significa hacer más simple el pasaje final a manos de los colonizadores franceses.[19]

El proyecto de ley sobre la situación argelina, presentado en el parlamento por el diputado de la izquierda republicana Jules Warnier (1826-1899) y aprobado en 1873, tenía como objetivo “la expropiación de la tierra de las poblaciones nativas por parte de los colonizadores europeos y los especuladores”. El descaro

de los franceses llegó al “robo explícito”, es decir a la transformación en “propiedad del gobierno” de todas las tierras no cultivadas que todavía eran de uso común entre los indígenas. Tal proceso se proponía producir otro importante resultado: anular el riesgo de resistencia de las poblaciones locales. Siempre a través de la palabra de Kovalevski, Marx subrayó en sus apuntes que:

La fundación de la propiedad privada y el asentamiento de los colonizadores europeos entre los clanes árabes […] se convertirá en el medio más potente para acelerar el proceso de disolución de la unión de los clanes […] La expropiación de los árabes buscada por las leyes servía para procurar la mayor tierra posible a los franceses, y a arrancarle a los árabes sus vínculos naturales con la tierra, para así romper la última fuerza de la unión del clan y, por tanto, disuelta ésta, cualquier peligro de rebelión.[20]

Este tipo de “individualización de la propiedad de la tierra” habría procurado, por lo tanto, no sólo un enorme beneficio económico a los invasores, sino también favorecido también un “objetivo político [...]: destruir las bases de esta sociedad”.[21] Precisamente el 22 de febrero de 1882, en el diario argelino L’Akhbar, había aparecido un artículo que documentaba la injusticia del sistema que se había creado. Al momento, cada ciudadano francés habría podido adquirir, en teoría, sin dejar su país, una concesión de más de 100 hectáreas de terreno argelino, que podía luego revender, a un indígena del lugar, por 40 000 francos. En promedio, los colonos revendían cada zona de terreno pagada por 20 o 30 francos a 300.[22]

Debido a su mal estado de salud, entonces, Marx no estaba en condiciones de volver sobre estas problemáticas, ni se enteró de este escrito. De cualquier modo, su voluntad permanente de conocimientos no se frenó siquiera en las circunstancias más adversas. Después de explorar las zonas limítrofes de su albergue, donde estaba en curso una vasta obra de reconstrucción de las casas, él notó que, “si bien los obreros dedicados a esta obra son hombres saludables y originarios del lugar, después de tres días de trabajo ya son golpeados por la fiebre. Parte de su salario es entonces dirigida a la dosis diaria de quinina, provista por los empleadores”.[23]

Entre las observaciones más interesantes que logró resumir en las 16 cartas redactadas en los márgenes del Mediterráneo,[24] algunas elaboradas aun a través de la persistencia de una visión todavía colonial, se destacan aquellas sobre las relaciones sociales entre los musulmanes.

Después de haber sido profundamente sorprendido por el porte de los árabes, a propósito de lo cual escribió: “aún el más pobre de los moros sobrepasa al mayor comediante europeo en el arte de vestirse con su propio mantel y mantener un contenido natural, elegante y digno”[25] y de la mezcla que existía entre las clases sociales, a mitad de abril Marx contó a su hija Laura que había visto jugar a las cartas a algunos árabes: “vestidos de un modo pretencioso, incluso opulento” con otros que llevaban puestas “camisas gastadas y desgarradas”. Para un “verdadero musulmán”, él comentó,

La fortuna y el infortunio no hace a los hijos de Mahoma distintos entre sí. La absoluta igualdad en sus relaciones sociales no está influida por eso. Al contrario, esto surge sólo si se han corrompido. En cuanto al odio frente a los cristianos y la esperanza de una victoria definitiva sobre los infieles, sus políticos consideran, con razón, a este sentimiento y a esta praxis de absoluta igualdad (no de riqueza y rango, sino de las personas) como una garantía para mantener vivo lo primero y no abandonar lo segundo. No obstante, sin un movimiento revolucionario esto no se logrará.[26]

Marx se asombró también por la poca presencia del Estado:

En ninguna otra ciudad, sede de gobierno central, existe tal laissez-faire, laissez-passer. La policía esta reducida al mínimo indispensable; un atrevimiento nunca visto. En el origen de todo esto, está el elemento moro. En efecto, los musulmanes no conocen la subordinación. No son ni “súbditos”, ni “administrados”; ninguna autoridad, salvo en cuestiones políticas, pero parece que esto los europeos no lo han entendido.[27]

De estos últimos, además, Marx atacó desdeñosamente, los violentos atropellos, los repetidos actos provocadores y, no por último, la "arrogancia impúdica, la osadía y la obsesión de reivindicarse como Moloch", frente a cada acto de rebelión de la población local, subrayando, por otro lado, que en relación con los daños producidos por las grandes potencias en la historia de las ocupaciones coloniales, "los británicos y los holandeses superaban con creces a los franceses". En lo que concierne a Argel, le informó a Engels que, durante su carrera de juez, su amigo Fermé, regularmente había "visto aplicar una especie de tortura […] por parte de la 'policía' […] para obligar a los árabes a confesar", tal "como hacen los ingleses en la India" —agregó—. Éste le había contado que:

si, por ejemplo, una banda de árabes ha perpetrado alguna atrocidad, usualmente con el objetivo de un asalto y con el paso del tiempo los autores son debidamente arrestados, condenados y ajusticiados, a la familia de los colonizadores esto no le basta como castigo. Ésta pretende que al menos una media docena de árabes inocentes sea "destazada". […] Cuando un colonizador se establece ahí para vivir o, aunque tan sólo transite por "asuntos de negocios", entre las "razas inferiores", en general se le considera más intocable que el bello Guillermo I.[28]

Marx regresó a este tema en otra ocasión, cuando quiso contarle a Engels de una brutalidad perpetrada por la autoridad francesa a un "pobre árabe, asesino múltiple de profesión". Antes de ser ajusticiado, éste descubrió que no sería "fusilado, ¡sino decapitado! ¡Y eso fue contra los acuerdos! Contra toda promesa […] a pesar de haber sido condenado de otra manera". Además:

Sus parientes supervisaban la entrega del cuerpo y la cabeza, como los franceses habían permitido siempre hasta ahora, en modo de poder coser la segunda al primero, y sepultar así el "todo". ¡Pero éste no! Gritos, lamentos e insultos ¡por primera vez las autoridades lo han rechazado, negado! Si ahora el cuerpo llega al paraíso, Mahoma preguntará: "¿Dónde has dejado la cabeza?"; o bien: "¿cómo ha sucedido que la cabeza se ha separado del cuerpo?" [Dirá]: "¡no eres digno del paraíso! ¡Vete con aquellos perros de los cristianos!" Y así los parientes

lloran y se desesperan.[29]

Junto con estas observaciones sociales y políticas, sus cartas incluyeron también relatos sobre las costumbres. A su hija Laura relató una breve historia que, como persona práctica que era, le había gustado mucho:

Sobre las aguas tumultuosas de un río, un barquero está allí esperándolo con su pequeña barca. Llega un filósofo, que quiere ir a la otra orilla, y sube abordo. Aquí el diálogo que sigue:

Filósofo: Barquero, ¿tú sabes de historia?

Barquero: ¡No!

Filósofo: Entonces has perdido la mitad de tu vida.

Y además, dice el filósofo: ¿has estudiado matemática?

Barquero: ¡No!

Filósofo: Entonces has perdido más de la mitad de tu vida.

Estas palabras habían apenas salido de la boca del filósofo, cuando el viento volcó la barca y ambos, barquero y filósofo, fueron lanzados al agua.

Entonces el barquero la pregunta: ¿tú sabes nadar?

Filósofo: ¡No!

Barquero: Entonces has perdido toda tu vida.[30]

Marx comentó divertido: “esto te dará una mínima idea de los árabes”.[31] Después de dos meses de sufrimientos, las condiciones de Marx mejoraron y el retorno a Francia se hizo posible. Antes de partir, compartió con Engels una última sorpresa: “debido al sol, he eliminado la barba de profeta y la peluca que tenía en

la cabeza, pero —ya que para mis hijas estoy mejor así— me han hecho fotografiar, antes de sacrificar mis cabellos sobre el altar de un barbero argelino”.[32] Fue en esta circunstancia, entonces, cuando fue sacada la última foto. La imagen es completamente distinta del perfil de piedra de tantas estatuas, construidas en las plazas del “socialismo real”, con el cual el poder eligiese representarlo. Sus bigotes, como sus ideas, no habían perdido el color de la juventud y su rostro, a pesar de las grandes amarguras de la vida, aún se mostraba afable, modesto y sonriente.[33]

2. UN REPUBLICANO EN EL PRINCIPADO

Una vez más, Marx era perseguido por el mal tiempo. Durante los “últimos días africanos”,[34] su salud fue puesta a una dura prueba por la llegada del siroco. También el viaje a Marsella, donde desembarcó el 5 de mayo, en el día de su cumpleaños 64, fue particularmente turbulento. Como contó a su hija Eleanor, la travesía se hizo en pésimas condiciones meteorológicas: “una tempestad transformó mi cabina […] en una verdadera galería de viento”. Llegados a destino, el barco de vapor no amarró en la banquina del puerto y los pasajeros fueron transportados al muelle en barcas, “para luego transcurrir, para su satisfacción, varias horas en un frío purgatorio-aduana, antes de retomar el viaje a Niza”. Estas tribulaciones posteriores fueron deletéreas para Marx, ya que, como escribió con habitual sarcasmo, “han estropeado nuevamente mi máquina”, y lo obligaron, apenas llegó a Monte Carlo, a volver “a las manos de Asclepio”.[35] La persona a la que depositó su confianza fue el doctor Kunemann (1828-?), un óptimo médico originario de Alsacia, especialista en enfermedades pulmonares.[36] Por desgracia, éste descubrió que la bronquitis había devenido crónica y que, con “gran terror” de Marx, “había vuelto la pleuritis”.[37] Los viajes se habían revelado una vez más, perjudiciales y Marx comentó a Engels, utilizando, como era habitual, referencias literarias: “el hecho se ha desplegado con horrible coherencia, casi como en las tragedias [… de Amandus] Mullner” (1774-1829), el dramaturgo alemán en cuyas obras este factor desempeña un papel determinante en la existencia humana. Se hizo indispensable, entonces, una nueva serie de cuatro tratamientos vesicantes, que se realizaron del 9 al 30 de mayo.

Teniendo que recuperarse necesariamente para partir de nuevo, Marx pasó tres semanas en el principado de Mónaco. Sus descripciones del ambiente que lo circundaba reúnen un gran espíritu de observación y de crítica social. Él parangonó Monte Carlo a Gérolstein, el minúsculo estado imaginario en el que el compositor Jacques Offenbach (1819-1880) había ambientado la ópera La gran duquesa de Gérolstein.

Durante su estadía, Marx se quedó muchas veces en la sala de lectura del famoso

casino, que ofrecía una buena selección de diarios internacionales, pero contó a Engels que sus "compañeros de comida en el Hotel de Rusia" y, en general, el público que se encontraba en la ciudad, era "mucho más interesante que aquel que acude a las salas de juego del Casino". Las cartas de este periodo alternan observaciones divertidas sobre algunos de los personajes encontrados —"como un hijo, muy arisco, de Gran Bretaña" que estaba "amargado y nervioso" porque había "perdido un discreto número de doblones de oro, mientras que estaba absolutamente decidido a timar a alguno"— con comentarios socarrones: "no ha entendido que la idea de la Suerte no se deja intimidar ni siquiera por la villanía británica".[38]

El retrato más contundente de aquella realidad, para él tan extraña, lo ofreció a su hija Eleanor, en una carta escrita poco antes de partir:

En las mesas del almuerzo y en el café se habla y se susurra casi exclusivamente de las mesas de la ruleta y del Trente et quarante. Cada tanto se gana algo, por ejemplo 100 francos por una señora joven, mujer de un agente diplomático ruso […], que sólo ha perdido 6 000 francos; mientras que algún otro no tiene más dinero para el viaje de retorno. Otros incluso pierden en el juego inmensas fortunas de familia. Son poquísimos los jugadores que logran llevarse una parte del botín […] y estas personas son casi exclusivamente los ricos. Aquí no pueden entrar ni la razón ni el cálculo; ninguno puede confiarse en el azar, con alguna confiabilidad, a menos que posea una considerable suma para arriesgar.[39]

El frenesí que se respiraba en el aire no se limitaba a las salas de juego y a las horas nocturnas, sino que permeaba toda la ciudad y todo el día de sus visitantes. En una zona adyacente del casino, por ejemplo, se encontraba

Un quiosco sobre el cual se mostraba, cada día, un manifiesto no impreso, sino escrito a mano, firmado con las iniciales de su autor. Por 600 francos se ofrecían, negro sobre blanco, los secretos de la ciencia para ganar un millón de francos jugando 1 000 […] En esta trampa para lechuzas se cuentan historias inverosímiles. La mayor parte de los jugadores y de las jugadoras cree que en estos juegos de puro azar hay algo de científico. Los señores y señoras se

congregan frente al Café de París, sentados frente al maravilloso jardín que pertenece al casino, y sobre las bancas en su interior, con la cabeza inclinada sobre un periódico de pequeñas columnas, garabatean y calculan, mientras que uno explica con gran seriedad al otro, su propio “sistema” preferido, el motivo por el cual es oportuno jugar en “serie”, etc. Parece que estuvieras observando a los internados de un manicomio.[40]

En resumen, para Marx era evidente que la “base económica de Mónaco-Gérolstein es el casino; ¡si cerrara mañana, para Mónaco-Gérolstein sería el final!” Escribió que sin la existencia de este último “ni siquiera Niza, exclusiva como el mundo de aventureros que pasaba los meses invernales, habría continuado siendo una localidad de moda […] Y con todo eso, ¡esta casa de juego parece tan infantil comparada con la Bolsa!”

Después del último tratamiento vesicante, el doctor Kunemann dio de alta a Marx, y le dio permiso para volver a viajar, no sin antes “demorarse un par de días en Cannes, porque lo requería el drenaje de las heridas producidas”. Cuando llegó a la exclusiva localidad francesa, trazó un balance del periodo transcurrido en la Costa Azul:

He vegetado todo el mes en esta guarida de refinados y ociosos aventureros. La naturaleza es espléndida, pero lo demás es un agujero oscuro […] No hay ninguna “masa” plebeya, con exclusión de los camareros del hotel y las cafeterías y los domésticos, que pertenecen al subproletariado.[41]

Las condiciones climáticas más adversas continuaron empeorando y empeñándose en contra suyo. Durante los tres días transcurridos en Cannes, la pequeña ciudad fue excepcionalmente afectada por un “fuerte viento (aunque cálido) de remolinos de polvo”, de los que se ocupó “toda la prensa local de la Riviera”. Marx reaccionó con ironía, comentando a Engels que “también la naturaleza posee cierto humor filisteo (del tipo —ya humorísticamente anticipado por el Viejo Testamento— de la serpiente que se alimenta de fango o bien de la dieta a base de tierra de los gusanos de Darwin)”.

Por otro lado, en la misma carta, Marx se detuvo en la descripción de las últimas recomendaciones recibidas por el médico: “comer bien y mucho, ‘acostumbrarse’ a los nuevos hábitos aún en contra de la propia voluntad, ‘beber algo bueno’; distraerse con viajes […]; pensar lo menos posible”. No pudo menos que comentar que “siguiendo estas instrucciones, he comenzado mi camino firme hacia la ‘idiotez’ y no me he liberado siquiera del catarro bronquial”. A modo de consolación, le recordó al amigo, que lo esperaba en Londres, que había “sido la bronquitis la que envió a Garibaldi a ‘mejor reposo’. En cualquier caso, se declaró convencido de que ‘a una cierta edad, es del todo indiferente el porqué se es “enviado a la eternidad’”.[42]

A la distancia de casi cuatro meses desde su partida, el 7 de junio finalmente pudo tomar el tren que, al día siguiente, lo dejaría en casa de su hija en Argenteuil. A esta última, antes de emprender el viaje, le aconsejó de no preocuparse por su llegada —“hasta ahora he siempre constatado que no hay nada peor para mí que alguien me esté esperando en la estación”— y no anunciar a ninguno de sus compañeros, ni siquiera a Lafargue, su retorno. Marx tenía aún “necesidad de tranquilidad absoluta”[43] y, como comunicó a Engels, sentía que era “aún necesario reducir al mínimo las ‘relaciones con las personas’”.[44] El gigante estaba cansado, se sentía cercano al final de su camino y a Jenny escribió palabras similares a aquellas de todos los otros comunes mortales: “por ‘tranquilidad’ me refiero a ‘la vida doméstica’, el ‘estruendo de los niños’, aquel ‘mundo microscópico’ más interesante que el ‘mundo macroscópico’”.[45] Luego de su llegada a Argenteuil, Marx parangonó su existencia a la de un “detenido con libertad vigilada”, ya que, como se solía hacer con este tipo de prisioneros, también él tenía siempre que “presentarse con el médico más cercano a su próxima estación de estadía”.[46] El médico de la familia Longuet, Gustave Dourlen, conocía bien a Marx y le aconsejó “probar, por alguna semana, las aguas sulfúreas de Enghien[-les-bains]”,[47] una localidad vecina, donde podría consultar al doctor Feugier (?).

El clima, todavía muy incierto, no hizo posible el comienzo inmediato del tratamiento y conspiró, además, en causarle muchos dolores debido a un “reumatismo muscular a la altura de la cadera”.[48] Sólo a principios de julio, Marx pudo finalmente ir, con cierta continuidad, a tomar baños sulfurosos, de cuyo tratamiento sacó gran provecho. Con su habitual tono sarcástico, así describió a Engels las operaciones a las que se sometía repetidamente:

En la sala de inhalaciones el aire está denso por los vapores sulfúreos; aquí hay que quedarse unos 30-40 minutos; cada 5 minutos, sentados en una mesa, se aspira un vapor cargado de azufre pulverizado […] Todos son envueltos de la cabeza a los pies como momias por una goma elástica; luego marchamos, uno detrás de otro, alrededor de la mesa: inocente escena del infierno dantesco.[49]

Durante el tiempo que duró la rutina de las curas termales, fue acompañado por la familia de su hija, sobre todo por sus nietos. De regreso de Enghien-les-Bains, después de haber descansado, por la tarde iba regularmente a hacer "un paseo y caminatas con los niños, con consecuencias para los oídos y la vista (por no hablar del intelecto) mucho más nocivas incluso que las experimentadas con el Hegel de la Fenomenología del espíritu".

A pesar de los esfuerzos y su máximo empeño, el catarro bronquial no había aún "exhalado su último estertor" y los médicos sugirieron a Marx seguir con la cura hasta mitad de agosto. En conjunto, sin embargo, su condición había mejorado y al inicio del mes tuvo incluso un encuentro con algunos dirigentes del movimiento obrero parisino. De la reunión tomaron parte José Mesa (1840-1904), Lafargue, Gabriel Deville (1854-1940) y Jules Guesde, y Marx le reportó a Engels que, después de varios meses, era "la primera vez que había consentido una reunión de este tipo. El hablar animado, y las charlas, siempre me fatigan… post festum".[50]

Marx cumplió con "la última peregrinación a la sala de inhalación" el 20 del mismo mes. En el curso de la visita de despedida del doctor Feugier, éste le dijo que "el ruido de la fricción pleural permanecía en el statu quo, circunstancia del todo prevista". En común acuerdo con su colega Dourlen, le aconsejó ir al lago de Ginebra, "de donde llegan noticias meteorológicas favorables", con la esperanza que "los últimos rastros del […] catarro bronquial pudiesen desaparecer con el sol".[51]

Esta vez, no pudiendo exponerse "sólo a los riesgos de un viaje", Marx fue escoltado por su hija Laura, a quien le recordó, paragonándose casi irónicamente al ismaelita Rashīd ad-Dīn Sinān (1132/1135-1192), el jefe de la secta de los Asesinos que desempeñó una función importante en la Tercera Cruzada, que era su deber "acompañar al viejo de la montaña".[52] Antes de partir, Marx recibió la carta de un corresponsal parisino de varios "periódicos teutones". Éste, que se

había declarado su “humilde y devoto servidor”, le había pedido una entrevista, aduciendo como motivación, “que todos los ambientes de la sociedad alemana estaban ansiosos de recibir noticias sobre su estado de salud”. Marx informó a Engels que, “naturalmente no había respondido a aquel escritorzuelo chupamedias”.[53]

La primera etapa del viaje, realizada sólo durante las horas diurnas para “evitar cualquier motivo de recaída”,[54] fue Lausana. Marx llegó con un resfriado, adquirido después del encuentro que tuvo, antes de partir, con Joseph Roy (1830-1916), el traductor de El capital en lengua francesa. Contrariando las previsiones climáticas, fue recibido con un clima “húmedo y relativamente frío”. Así le contó a Engels: “mi primera pregunta al camarero fue: ¿Desde cuándo llueve aquí? Respuesta: ha estado lluvioso sólo los últimos dos días (por lo tanto, desde mi partida de París) ¡Qué extraño!”[55] El destino final del viaje fue la pequeña ciudad de Vevey, situada al lado noreste del lago de Ginebra. Marx escribió a Engels que “continuaba tosiendo”, pero que, con el tiempo, todo iba bien: “vivimos como en el país de la Cucaña”.[56] Su compañía le hacía mucha falta, e intentó convencer a su amigo de alcanzarlo en Londres. Engels, sin embargo, estaba preocupado por la gestión de todos los problemas prácticos, con el fin de garantizar a Marx la continuidad de las ahora recurrentes curas: “estaría rabiosamente contento de ir a verte, pero si me sucede cualquier cosa, aunque sea sólo temporal, sería un verdadero caos para todas nuestras cuestiones financieras”.[57] Esto ameritaba y expresaba, una vez más, su gratitud: “el altruismo que muestras hacia mí es increíble y frecuentemente me avergüenzo en silencio”.[58]

Después de la vuelta a la casa de Laura en París, a fin de mes, Marx fue nuevamente con el médico para obtener “el permiso para atravesar la Mancha”.[59] Éste lo encontró “muy mejorado [y…] cerca de liberarme de este obstinado catarro”. Por tanto, le impuso no permanecer “en Londres más de 15 días o, sólo si el tiempo es óptimo, tres semanas […] La campaña de invierno [debiera…] iniciarse, a su tiempo, en la isla de Wight”. Como sea, ironizó con el amigo que lo esperaba en Inglaterra: “si el gobierno francés fuese informado de mi presencia aquí, probablemente me expulsarían sin el permiso del doctor Dourlen”.[60]

3. “LO QUE ES CIERTO ES QUE NO SOY MARXISTA”

Los días pasaron rápido en Londres. El 9 de octubre escribió a su hija Laura que su “tos [era] aún fastidiosa”[61] y que debía intentar “liberarse de ella del todo, antes de volver a ser perfectamente eficiente”. La llegada del otoño trajo humedad y niebla. El doctor Donkin, con quien había vuelto a su tratamiento, le aconsejó alojarse nuevamente en la isla de Wight. Antes de salir, pasó una jornada entera con Engels, quien le escribió a Lafargue: “ha estado aquí para el almuerzo conmigo, luego cenamos todos en su casa y nos quedamos tomando ron hasta la una”,[62] y el 30 de octubre volvió a Ventnor.

Sin embargo, poco después de su llegada, Marx desmejoró nuevamente, esta vez a causa de un reumatismo “cerca de la vieja área de mi recurrente pleuritis”.[63] Fue obligado, entonces, a conocer a un nuevo médico, el doctor James Williamson (?), que le prescribió un remedio a base de “quinina […] morfina y cloroformo”.[64] Además, para que sus “paseos al aire libre” no estuviesen condicionados “por las oscilaciones de la temperatura, fue obligado a llevar adentro el respirador, para usar en caso de necesidad”.

En tales condiciones y luego de este “largo periodo de anegamiento intelectual”,[65] Marx consideró imposible volver a dedicarse a la preparación de la tercera edición alemana de El capital y, de hecho, el 10 de noviembre escribió a su hija Eleanor, que fue a buscarlo, después de pocos días, con su nieto Johnny: “dadas las circunstancias, no he comenzado a trabajar seriamente, pero me he mantenido ocupado con una y otra cosa a modo de preparación”.[66] En este periodo volvió al estudio de la antropología y transcribió algunas de las páginas más interesantes del libro El origen de la civilización y la condición primitiva del hombre [1870] de John Lubbock (1834-1913).

Engels lo mantenía actualizado de la situación en Londres: “en casa todo bien, pero la cerveza no es buena en ninguna parte; sólo es buena la alemana del West End”,[67] pero Marx no podía darle noticias positivas. La tos había aumentado y se manifestaba también una fastidiosa ronquera. Por esto, fue nuevamente “condenado a permanecer recluido”, imposibilitado de dejar su habitación, como

se lamentó con su amigo, “hasta que no pase la inflamación”.[68]

El 14 de diciembre escribió a su hija Laura que “desde hace dos semanas, a causa de un catarro traqueal, estaba obligado a los arrestos domiciliarios”. Agregó que vivía “como un eremita, no veía a nadie, salvo las visitas del doctor Williamson”,[69] quien, a causa del tiempo “muy húmedo y lluvioso”, no le había dado permiso de salir “hasta que no sea una bella jornada”.[70] A pesar de todas las adversidades, en cuanto le era posible, Marx no dejó de comentar las noticias más actuales y las posiciones de los dirigentes del movimiento obrero. Con algunos de éstos estaba “irritado” por el uso de “una cierta […] fraseología ultrarrevolucionaria que siempre he considerado ‘vacía’; una especialidad que los nuestros harían bien en dejársela a los así llamados anárquicos que, en realidad, son los pilares del orden existente, no los creadores del desorden”.[71]

Del mismo modo, no se ahorró las críticas con quienes no se mostraban capaces de conservar una posición autónoma de clase y advirtió sobre la absoluta necesidad, de parte de los trabajadores, de oponerse a las instituciones y a la retórica del Estado. Cuando, por ejemplo, el presidente del Congreso de las cooperativas y diputado Joseph Cowen (1829-1900) — que Marx consideraba “el mejor entre los parlamentarios ingleses”— justificó la invasión de Egipto por parte de Inglaterra,[72] él señaló a su hija Eleanor su total desaprobación.

Ante todo, arremetió contra el gobierno: “¡Genial! No podrían ser el ejemplo más desfachatado de hipocresía cristiana, esta ‘conquista’ de Egipto, ¡una ocupación en pleno tiempo de paz!” Además, puso la mira en Cowen que, en un discurso público, efectuado el 8 de enero de 1883 en Newcastle, había expresado su admiración por “esta acción ‘heroica’, [por] el esplendor del desfile militar” y “había sonreído, complacido, frente al deslumbrante cuadro de todas las posiciones ofensivas, fortificadas entre el Atlántico y el océano Índico y, además, del imperio ‘afrobritánico’ desde el delta del Nilo hasta la región del Cabo”. Era el “estilo inglés”, caracterizado por el respeto por “los intereses de la patria”.

Para Marx, en cuestiones de política exterior, Cowen no era otra cosa que el típico ejemplo de esos “pobres burgueses británicos que, compungiéndose, asumen siempre la mayor ‘responsabilidad’ por desempeñar su misión histórica, aunque protestando, en vano, en contra de ella”.[73] Se interesó fuertemente por el aspecto económico del caso, como demuestran las ocho páginas de fragmentos que redactó a partir del artículo de Egyptian Finance, de Michael George

Mulhall (1836-1900), publicado en el número de octubre de la revista londinense The Contemporary Review.[74] Hasta su muerte, en consecuencia, Marx dio batalla, con celo inflexible, a las naciones que desde siempre había considerado los principales responsables de la reacción en Europa: el Reino Unido y Rusia. A esta última le prestó gran atención y, también en otoño de 1882, como demuestran dos de los últimos cuadernos de apuntes redactados por él, se interesó por todos los cambios que allí acontecían.[75] En particular, Marx estudió algunas obras recientemente publicadas en las cuales se examinaban las nuevas relaciones económico-sociales surgidas luego de la reforma de la tierra de 1861, mediante la cual fue abolida la esclavitud. Entre los libros resumidos estaban Los campesinos en el tiempo de la emperatriz Catalina II [1881], de Vasili Semevski (1848-1916), El artel en Rusia [1881], de Andrei Isaev (1851-1924), La tierra comunal rural en la provincia de Arcangelo [1882] , de Gerard Minejko (1832-1888) y El destino del capitalismo en Rusia [1882], de Vasili Voroncov (1847-1918); junto con los trabajos más limitados temporalmente La cuestión campesina durante Alejandro II [1862], de Aleksandr Skrebicki (1827-1915), y En la periferia y en la capital [1870], de Fedor Elenev (1827-1902), que había firmado su obra con el seudónimo de Skaldin.[76] En aquel periodo, algunos artículos que salieron en San Petersburgo habían reportado “la gran fortuna de sus teorías en aquel país”. Marx se alegró vivamente, ya que, como contó a su hija Laura: “en ninguna otra parte mi éxito me da mayor placer. Me da la satisfacción de perjudicar a una potencia que, junto con Inglaterra, es el verdadero bastión de la vieja sociedad”.[77] Por otro lado, no se ahorraba la crítica con ninguno. En Francia, por ejemplo, después del surgimiento del Partido Obrero, en septiembre de 1882, Marx se lanzó contra los maridos de sus dos hijas mayores, de quienes escribió a Engels, en un ataque de ira: “Longuet es el último proudhoniano y Lafargue el último bakuninista, ¡que se vayan al diablo!”[78] Del mismo modo, se ofendió varias veces con quienes se declaraban seguidores de sus ideas sin conocerlas y para ellos profirió con agudeza e ironía: “lo único cierto es que no soy marxista”.[79] Marx no pudo seguir de cerca los desarrollos del movimiento proletario europeo, ni continuar con su obra científica. Si bien había intentado, de todos los modos posibles y con todas sus fuerzas, reponerse para retomar el trabajo y había pedido a su hija Eleanor, que fue a encontrarse con él para fin de año, de llevarle algunos libros: “tráeme la Fisiología, la de [Johannes] Ranke [… y] también aquel horrendo librito de [Edward] Freeman [1823-1892] (La historia de Europa) [1876], ya que sustituye la tabla cronológica”,[80] la inestabilidad de su salud y la aprehensión por el estado físico de Jenny, nuevamente agravadas después del nacimiento de su última hija, contribuyeron a dejarlo en condiciones desesperadas.

El 6 de enero le contó al doctor Williamson, que, apenas levantado, había "sido tomado, de improviso, por una tos espasmódica que me ahogó y me ha hecho luchar contra el sofocamiento". Marx no tenía duda sobre la verdadera naturaleza de su malestar. En la tarde anterior había recibido una carta con la noticia terrible sobre la salud de su hija primogénita: "estaba al corriente de la gravedad de su enfermedad, pero no estaba preparado para el anuncio de que había entrado en una fase crítica".[81] También a Engels le confesó que había experimentado el "riesgo de sofocarse" y que, "ahora la excitación nerviosa" lo golpeaba "súbitamente en la garganta".[82] Escribió a su hija Eleanor:

Creo que es debido a la excitación nerviosa, ¡por el miedo por la pequeña Jenny! […] Hubiese ido rápido a Argenteuil, pero así sólo hubiese sumado a la pequeña también el peso de un huésped enfermo. Nadie, de hecho, podía garantizarme que el viaje no me habría castigado con una recaída, que he evitado afortunadamente hasta ahora. Sin embargo, es desgarrador no poder estar con ella.[83]

Así, una vez más, para Marx dio inicio un periodo de un "largo confinamiento en casa",[84] durante el cual a la "tos casi permanente […] ya bastante fastidiosa", se agregaron "crisis cotidianas de vómitos", que hicieron su situación casi insostenible. No obstante, la perspectiva de una curación no parecía completamente perdida. Él se quejó con Eleanor que su lamentable estado le impedía "trabajar casi siempre", pero le reveló que también "el doctor cree —lo cree ahora ¡y esto es significativo!— lograr liberarme de este tormento […] Quien vive, verá".[85]

Desgraciadamente, un nuevo suceso dramático canceló toda esperanza de recuperación. El 11 de enero, aún antes de haber cumplido treinta y nueve años, Jenny murió de cáncer en la vesícula. Después de la muerte de su esposa, Marx tuvo que afrontar también la pérdida de una de sus queridísimas hijas. La noticia tuvo un gran impacto en un hombre ya gravemente enfermo y marcado por una vida de sufrimientos. El relato de aquel momento, hecho posteriormente por Eleanor, testimonia, de manera dramática, las penosas circunstancias:

Recibimos cartas de Mohr […] en las que decía que la salud de Jenny iba mejorando y que nosotras (Helene [Demuth] y yo) no nos preocupáramos. El telegrama que nos anunció el fatal desenlace llegó una hora después de la carta en que Mohr nos escribía lo arriba dicho. Salí de inmediato hacia Ventnor. Durante mi vida he tenido muchas horas tristes, pero ninguna tan triste como aquella. Sentí que llevaba a mi padre a su sentencia de muerte. Durante el largo y desasosegado viaje me torturé pensando en cómo le podía comunicar la noticia. No tuve necesidad de decir nada; mi rostro me traicionó. Mohr dijo en seguida: “¡Nuestra pequeña Jenny ha muerto!” Y de inmediato me pidió que me trasladara a París y ayudara con los niños. Yo quise permanecer a su lado, pero él no permitió ninguna réplica. No hacía apenas media hora que me encontraba en Ventnor, cuando ya volví al triste y sombrío camino de regreso a Londres, para dirigirme desde allí a París. Hice lo que Mohr me había pedido por amor a los niños.[86]

El 13 de enero, también Marx se puso en camino rápidamente para volver a casa. Antes de dejar la isla de Wight, comunicó la razón de su pronta partida para Londres al doctor Williamson —“la fatal noticia de la muerte de mi hija”— despidiéndose del cual agregó: “encuentro un poco de consuelo en un terrible dolor de cabeza. El dolor físico es el único ‘aturdimiento’ del dolor mental”.[87] Fueron éstas sus últimas palabras dejadas en una carta.

▪

[1] Karl Marx a Friedrich Engels, 1 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 213-214.

[2] Karl Marx a Paul Lafargue, 20 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 221. Él agregó: “pero el sol africano y el aire milagroso de aquí han sido una idea de la que no me considero responsable”.

[3] Karl Marx a Jenny Longuet, 16 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 219.

[4] Karl Marx a Jenny Longuet, 27 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 224. A la hija le agregó: “entre nosotros: también en la isla de Wight el tiempo había sido adverso, pero mi salud había mejorado realmente […]. En Londres, en cambio, la agitación de Engels (y también de Lafargue que hablaba por hablar y sostenía que los “paseos”, el aire fresco, etc., eran todo lo que yo necesitaba) me trastornaron. Sentía que no lo podía aguantar más; ¡de aquí mi impaciencia de irme de Londres a toda costa! Se puede matar también por amor sincero […] en estos casos nada es más peligroso para un convaleciente”, ibid.

[5] Karl Marx a Paul Lafargue, 20 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 221-222.

[6] Karl Marx a Friedrich Engels, 1 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 215.

[7] Karl Marx a Friedrich Engels, 28-31 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 226.

[8] Karl Marx a Jenny Longuet, 16 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 219.

[9] Karl Marx a Jenny Longuet, 27 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 225.

[10] Karl Marx a Friedrich Engels, 1 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 215.

[11] Marx a Friedrich Engels, 4 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 229.

[12] Karl Marx a Pëtr Lavrov, 23 de enero de 1882, en MECW, vol. 46, p. 184.

[13] Marx a Jenny Longuet, 27 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 225.

[14] Karl Marx a Paul Lafargue, 20 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 221.

[15] Marx a Jenny Longuet, 6 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 230.

[16] Karl Marx a Friedrich Engels, 20 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 210.

[17] Cf. Paul Lafargue a Friedrich Engels, 19 de junio de 1882, en Frederick Engels, Paul y Laura Lafargue, Correspondence, I, 1868-1886, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1959, p. 87.

[18] Cf. Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 22 de febrero de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 210-211. Lafargue exageró seguramente, cuando afirmó que "Marx ha vuelto con la cabeza llena de África y árabes. Ha aprovechado su estadía en Argel para devorar la biblioteca, ya que me parece que ha leído un gran número de obras sobre las condiciones de los árabes", Paul Lafargue a Friedrich Engels, 16 de junio de 1882, en Engels, Paul y Laura Lafargue, Correspondence, cit., p. 83. Es más verosímil, como ha observado Badia, que Marx no pudo "aprender grandes cosas sobre la situación social y política de la colonia francesa. Al contrario [sus] cartas de Argelia testimonian su curiosidad multiforme", en Gilbert Badia, Marx en Algérie, en Karl Marx, Lettres d'Alger et de la Côte d'Azur, París, Le Temps des Cerises, 1997, p. 13.

[19] Karl Marx, Excerpts from M. M. Kovalevskij (Kovalevsky), Obschinnoe Zemlevladenie. Prichiny, hod i posledstviya ego razlozheniya, en Lawrence Krader, The Asiatic Mode of Production. Sources, Development and Critique in the Writings of Karl Marx, Assen, Van Gorcum, 1975, p. 405. Las palabras entre paréntesis son un agregado de Marx, mientras que la cita de los “Annales de l’assemblée nationale du 1873”, XVII, París, 1873, está incluida en el volumen de Kovalevski. Estos extractos se realizaron en septiembre de 1879. Cf. Kevin Anderson, Marx at the Margins, Chicago, The University of Chicago Press, 2010, pp. 219-220.

[20] Marx, Excerpts from M. M. Kovalevskij (Kovalevsky), cit., pp. 411, 408 y 412.

[21] Ibid., p. 412.

[22] Al respecto cf. Marlene Vesper, Marx in Algier, Bonn, Pahl-Rugenstein, 1995, pp. 33-34, que reporta fragmentos del artículo “Les Concessions”, aparecido en el diario local.

[23] Karl Marx a Paul Lafargue, 20 de marzo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 220. Marx agregó que “se puede observar la misma costumbre en diversas regiones de Sudamérica”.

[24] Este número corresponde a las cartas conservadas. En realidad, Marx escribió otras. De hecho, una parte de las dirigidas a la hija Eleanor se perdieron, lamentablemente: “Desde Argel me escribió extensas cartas, muchas de las cuales se han perdido, puesto que a petición suya también se las envié a Jenny y ésta sólo me devolvió unas pocas”, Eleanor Marx, en Enzensberger (ed.),

Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 430.

[25] Karl Marx a Jenny Longuet, 6 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 231-232.

[26] Karl Marx a Laura Lafargue, 13-14 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 242.

[27] Ibid., p. 238.

[28] Karl Marx a Friedrich Engels, 8 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 234.

[29] Karl Marx a Friedrich Engels, 18 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 246-247.

[30] Karl Marx a Laura Lafargue, 13-14 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 243.

[31] Ibid.

[32] Karl Marx a Friedrich Engels, 28 de abril de 1882, en MECW, vol. 46, p. 249.

[33] Marx dijo, no obstante, no haber tenido "un solo día de paz completa"; en las

ocho semanas anteriores al encuentro con el fotógrafo había “mostrado, una vez más, buena cara al mal tiempo”, ibid. Engels estaba muy contento por la semblanza del amigo y escribió: “En Argel [Marx] se ha sacado una fotografía y su aspecto de verdad ha vuelto a ser aquel de hace un tiempo”, en Friedrich Engels a August Bebel, 16 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 259. Cf. también Vesper, Marx in Algier, cit., pp. 130-135.

[34] Karl Marx a Friedrich Engels, 8 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 253.

[35] Karl Marx a Eleanor Marx, 28 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 267.

[36] Cf. Karl Marx a Friedrich Engels, 5 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 272.

[37] Karl Marx a Friedrich Engels, 20 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 262. Marx no avisó a la hija, que se habría “preocupado en vano”, pero informó sólo a Engels, “de los últimos eventos”, ibid., p. 264.

[38] Karl Marx a Friedrich Engels, 8 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 254.

[39] Karl Marx a Eleanor Marx, 28 de mayo de 1882, en MECW, vol. 46, p. 268.

[40] Ibid., p. 269. El ingeniero inglés Joseph Jaggers (1830-1892) descubrió, en cambio, el sistema para desbancar al casino, sin recurrir a ningún sistema científico, sino simplemente estudiando una disfunción mecánica. En 1873, éste se dio cuenta de una ruleta más desbalanceada que las otras, en la cual nueve

números salían más frecuentemente. Él llegó a ganar un millón y medio de francos, antes de que el casino se diera cuenta del defecto y lo pudiese eliminar con un simple mantenimiento técnico.

[41] Karl Marx a Friedrich Engels, 5 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 272.

[42] Ibid., p. 274.

[43] Karl Marx a Jenny Longuet, 4 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 271.

[44] Karl Marx a Friedrich Engels, 5 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 274. Frecuentemente, las cartas de Marx son ricas en referencias literarias. En este caso, hizo alusión a la obra de Adolph von Knigge (1752-1796), intitulada, precisamente, De las relaciones con las personas [1788].

[45] Karl Marx a Jenny Longuet, 4 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 272.

[46] Karl Marx a Friedrich Engels, 9 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 275.

[47] Ibid. Como informó a Engels, “respecto de sus próximas peregrinaciones, decidirán los médicos”, Friedrich Engels a Friedrich Sorge, 20 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 278.

[48] Karl Marx a Friedrich Engels, 24 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 284.

Sobre las pésimas condiciones meteorológicas que lo persiguieron también después de haber vuelto a la casa de la hija, véase lo observado por Lafargue: “los parisinos están desesperados, no han tenido nunca un junio como éste. Es tan horrible que se podría pensar de estar en Inglaterra. Marx soporta el mal tiempo. Me ha dicho que en todas partes a las que ha ido, había un lamento general a propósito del tiempo apenas llega y se sienta en una mesa: así bello ayer, y así miserable hoy. ‘Es culpa mía’ —decía Marx— ‘llevo el mal tiempo conmigo’. Si hubiese vivido en el medievo, se lo hubiese echado a la hoguera como una bruja”, Paul Lafargue a Friedrich Engels, 16 de junio de 1882, en Engels, Paul y Laura Lafargue, Correspondence, cit., p. 85.

[49] Karl Marx a Friedrich Engels, 4 de julio de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 290-291.

[50] Karl Marx a Friedrich Engels, 3 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 234-235.

[51] Karl Marx a Friedrich Engels, 21 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, p. 308. Entretanto, Engels escribió a Jenny: “Tenemos todas las razones de estar satisfechos de las mejoras, teniendo en cuenta el clima adverso que lo ha perseguido obstinadamente y de las tres pleuritis, dos de ellas muy graves. […] Un poco de Enghien o de Cauterets para erradicar los residuos de la bronquitis y luego una cura climática sobre los Alpes o los Pirineos lo traerán de nuevo completamente y le permitirán retomar el trabajo”, Friedrich Engels a Jenny Longuet, 27 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 315-316.

[52] Karl Marx a Laura Lafargue, 17 de junio de 1882, en MECW, vol. 46, p. 277.

[53] Karl Marx a Friedrich Engels, 24 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, p. 310.

[54] Karl Marx a Friedrich Engels, 21 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, p. 308.

[55] Karl Marx a Friedrich Engels, 24 de agosto de 1882, en MECW, vol. 46, p. 310.

[56] Karl Marx a Friedrich Engels, 4 de septiembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 317.

[57] Friedrich Engels a Karl Marx, 12 de septiembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 319.

[58] Karl Marx a Friedrich Engels, 16 de septiembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 326.

[59] Karl Marx a Friedrich Engels, 28 de septiembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 337.

[60] Karl Marx a Friedrich Engels, 30 de septiembre de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 338-339.

[61] Karl Marx a Laura Lafargue, 9 de octubre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 340.

[62] Friedrich Engels a Paul Lafargue, 30 de octubre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 352. Dos días antes, Engels había escrito a Bebel, en Alemania: "Marx partirá pasado mañana […] Se encuentra en plena curación y, si no se producen recaídas en la pleuritis, el próximo otoño estará más fuerte de cuanto lo estuvo en los últimos años", Friedrich Engels ad August Bebel, 28 de octubre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 349. En seguida, no obstante, Engels ofreció una reconstrucción menos optimista y más verdadera de la situación: "Marx estaba tan cansado de estar dando vueltas sin hacer nada que un nuevo exilio hacia el sur de Europa habría probablemente dañado su moral tanto como le habría sido útil físicamente. Con la llegada de la niebla a Londres partió para la isla de Wight", en Friedrich Engels a Friedrich Sorge, 15 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 461.

[63] Karl Marx a Eleanor Marx, 10 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 371.

[64] Karl Marx a Friedrich Engels, 11 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 375.

[65] Karl Marx a Friedrich Engels, 8 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 366 y 365.

[66] Karl Marx a Eleanor Marx, 10 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 371.

[67] Friedrich Engels a Karl Marx, 23 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 385.

[68] Karl Marx a Friedrich Engels, 4 de diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 392

[69] Karl Marx a Laura Lafargue, 14 de diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 398-399.

[70] Karl Marx a Friedrich Engels, 18 de diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 409.

[71] Karl Marx a Laura Lafargue, 14 de diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 398.

[72] Marx se refería a la guerra anglo-egipcia que, en 1882, confrontó a las fuerzas egipcias, guiadas por Ahmad ‘Urabi (1841-1911) y las tropas del Reino Unido. Ésta concluyó con la batalla de Tell al-Kebir (13-14 de septiembre de 1882) que puso fin a la denominada revuelta de ‘Urabi comenzada en 1879. Su resultado permitió la creación de un protectorado inglés en Egipto.

[73] Karl Marx a Eleanor Marx, 9 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, pp. 332-333.

[74] Cf. IISG, Karl Marx y Friedrich Engels Papers, B 168, pp. 11-18.

[75] Cf. IISG, Karl Marx y Friedrich Engels Papers, A 113 y B 167. Este último cuaderno contiene también la lista “Ruso en mis estantes”, es decir una lista de las publicaciones disponibles en esta lengua en la biblioteca personal de Marx.

Ésta deja entrever su propósito de volver sobre el tema, si tuviese fuerzas y tiempo.

[76] Para más información sobre el uso de estos textos de parte de Marx se remite al volumen Marx - Engels, Die Bibliotheken von Karl Marx und Friedrich Engels, cit., pp. 597, 343, 463, 667, 603-604 y 245-246.

[77] Karl Marx a Laura Lafargue, 14 de diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 311.

[78] Karl Marx a Friedrich Engels, 11 de noviembre de 1882, en MECW, vol. 46, p. 375.

[79] Esta afirmación se encuentra en la carta del 2-3 de noviembre de 1882 de Friedrich Engels a Eduard Bernstein, con quien, retomando la posta del intercambio de Marx con Lafargue, se lamentó usando estas palabras: “Lo que en Francia se conoce como ‘marxismo’ es en efecto un producto del todo particular”, ibid., p. 279. Esto fue repetido en una carta del 7 de septiembre de 1890, publicada seis días después, dirigida a la redacción del Sozialdemokrat, cf. F. Engels, Antwort an die Redaktion der “Sachsischen Arbeit-Zeitung”, en Marx Engels Werke, XXII, Berlín, Dietz, 1963, p. 69, y en otras dos cartas privadas: a Conrad Schmidt, el 5 de agosto de 1890, y a Paul Lafargue, el 27 de agosto de 1890, en MECW, vol. 49, pp. 7 y 22. La frase es reportada de un modo errado por Karl Kautsky, quien sostuvo que Marx la había utilizado con este último, cf. B. Kautsky (ed.), Friedrich Engels’ Briefwechsel mit Karl Kautsky, Viena, Danubia, 1955, p. 90. Fue utilizada, en fin, por el traductor de El capital al ruso, German Lopatin, en una carta a Marija Nikolaeva Osanina del 20 de septiembre de 1883: “¿Se acuerda cuando le dije que ni el propio Marx había sido nunca un marxista? Engels me contaba que durante la lucha de Brousse, Malon y compinches contra lo demás, Marx había exclamado riendo: “Lo único que puedo decir, es que yo no soy marxista”, en Enzensberger (editor), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 433. Sobre el tema, cf. Rubel, Marx

crítico del marxismo, cit., pp. 60-61.

[80] Karl Marx a Eleanor Marx, 23 diciembre de 1882, en MECW, vol. 46, pp. 417-418. Marx se refería a la tabla cronológica sobre la historia mundial que había comenzado a preparar en el otoño de 1881.

[81] Karl Marx a James Williamson, 6 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 419.

[82] Karl Marx a Friedrich Engels, 10 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 425.

[83] Karl Marx a Eleanor Marx, 8 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, pp. 420-421.

[84] Karl Marx a Friedrich Engels, 10 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 425.

[85] Karl Marx a Eleanor Marx, 9 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 423.

[86] La declaración de Eleanor Marx está en Enzensberger (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, cit., p. 430.

[87] Karl Marx a James Williamson, 13 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 429.

EPÍLOGO: SALIDA DE ESCENA

La reconstrucción de las últimas semanas de vida de Marx fue posible gracias a los testimonios dejados por los miembros de su familia y, sobre todo, por la correspondencia de Engels.

En una carta de éste dirigida a Eduard Bernstein, se sabe que, después de regresar de Ventnor, Marx estuvo “confinado en casa por una bronquitis, por ahora ligera por suerte”.[1] En febrero, Engels informó a Bernstein —devenido en aquel periodo el dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, con quien asiduamente intercambiaba noticias— que “desde hace tres semanas está tan ronco que logra hablar poco”.[2]

El 16 de febrero Engels escribió a Laura Lafargue: “últimamente, [Marx] ha pasado noches de insomnio terribles que le han quitado el apetito intelectual, tanto que ha comenzado a leer catálogos de casas editoriales, en vez de novelas”.[3] Mientras que al día siguiente comentó a ésta sobre “una buena señal […:] ha dejado de lado los catálogos y ha vuelto a Frédéric Soulié” (1800-1847), uno de los escritores más populares en Francia que había precedido la revolución de 1848. Sin embargo, el temor permanecía muy alto, “dado que, mientras que hace falta curar los aspectos más urgentes, o sea los órganos de la respiración, y cada tanto se le debe suministrar el somnífero, termina descuidándose el resto, por ejemplo, su estómago”.[4] Aunque buscaba alimentarse lo más posible, Marx frecuentemente prefería ingerir tan sólo medio litro de leche, bebida que en el pasado no le había gustado, a la cual agregaba ron o brandy. Para mantenerlo caliente, le preparaban baños de pies con mostaza.

A fin de mes Engels informó nuevamente a Bernstein: “Marx no está aún en condiciones de trabajar, permanece en casa […] y lee novelas francesas. Su caso parece muy complicado”.[5] La semana siguiente, Engels escribió a Bebel, explicándole que “la salud de Marx no muestra las mejoras que debería”.[6] El 10 de marzo, finalmente, Engels comunicó a Laura después de un control del doctor Donkin: “ha visitado al Moro y estoy contento de poder decir que su respuesta ha sido mucho más favorable que la de dos semanas atrás”. Agregó, sin embargo, que estaba “muy debilitado porque (tenía) dificultad de tragar”, y que debían “obligarlo a comer y a beber”.[7] Los acontecimientos empeoraron

rápidamente. El deterioro del cuerpo de Marx fue muy veloz y a esto se agrega, finalmente, un absceso pulmonar. Engels comenzó a preocuparse en que, para el amigo de toda su existencia, haya llegado su momento final: “todas las mañanas, durante las últimas seis semanas, cuando daba vuelta en la esquina sentía un miedo mortal de que sus persianas estuviesen cerradas”. Este temor se cumplió a las 14:45 del 14 de marzo de 1883.

El relato de Engels más completo y lleno de las palabras más conmovedoras, sobre el último día de vida de Marx, fue dirigido a Sorge, el compañero que había sido secretario de la Asociación Internacional de Trabajadores, después de su traslado a los Estados Unidos de América, en 1872. A éste informó:

Llegué a las 14:30, la hora que él prefería para la visita cotidiana. La casa estaba en lágrimas, decían que se acercaba el final […] Se había verificado una pequeña hemorragia, seguida de un colapso repentino. Nuestra buena vieja Lenchen, que lo ha cuidado como ni siquiera una madre cuidaría de su propio hijo, ha subido y luego bajado. Ha dicho que se ha calmado. Cuando entramos, él yacía en la cama dormido, pero no despertaría nunca más. No había pulso, ni respiración. En dos minutos había expirado, serenamente y sin dolores.[8]

Engels comprendió inmediatamente, no obstante el inmenso desánimo por la pérdida de su querido amigo, que, dada su irreversible condición de salud, a Marx le había tocado una muerte serena. Comentó a Sorge:

Todos los eventos que suceden por causa natural traen consigo el propio consuelo, por más terribles que sean. Ha sido así incluso en este caso. Quizás, la habilidad de los doctores le hubiese podido asegurar algún año más de existencia vegetativa; la vida de un ser impotente, quien, debido al triunfo de la medicina, no muere de un solo golpe, pero que sucumbe poco a poco. Sin embargo, Marx no lo hubiese podido soportar. Vivir con todos estos trabajos incompletos frente a sí, anhelando, como Tántalo, poder terminarlos sin poder hacerlo, habría sido para él mil veces más amargo que la dulzura de la muerte que lo ha sorprendido. “La muerte no es una desgracia para quien muere, sino para quien permanece”,[9] él solía decir con Epicuro. Y ver a este hombre vegetar como una reliquia para

mayor gloria de la medicina y para la burla de los filisteos que él, cuando estaba pleno de sus fuerzas, había frecuentemente destruido… no, mil veces mejor las cosas como han sido. Mil veces mejor que pasado mañana lo llevaremos a la tumba donde reposa su esposa. Después de todo lo que había sucedido antes, de lo cual los médicos no son mucho más conscientes que yo, en mi opinión no podía ser sino una elección.[10]

Sea como sea. La humanidad posee una mente menos, la más importante de la que se podía aventajar hoy. El movimiento proletario, sigue su propio camino, pero ha desaparecido su punto central, aquel frente al que los franceses, rusos, americanos y alemanes se dirigían automáticamente en los momentos decisivos, para recibir aquel claro e inconfundible consejo que sólo el genio y el completo conocimiento de causa podía ofrecerles. Los reaccionarios locales, las pequeñas luminarias y quizá también los impostores se encontrarán con las manos libres. La victoria final queda asegurada, pero los caminos tortuosos, los extravíos temporarios y locales —que ya eran inevitables— aumentarán ahora más que nunca.[11] Pues bien, tendremos que lidiar con esto. De otra manera, ¿Qué estamos haciendo? De cualquier modo, estamos muy lejos de perder nuestra valentía.[12]

Fue esto precisamente lo que sucedió. Tantos otros, después de la muerte de Marx, alzaron sus banderas. Desde América Latina al Extremo Oriente, en las sedes sindicales más pobres de la periferia o en las aulas magnas de las universidades más prestigiosas, decenas de decenas de millones de trabajadores y trabajadoras y de jóvenes estudiantes leyeron sus escritos. Tomaron conciencia de su condición de oprimidos y encontraron, al mismo tiempo, inspiración para promover nuevos conflictos, organizando huelgas, movimientos sociales y partidos políticos. Lucharon por el pan y por las rosas, contra la injusticia y por la libertad y, haciendo esto, dieron plena actuación a las teorías de Marx.

En el curso de este largo proceso —durante el cual Marx ha sido estudiado a fondo, transformado en icono, embalsamado en manuales de régimen, tergiversado, censurado, declarado muerto, y una y otra vez siempre redescubierto— algunos han alterado completamente sus ideas con doctrinas y praxis que, en vida, él habría combatido convencido. Otros, en cambio, lo han enriquecido, actualizado y han puesto en evidencia problemas y contradicciones, con un espíritu crítico similar al que Marx había siempre adoptado y apreciado.

Aquellos que hoy vuelven a hojear las páginas de sus textos, o quienes se enfrentan a ellos por primera vez, no pueden sino quedar fascinados por la capacidad explicativa del análisis económico-social de Marx e involucrarse con el mensaje que se expresa, incesantemente, en toda su obra: organizar la lucha para poner fin al modo de producción burgués y por la completa emancipación de las trabajadoras y los trabajadores, de todo el mundo, del dominio del capital.

▪

[1] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 18 de enero de 1883, en MECW, vol. 46, p. 430.

[2] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 8 de febrero de 1883, en MECW, vol. 46, pp. 434.

[3] Friedrich Engels a Laura Lafargue, 16-17 de febrero de 1883, en MECW, vol. 46, pp. 440-441.

[4] Ibid., p. 441.

[5] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 27 de febrero-1 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 450.

[6] Friedrich Engels a August Bebel, 7 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 455.

[7] Friedrich Engels a Laura Lafargue, 10 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p.

456.

[8] Friedrich Engels a Friedrich Sorge, 15 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 462.

[9] La referencia es a la denominada Carta sobre la felicidad, que Epicuro escribió a Meneceo.

[10] Al respecto véanse las consideraciones de Engels: “Según mi opinión, la muerte de su mujer primero y, en una fase muy crítica, la de Jenny, luego, han contribuido a provocar la crisis final”, Friedrich Engels a Wilhelm Liebknecht, 14 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 458.

[11] Cf. las palabras de Engels, en una carta similar escrita la jornada anterior: “El movimiento proseguirá por su camino, pero deberá prescindir de la intervención calma, oportuna y ponderada que hasta ahora le ha ahorrado muchos desvíos fatigosos”, Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 14 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, p. 459.

[12] Friedrich Engels a Friedrich Sorge, 15 de marzo de 1883, en MECW, vol. 46, pp. 462-463.

APÉNDICE: POR EL PAN Y LAS ROSAS

En octubre de 1879, la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia (FPTSF), nacida el año anterior de la fusión de las distintas alas del socialismo francés, se reunió en congreso en Marsella.

Después de haber conquistado la mayoría del partido, Jules Guesde comenzó a trabajar en un programa político, con miras también a participar en las elecciones.

Fue en este periodo cuando, a través de Paul Lafargue, él se dirigió a Marx, para que lo asistiese en esta laboriosa tarea. Los dos se encontraron en Londres, en mayo de 1880. Apenas redactado, el programa apareció en varios cotidianos franceses —la versión más fiel fue publicada el 30 de junio de 1880 en L'Egalité, diario fundado por el mismo Guesde— y fue adoptado por el Congreso de Le Havre en noviembre de 1880.

Los pormenores de su redacción fueron revelados por Friedrich Engels, pocos meses después de su realización, en una carta dirigida a Eduard Bernstein:

Marx, en presencia de Lafargue y mía, ha dictado a [Guesde] aquí en mi habitación, las "consideraciones" del programa: el obrero es libre sólo cuando es propietario de sus medios de trabajo —cosa que puede asumir de manera individual o colectiva—, pero dado que la forma individual de propiedad es superada cada día por el desarrollo económico, queda entonces sólo la propiedad colectiva, etc. Una obra maestra de razonamiento estricto que, en pocas frases, aclara las cosas a las masas, de un modo como raramente he podido ver. Me ha dejado estupefacto incluso por su modo tan conciso.[1]

Engels recordó que, inmediatamente después, fueron discutidos los "contenidos del programa" y se aportaron algunas modificaciones a un borrador preparado anteriormente por Guesde: "hemos agregado algunas cosas, mientras que hemos suprimido otras".[2] Por último, Engels recordó la insistencia de Marx, tan tenaz

como vana, en proponer la eliminación del punto 3 del programa económico: “esa estupidez del salario mínimo”. En el mismo periodo, en una carta enviada al marido, también a la hija mayor de Marx, Jenny Longuet, comentó de la discusión ocurrida entre su padre y Guesde:

Respecto la cuestión de la garantía de un salario mínimo, quizá te interesará saber que papá ha hecho todo por convencer a Guesde de no incluirla en su programa; explicándole que una medida de este tipo, en tanto fuese adoptada, llevaría al resultado de que, en base a las leyes económicas, el mínimo garantizado se convertiría en el máximo. Pero Guesde ha permanecido firme con el pretexto de que así se ganaría, aunque sea, una cierta influencia sobre la clase obrera.[3]

El mismo Marx, al final, retomó el tema, en una carta dirigida al compañero Friedrich Sorge:

A excepción de algunas estupideces, como el salario mínimo fijado por ley, etc., que Guesde ha considerado necesario ofrecer a los trabajadores franceses a pesar de nuestras protestas (le he dicho que, si el proletariado francés era tan pueril de tener necesidad de concesiones similares, entonces no vale la pena elaborar ningún tipo de programa), la parte económica de este documento contiene muy brevemente —aparte de algunas líneas introductorias que definen, en pocas palabras, el objetivo comunista— sólo las reivindicaciones efectivamente surgidas, de modo espontáneo, del movimiento obrero. Haber hecho descender a los trabajadores franceses de sus nubes verbales al terreno de la realidad ha sido un paso verdaderamente importante, a pesar de que la situación ha suscitado la indignación de todos los teorizadores franceses que se ganan la vida “fabricando nubes”.[4]

En las escasas 700 palabras que componían este texto, Marx hizo una lista de las exigencias primarias de la clase trabajadora.

Partiendo del presupuesto que los proletarios no podrían ser nunca libres en un sistema de producción basado en el trabajo asalariado, y que su emancipación se realizaría sólo después de la conquista de la propiedad de los medios de producción, la clase obrera debía luchar activamente contra todo tipo de discriminación, en particular de género y racial, y debía trabajar para poner fin a la subalternidad de las mujeres en relación con los hombres.

Los trabajadores debían sostener una forma de gobierno descentralizada del poder y de carácter participativo, luchar por la supresión de la deuda pública y por un Estado sin ningún tipo de condicionamiento religioso. Éstos debían también conquistar el derecho a la educación para todos, a cargo de la colectividad y luchar contra la privatización de la propiedad pública, en favor de los bienes comunes. Al mismo tiempo, debían movilizarse para conquistar la autogestión de las oficinas y oponerse a cualquier forma de socialismo de Estado.

Para alcanzar tales fines devenía fundamental la organización política de los trabajadores, a través de la constitución de un partido político independiente, que necesariamente debía estar en competencia con los partidos democráticos y en lucha con los burgueses.

PROGRAMA ELECTORAL DE LOS TRABAJADORES SOCIALISTAS

Jules Guesde, Paul Lafargue, Karl Marx

Preámbulo

Considerando,

–que la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo y raza;

–que los productores no podrán ser libres hasta que no posean los medios de producción (tierra, fábricas, naves, bancos, créditos, etc.);

–que no hay sino dos formas mediante las que los medios de producción puedan pertenecerles:

La forma individual, que de hecho nunca ha existido de modo generalizado y que se disminuye cada vez más a causa del progreso industrial;

La forma colectiva, en la que los elementos materiales e intelectuales son constituidos por el progreso mismo de la sociedad capitalista.

Considerando,

–que esta apropiación colectiva no puede realizarse si no es a través de la acción revolucionaria de la clase productiva —o proletariado— organizada en un partido político propio;

–que una organización similar debe perseguir con todos los medios de los que dispone el proletariado, comprendidos el sufragio universal, transformando así de un instrumento de engaño, como ha sido hasta ahora, en un instrumento de emancipación;

–los trabajadores socialistas franceses, asignándose como objetivo de sus esfuerzos la expropiación política y económica de la clase capitalista y la vuelta a la colectividad de todos los medios de producción, han decidido, como instrumento de organización y de lucha, participar en las elecciones con las siguientes reivindicaciones inmediatas.

A. Programa político

–Abolición de todas las leyes sobre la prensa, sobre las reuniones y sobre las asociaciones, y sobre todo de las leyes contra la asociación internacional de los trabajadores.

Supresión de la “libreta”,[5] verdadero fichaje de la clase obrera, y todos los artículos del Código[6] que sancionan la inferioridad del obrero frente al patrón y la inferioridad de la mujer frente al hombre.

–Supresión de los fondos para el culto y restitución a la nación de los “bienes denominados de manos muertas, muebles e inmuebles, pertenecientes a las órdenes religiosas” (decreto de la Comune[7] del 2 de abril de 1871), comprendidos todos los anexos industriales y comerciales de tales órdenes.

–Supresión de la deuda pública.

–Abolición del ejército permanente y armamento general del pueblo.

–Que la Comuna sea patrona de su propia administración y tenga una policía propia.

B. Programa económico

–Reposo de un día a la semana y prohibición legal para los dadores de trabajo de hacer trabajar más de seis días sobre siete. Reducción por ley de la jornada laboral a ocho horas para los adultos. Prohibición de trabajar en las fábricas privadas para los menores de 14 años; y reducción de la jornada de trabajo a 6 horas para aquellos que tengan entre 14 y 18 años.[8] Supervisión y asistencia para los aprendices a cargo de los sindicatos obreros.

–Salario mínimo garantizado, determinado anualmente, sobre la base de los precios corrientes para los bienes de primera necesidad, por una comisión obrera estadística.

–Prohibición por ley para los patrones, de contratar obreros extranjeros por un salario inferior al de los obreros franceses.

–Igualdad de salario por el mismo trabajo para los trabajadores de los dos sexos.

–Instrucción científica y profesional para todos los jóvenes, cuyo mantenimiento está a cargo de la sociedad, representada por el Estado o por la Comune.

–Asistencia a los viejos y a los inválidos a cargo de la sociedad.

–Abolición de cualquier injerencia de los dadores de trabajo en la administración de los fondos obreros de socorro mutuo, de previsión, etc., los cuales son restituidos a la gestión exclusiva de los obreros mismos.

–Responsabilidad de los patrones en materia de accidentes, garantizada por un depósito que el dador de trabajo deberá hacer en las cajas de los fondos obreros, proporcional al número de los obreros contratados y al nivel de peligrosidad presente en cada fábrica particular.

–Intervención de los obreros en la definición de los reglamentos especiales de las diversas fábricas; supresión del derecho, aprovechado por los patrones, de imponer penalidades a sus obreros bajo la forma de multas o de retenciones sobre los salarios (decreto de la Comune del 27 de abril de 1871).

–Anulación de todos los contratos de privatización de la propiedad pública (bancos, ferrocarriles, minas, etc.) y funcionamiento de todas las fábricas del Estado a cargo de los obreros que trabajan en ellas.

–Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de todos los impuestos directos en un impuesto progresivo sobre los ingresos mayores de 3 000 francos. Supresión de cada herencia de líneas colaterales[9] y cualquier herencia por línea directa que supere los 20 000 francos.

▪

[1] Friedrich Engels a Eduard Bernstein, 25 de octubre de 1881, en MECW, vol. 46, p. 148.

[2] Ibid., pp. 148-149.

[3] Jenny Longuet a Charles Longuet, 23 de noviembre de 1880, en MECW, vol. 46, p. 474.

[4] Karl Marx a Friedrich Sorge, 5 de noviembre de 1880, en MECW, vol. 46, pp. 43-44. Entre las “estupideces” Marx observaba con escepticismo también la supresión de la herencia (incluida en el punto 12 del programa económico, una vieja propuesta de Henri de Saint-Simon (1760-1825) contra la cual se había batido, en una polémica con Mijaíl Bakunin en los tiempos de la asociación internacional de los trabajadores: “Si la clase obrera tuviese la fuerza suficiente para suprimir el derecho de sucesión, tendría también la potencia necesaria para proceder a la expropiación que constituiría un proceso mucho más simple y mucho más eficiente”, en Marcello Musto (ed.), Lavoratori di tutto il mondo unitevi! Indirizzi, risoluzioni, discorsi e documenti, Roma, Donzelli, 2014, p. 111.

[5] El livret era un certificado que demostraba que el obrero no tenía más deudas y obligaciones con relación a sus anteriores dadores de trabajo. Ningún trabajador podía ser contratado, si no presentaba este documento. Tal usanza fue abolida sólo en 1890.

[6] Referido al Código napoleónico de 1804.

[7] Se entiende la Comuna de París.

[8] Estas reivindicaciones deben ubicarse, naturalmente, en el contexto de fines del siglo XIX.

[9] Se trata de las herencias no destinadas a descendientes directos.

CRONOLOGÍA ESENCIAL (1881-1883)

▪

1881	
Enero-fines de junio	En este arco t
Última semana de junio-19 de julio aproximadamente	Estancia en E
20-25 julio aproximadamente	Regreso a Lo
26 julio-16 agosto	Visita a su pri
17 agosto-28 diciembre	Regreso a Lo
2 de diciembre 1881	Muerte de su
29-31 diciembre	Viaje a Ventn
1882	
1-15 enero	Marx continu
16 enero-8 febrero	Nuevamente

9-16 febrero	En viaje a Ar
17 febrero	Marx siguió e
18 - 19 febrero	En viaje haci
20 febrero - 2 mayo	Estancia en la
3 - 4 mayo	Navegando, d
5 mayo	Desembarco e
6 mayo - 3 junio	Estancia en M
4 - 7 junio	Breve parada
8 junio - 22 agosto	Visita a Argen
23 agosto - 27 septiembre	Viaje a Suiza,
28 septiembre - 6 octubre	Regreso a Fra
7 octubre	Viaje de regre

8-29 octubre	Nuevamente
30 octubre - 31 diciembre	Nuevo period
1883	
1-12 enero	Aún en desca
13 enero - 13 marzo	Destruido por
14 marzo	Muerte por co

▪

BIBLIOGRAFÍA

Alcouffe, Alain, “Introduction”, en Karl Marx, Les manuscrits mathématiques de Marx, Alain Alcouffe (ed.), París, Éconornica, 1985.

Anderson, Kevin, Marx at the Margins, Chicago, The University of Chicago Press, 2010.

Attali, Jacques, Karl Marx, ou l’Esprit du monde, Paris, Librairie Arthème-Fayard, 2005.

Badia, Gilbert, “Marx en Algérie”, en Karl Marx, Lettres d’Alger et de la Côte d’Azur, París, Le Temps des Cerises, 1997, pp. 7-39.

Bax, E. Belfort, “Leaders of Modern Thought: Karl Marx”, en Modern Thought, vol. 3, núm. 2, 1881, pp. 349-354.

Beckett, James Camlin, The Making of Modern Ireland 1603-1923, Londres/Boston, Faber & Faber, 1981.

Berlin, Isaiah, Karl Marx: His Life and Environment, Londres, Oxford University Press, 1963.

Bernstein, Edward, My Years of Exile, Londres, Leonard Parsons, 1921.

Billington, James, Mikhailovsky and Russian Populism, Oxford, Clarendon, 1958.

Bongiovanni, Bruno, Le repliche della storia, Turín, Bollati Boringhieri,1989.

Bottigelli, Emile, “La rupture Marx-Hyndman”, en Annali dell’Istituto Giangiacomo Feltrinelli, Milán, Feltrinelli, 1961, pp. 621-629.

Briggs, Asa, John Callow, Marx in London: An Illustrated Guide, Londres, Lawrence & Wishart, 2008.

Buber, Martin, Paths in Utopia, Syracuse, Syracuse University Press, 1996.

Casiccia, Alessandro, “La concezione materialista della società antica e della società primitiva”, en Henry Morgan, La società antica, Milán, Feltrinelli, 1970, pp. xvii-xxvii.

Colin, Matthew, Gladstone: 1875-1898, Londres, Clarendon Press, 1995.

Dardot, Pierre y Christian Laval, Marx, prénom Karl, París, Gallimard, 2012.

Dornemann, Luise, Jenny Marx: Der Lebensweg einer Sozialistin, Berlín, Dietz, 1971.

Douglas, Roy, Land, People and Politics: A History of the Land Question in the United Kingdom, 1878-1952, Londres, Allison & Busby, 1976.

Dussel, Enrique, El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana, México, Siglo XXI Editores, 1990.

Eaton, Henry, “Marx and the Russians”, en Journal of the History of Ideas, vol. 41, núm. 1, 1980, pp. 89-112.

Engels, Friedrich, “Antwort an die Redaktion der Sachsischen Arbeit-Zeitung”, en Marx Engels Werke, XXII, Berlín, Dietz, 1963.

________, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Buenos Aires, Cartago, 1973.

________, “Prólogo a la edición inglesa”, en Karl Marx, El capital. Crítica de la economía política, t. I, vol. 1, México, Siglo XXI Editores, 1988.

Enzensberger, Hans Magnus (ed.), Conversaciones con Marx y Engels, Barcelona, Anagrama, 2009.

Feuchtwanger, Edgar J., Gladstone, Londres, Allen Road, 1975.

Foner, Philip S. (ed.), Karl Marx Remembered: Comments at the Time of His Death, San Francisco, Synthesis Publications, 1983.

Gabriel, Mary, Love and Capital: Karl and Jenny Marx and the Birth of a Revolution, Nueva York, Little, Brown & Company, 2011.

Gailey, Christine Ward, “Community, State and Questions of Social Evolution in Karl Marx’s Ethnological Notebooks”, en Jacqueline Solway (ed.), The Politics of Egalitarianism, Nueva York/Oxford, Berghahn Books, 2006, pp. 31-52.

Gallissot, René (ed.), Marxisme et Algérie, París, Union Générale d’Éditions, 1976.

García Linera, Álvaro, Forma valor y forma comunidad, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

George, Henry, An Anthology of Henry George’s Thought, Kenneth C. Wenzer (ed.), Rochester, University of Rochester Press, 1997.

————, Progress and Poverty, Nueva York, Robert Schalkenbach Foundation, 2006.

Godelier, Maurice, Horizon, trajets marxistes en anthropologie, París, François Maspero, 1973.

Habib, Irían, “Marx´s perception of India”, en Iqbal Husain (ed.), Karl Marx on India, Nueva Delhi, Tulika, 2006.

Hall, Alfred Rupert, Philosophers at War, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

Harstick, Hans Peter, Richard Sperl y Hanno Strauß, “Einführung”, en Die Bibliotheken von Karl Marx und Friedrich Engels, MEGA2, vol. IV/32, Berlín, Akademie, 1999, pp. 7-102.

Haupt, Georges, Aspects of International Socialism, 1871-1914, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

Holmes, Rachel, Eleanor Marx: A Life, Londres, Bloomsbury, 2014.

Hyndman, Henry, The Record of an Adventurous Life, Nueva York, Macmillan, 1911.

———— , England for All, Nueva York, Barnes & Noble, 1974.

Kapp, Yvonne, Eleanor Marx: Family Life 1855-1883, vol. 1, Londres, Virago,

1979.

Kautsky, Benedikt (ed.), Friedrich Engels’ Briefwechsel mit Karl Kautsky, Viena, Danubia, 1955.

Klein, Maury, The Life and Legend of Jay Gould, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.

Krader, Lawrence (ed.), Los apuntes etnológicos de Karl Marx, Madrid, Siglo XXI, 1988.

Krätke, Michael R., “Marx und die Weltgeschichte”, en Beiträge zur Marx-Engels-Forschung. Neue Folge, vol. 2014, 133-177.

Krysmanski, Hans Jürgen, Die letzte Reise des Karl Marx, Frankfurt, Westend, 2014.

Labastida, Jaime, “Prólogo”, en Lewis Morgan - Adolph Bandelier, México antiguo, México, Siglo XXI, 2004, pp. IX-LXIX.

Lafargue, Paul y Laura, y Friedrich Engels, Correspondence, I, 1868-1886, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1959.

Lombardo Radice, Lucio, “Dai ‘manoscritti matematici’ di K. Marx”, en Critica marxista-Quaderni, núm. 6, 1972, pp. 273-286.

Marx, Karl, Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843), Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

______, Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de Proudhon (1847), Madrid, Siglo XXI, 1987.

________, “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, en Karl Marx y Friedrich Engels, Sobre el modo de producción asiático (1853-1854), Barcelona, Martínez Roca, 1969.

________, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858, Madrid, Siglo XXI, 1971.

________, “Instructions for the Delegates of the Provisional General Council.

The Different Questions", en MECW, vol. 20 (1861-64), Moscú, Progreso, 1984, pp. 188-190.

________, Das Kapital (1867), MEGA², vol. II/5. Berlín, Dietz, 1983.

________, El capital. Crítica de la economía política (1867), México, Siglo XXI, 1988, t. I, 3 vols.

________, La guerra civil en Francia (1871), en Karl Marx, Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

________, Le capital, París, 1872-1875, MEGA², vol. II/7.

________, "Notes on Bakunin's Book Statehood and Anarchy'", en MECW, vol. 24 (1874-1883), p. 518.

________, Marx Engels Werke, vol. 19, marzo 1875-mayo 1883, Berlín, Dietz, 1987.

________, Crítica al programa de Gotha (1875-1891), en Karl Marx, Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

________, "[Account of Karl Marx's Interview with the Chicago Tribune Correspondent]" (1879), en MECW, vol. 24, 1874-1883, pp. 568-579.

______, "Excerpts from M. M. Kovalevskij (Kovalevsky), Obschinnoe Zemlevladenie. Prichiny, hod i posledstviya ego razlozheniya" (1879), en Lawrence Krader, The Asiatic Mode of Production. Sources, Development and Critique in the Writings of Karl Marx, Assen, Van Gorcum, 1975.

________, "Glosas marginales al 'Tratado de economía política' de Adolph Wagner (1879-1880)", en Maurice Dobb et al. (ed.), Estudios sobre El capital, Madrid, Siglo XXI, 1973.

________, Notes on Indian History (1879-1880), Honolulu, University Press of the Pacific, 2001.

________, Mathematical Manuscripts (1881), Londres, New Park Publications, 1983.

________, The Ethnological Notebooks of Karl Marx, Lawrence Krader (ed.), Assen, Van Gorcum, 1972.

________, International Institute for Social History (IISG), Marx-Engels Papers, A 113, B 157, B 158, B 159, B 160, B 167, C 261, C 262.

Marx, Karl, Friedrich Engels, Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas, Barcelona, Anagrama, 1975.

________, Manifiesto del Partido Comunista (1848), Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

________, *"Prefacio a la segunda edición rusa de 1892", en Karl Marx, Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.*

________, Karl Marx and Friedrich Engels, Letters 1856-1859. Marx-Engels Collected Works (MECW), vol. 40: Letters 1856-1859, Moscú, Progreso, 1962.

________, MECW, vol. 41: Letters 1860-1864.

________, MECW, vol. 42: Letters 1864-1868.

________, MECW, vol. 43: Letters 1868-1870.

________, MECW, vol. 44: Letters 1870-1873.

________, MECW, vol. 45: Letters 1874-1879.

________, MECW, vol. 46: Letters 1880-1883.

________, MECW, vol. 47: Letters 1883-1886.

________, MECW, vol. 49: Letters 1890-1992.

________, Über Deutschland und die deutsche Arbeiterbewegung, Berlín, Dietz, 1953.

________, Die Bibliotheken von Karl Marx und Friedrich Engels, MEGA², vol. IV/32. Berlín, Akademie, 1999.

________, Correspondencia, Buenos Aires, Cartago, 1986.

Mehring, Franz, Marx. Historia de su vida, Buenos Aires, Marat, 2014.

Meier, Olga (ed.), The Daughters of Karl Marx: Family Correspondence 1866-1898, Nueva York, Harcoxurt Brace Jovanovich, 1982.

Morgan, Henry, La sociedad primitiva, Madrid, Ayuso, 1980.

Most, Johann, Kapital und Arbeit. Ein populärer Auszug aus ‘Das Kapital’ von Marx 1873, Chemnitz, 1873, en MEGA², vol. II/8, pp. 735-800.

Musto, Marcello, Ripensare Marx e i marxismi, Roma, Carocci, 2011.

____________ (ed.), Lavoratori di tutto il mondo unitevi! Indirizzi, risoluzioni, discorsi e documenti, Roma, Donzelli, 2014.

____________, (ed.). Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2018.

Nieuwenhuis, Ferdinand Domela, Kapitaal en Arbeid, La Haya, s.e., 1881.

Peters, Heinz Frederick, Red Jenny: A Life with Karl Marx, Nueva York, St. Martin’s, 1986.

Poggio, Pierpaolo, L’Obšina. Comune contadina e rivoluzione in Russia, Milán, Jaca Book, 1978.

Ponzio, Augusto, “Introduzione. I manoscritti matematici di Marx”, en Karl Marx, Manoscritti matematici, Milán, Spirali, 2005, pp. 7-44.

Prawer, Siebert S., La biblioteca di Marx, Milán, Garzanti, 1978.

Rae, John, “The Socialism of Karl Marx and the Young Hegelians”, The Contemporary Review XL, 1881, pp. 587-607.

Renehan, Edward J., Dark Genius of Wall Street: The Misunderstood Life of Jay Gould, King of the Robber Barons, Nueva York, Basic Books, 2006.

Rubel, Maximilien (ed.), Karl Marx/Friedrich Engels: Die russische Kommune, Múnich, Hanser, 1972.

_______, Marx critique du marxisme, París, Payot, 1974.

_______, Marx: Life and Works, Londres, Macmillan, 1980.

s.n., Stenographische Berichte über die Verhandlungen des Reichstags, I, Berlín, 1882.

Said, Edward, Orientalismo, Barcelona, Debolsillo, 2008.

Sawer, Marian, Marxism and the Question of the Asiatic Mode of Production, La Haya, Martinus Nijhoff, 1977.

Shanin, Teodor, “Late Marx: Gods and Craftsmen”, en Teodor Shanin (ed.), Late Marx and the Russian Road, Nueva York, Monthly Review, 1983, pp. 3-39.

Shannon, Richard, Gladstone, vol. 2, 1865-1898, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.

Tichelman, Fritjof, “Marx on Indonesia and India”, en Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, XXX, Trier, Karl-Marx-Haus, 1983.

Tsuzuki, Chushichi, H.M. Hyndman and British Socialism, Londres, Oxford University Press, 1961.

————, The Life of Eleanor Marx, 1855-1898: A Socialist Tragedy, Oxford, Clarendon Press, 1967.

Vesper, Marlene, Marx in Algier, Bonn, Pahl-Rugenstein Nachfolger, 1995.

Vorländer, Karl, Karl Marx, Leipzig, F. Meiner, 1929.

Wada, Haruki, “Marx and Revolutionary Russia”, en Teodor Shanin (ed.), Late Marx and the Russian Road, Nueva York, Monthly Review, 1983, pp. 40-76.

Walicki, Andrzej, Controversy Over Capitalism: Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists, Oxford, Clarendon Press, 1969.

Weissweiler, Eva, Tussy Marx: Das Drama der Vatertochter, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 2002.

Wurmbrand, Richard, Was Marx a Satanist?, Glendale, Diane Books, 1979.

Venturi, Franco, Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1960.

Yanovskaya, Sofya, “Preface to the 1968 Russian Edition”, en Karl Marx, Mathematical Manuscripts, Londres, New Park Publications, 1983, pp. vii-xxvi.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

M

S

Y

karl marx, 1881-1883. el último viaje del moro

se imprimió en mujica impresor, s.a. de c.v.,

camelia núm. 4, col. el manto, 09830,

alc. iztapalapa, ciudad de méxico,

sobre papel bond ahuesado de 75 gr,

con la familia tipográfica

itc new baskerville 11/13 pts.